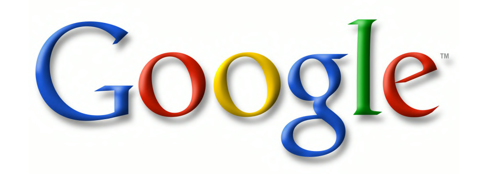
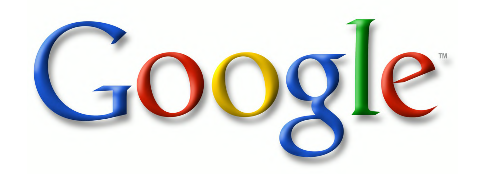



Google





FELIPE SASSONE

LA SEÑORITA ESTÁ LOCA
LA VIDA SIGUE



ESTRELLA



ESTRELLA, S. A. E.

FELIPE SASSONE

LA SEÑORITA ESTÁ LOCA

LA VIDA SIGUE

MADRID
MCMXIX

VIUDA DE P. PÉREZ
LIBERTAD, 31, MADRID

A

MI QUERIDO AMIGO MANUEL ALLENDE

EN RECUERDO DE UN VIAJE DE MAR DESDE
NUESTRA ESPAÑA HASTA NUESTRA AMÉRICA,
Y DE MI BREVE PASO POR "EL FÍGARO,,.
CON MI GRATITUD Y MI AMISTAD,

FELIPE SASSONE

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Victoria	Catalina Bárcena.
Doña Teresa	Ana M. Quijada.
Doña Concepción	Eugenia Illescas.
Sagrario	Herminia Peñaranda.
Luisita	Joaquina Almarche.
Juana	Josefina Infiesta.
Felipe, el náufrago	Ricardo Simó-Raso.
Carlos	Francisco Hernández.
Don Roberto Ruiz Meguer ..	Fernando Aguirre.
Don Antonio	Ricardo de la Vega.
El Doctor Ruilova	Manuel Collado.
Carlitos	Niño Espinosa.

ACTO PRIMERO

Una sala muy elegante. Puerta al foro. A la derecha, un mueble. En el centro de la escena una mesa. A la derecha, segundo término, balcón a la calle. En primer término, tertulia, sofá y sillas. A la izquierda, dos puertas laterales. Entre las dos, una chimenea con un sillón delante. En el reloj, que está encima de la chimenea, faltan unos minutos para la una del día. Es un otoño, a fines, en Madrid.

ESCENA PRIMERA

Por la puerta del foro aparece, fumando un cigarro puro y desdoblando *El Liberal*, DON ANTONIO, que se dirige a sentarse donde quiere, y en este momento sale de la primera lateral izquierda JUANA con tres muñecos ingleses, dos hombres y una mujer, que lleva a colocar sobre el mueble de la derecha. A poco, DOÑA TERESA, DOÑA SAGRARIO, CONCEPCIÓN y LUISITA. Las últimas de negro, y todas con mantilla, por el foro.

ANTONIO.—Hola, Juana, ¿dónde vas?

JUANA.—Aquí, señor, con los niños.

ANTONIO.—¿Con los niños?

JUANA.—Sí, señor, los hijos de la señorita...

ANTONIO.—Es verdad, nunca me acuerdo. ¡Mayor extravagancia!

JUANA.—La señorita Victoria es así.

Lleva los muñecos al mueble de la derecha.

ANTONIO.—Está medio guillada, ¿eh?

JUANA.—No, señor, señorito, está en sus cabales; pero es así. Males de la soltería, señor.

ANTONIO.—¿De la soltería?

JUANA.—Dice que Periquito, Juan y Manuela, que

es como llama a los muñecos, son sus hijos. ¡El señor verá!... Esta mañana me mandó que los trajera al salón porque les daba el sol en su cuarto. Temería que pudieran coger un tabardillo lo menos. ¡Qué señorita!

ANTONIO.—¡Vaya por Dios! Lo que me extraña es que no los haya traído ella misma; como no quiere que se los toquen...

JUANA.—Salió tan deprisa esta mañana.

ANTONIO.—¡Ah, ya! Fué a la iglesia a los funerales del tío abuelo...

JUANA.—No, señor; la señorita salió muy temprano, en traje de montar...

ANTONIO.—¿En traje de montar? ¡Cómo! ¿No ha ido a la iglesia Victoria?

TERESA.—*(Que al aparecer con las demás en el foro oye las últimas palabras.)* No, no ha ido; de eso veníamos hablando.

Entrega a la Criada la mantilla, que se quita, y Juana hace mutis por la segunda lateral, y vuelve luego a salir y hace mutis por el foro izquierda.

SAGRARIO.—Y no se ha hablado de otra cosa en la iglesia. ¿Cómo estás, Antonio?

ANTONIO.—Aquí andamos...

CONCEPCIÓN.—Buenos días...

LUISITA.—Buenos días, tiito.

Se sientan todos en la tertulia de la derecha.

CONCEPCIÓN.—De Victoria veníamos hablando con Teresa...

SAGRARIO.—Es una falta de consideración a la familia lo que ha hecho.

ANTONIO.—Yo...

CONCEPCIÓN.—*(Que como las demás mujeres, menos doña Teresa, habla muy de prisa.)* Tú, se explica que no hayas ido; tienes disculpa, tus ocupaciones en el Tribunal por la mañana... Pero ella...

SAGRARIO.—*(Inmediamente.)* Ella no tenía razón para no asistir a las misas...

CONCEPCIÓN.—No se trataba de un cualquiera, sino de nuestro tío, de su tío abuelo.

LUISITA.—¡El pobre tío abuelo que nos quería tanto!

SAGRARIO.—Diez años hace que murió y parece que fué ayer. ¡Dios le tenga en su santa gloria!

Se persigna, y doña Concepción y Luisita la imitan.

CONCEPCIÓN.—Y que tan tío abuelo es de la señorita loca como de ésta *(Por Luisita.)*, aunque ella no le haya conocido.

TERESA.—Es la razón que ella dará.

SAGRARIO.—Mala razón, Teresa.

CONCEPCIÓN—Muy mala...

LUISITA.—Razón que no es razón, la verdad.

CONCEPCIÓN.—Y que tú no debías admitir.

SAGRARIO.—Ni tolerar, Antonio.

ANTONIO.—Pero...

SAGRARIO.—Ni tolerar...

ANTONIO.—Comprenderéis, queridas primas, que yo no soy su padre para estarla...

SAGRARIO.—Felizmente para ti.

TERESA.—No digas eso, mujer.

CONCEPCIÓN.—Dice muy bien. Victoria es una descastada.

TERESA.—¿Pero qué estáis diciendo? Victoria es muy sensible y hubiera ido a la iglesia, ¿por qué no había de ir? Pero, probablemente, no se acordó de que hoy eran los funerales.

CONCEPCIÓN.—Sí, eso dirá ella; pero lo ha hecho a propósito, por singularizarse, por el afán de la originalidad...

SAGRARIO.—Como se llama a sí misma la hija del mar y no quiere a nadie...

CONCEPCIÓN.—Sí, sí, es muy poética la señorita Victoria, muy novelesca... la señorita loca.

TERESA.—No me negaréis, queridas primas, que algo de novelesco hay en su vida. Salvarse como ella se salvó de un naufragio...

CONCEPCIÓN.—En brazos de tu hermano Felipe...

SAGRARIO.—El borrachón de Felipe... Don Felipe el náufrago, como le dicen...

CONCEPCIÓN.—Dios los cría y ellos se juntan.

TERESA.—Dios los salvó a los dos, para algo bueno habrá sido...

CONCEPCIÓN.—Para algo bueno, sí, ya lo estamos viendo; para que ella no quiera a nadie desde que el mar se tragó a sus padres: el pobre Ricardo, tan bueno, y Salud, que era un ángel. La verdad es que yo no sé a quién ha salido tan mala esa chica. ¡Más egoísta!

SAGRARIO.—Sí, sí; lo es, y no quiere a nadie; dice muy bien Concha, a nadie. Ni a vosotros que la recogisteis cuando el sinvergüenza de Felipe la trajo a esta casa...

TERESA.—Por favor; ten en cuenta que Felipe es mi hermano.

CONCEPCIÓN.—Todo lo hermano que quieras, y primo nuestro; pero es un sinvergüenza. ¿Por qué no se quedó con la chica, puesto que se habían salvado juntos del naufragio?

TERESA.—Eso te probará que no es tan sinvergüenza como dices. Victoria perdió a sus padres en el mar, pero no perdió la fortuna, el millón de pesetas que mi pobre hermano Ricardo amasó con tantos sudores para ella. Mi hermano Felipe, que se salvó con ella, en el único bote que logró ganar la playa, pudo erigirse en su tutor, como era lógico, administrar su fortuna, hasta lucrarse... Ya veis. Consideró en cambio que era un solterón empedernido y que en su casa no iba a estar bien la chica, y nos la trajo...

SAGRARIO.—Pudo dármela a mí; que también soy soltera y vivo sola...

CONCEPCIÓN.—O a mí...

TERESA.—¡Ah!, ¿y eso es lo que os enfada?

CONCEPCIÓN.—¡Nos ofendes, prima Teresa!

LUISITA.—¡Tía!

SAGRARIO.—¡Nos ofendes, prima!

Las tres a un tiempo.

ANTONIO.—Vamos, vamos, que siempre habéis de estar peleando.

SAGRARIO.—Es que lo de Victoria de hoy es una ofensa a toda la familia.

CONCEPCIÓN.—Y a vosotros también, por consiguiente.

ANTONIO.—Pero a nosotros no nos importa, ni se lo tomamos en cuenta...

SAGRARIO.—Pues hacéis mal...

ANTONIO.—Yo quiero un poco de paz en mi casa. Harta desgracia tengo con no tener hijos. Carlos, el hijo de ésta, el poeta, soñador al fin, se fué de la noche a la mañana. Ya sabéis que yo le quería como a un hijo, le encontré tan chiquitito...

SAGRARIO.—Otro descastado...

LUISITA.—¡Ay, tía!

TERESA.—¡Mujer, por Dios, que es mi hijo!

CONCEPCIÓN.—Y... ¿no habéis sabido nada de él?

TERESA.—Hace más de medio año...

ANTONIO.—Al principio escribía, y hasta mandaba dinero...

CONCEPCIÓN.—¡Dinero! A vosotros no os hace falta; la renta de Victoria...

TERESA.—*(Digna, con cierto enojo.)* La renta de Victoria... es de Victoria.

LUISITA.—*(Tirando del vestido a Concepción.)* Cállate, mamá.

SAGRARIO.—Pero, ¿sigue en Nueva York?

ANTONIO.—Eso creemos. En Nueva York estaba fechada su última carta apenas enviudó. Hará unos seis meses.

TERESA.—¡Y ya no ha vuelto a escribir! ¡Qué hijo! ¡Tengo una pena por él!...

ANTONIO.—Bueno, bueno, hablemos de otra cosa. *(A Luisita.)* Tú, chiquilla, ¿qué me cuentas? ¿Cómo van esos amores? ¿Qué dice el perillán de Augusto?

CONCEPCIÓN.—El perillán de Augusto es... eso, un perillán, un granuja...

LUISITA.—Hemos reñido.

ANTONIO.—¿Sí?

TERESA.—¿Qué es lo que oigo? ¿Tan entusiasmados como estabais?

LUISITA.—¡Cosas de la vida!

SAGRARIO.—*(Aparte a Teresa.)* Era un miserable. Descubrimos que había engatusado a una pobre camarera y que tenía dos hijos de ella. ¡Y los ha reconocido! ¡¡Un criminal, un sinvergüenza!!

CONCEPCIÓN.—Ahora, mi Luisita está de novia con don Melquiades Arregui. Un hombre de cierta edad, pero de muy buena posición.

ANTONIO.—¡Hola, hola! Te felicito...

LUISITA.—Gracias, tío. Es un señor muy bueno...

CONCEPCIÓN.—Y muy limpio y muy caballero. ¡No como el sinvergüenza de Augusto! ¡Claro, como que a éste nos lo presentó tu querido hermano Felipe, el granuja de Felipe...

TERESA.—¡Concha!

CONCEPCIÓN.—No, no me callo; perdóname, pero no puedo callarme. Si supieras los escándalos que da Felipe...

SAGRARIO.—Es el oprobio, el baldón de la familia el primo Felipe; es algo que da grima y pena... Yo ni me atrevo a decir que es pariente mío...

ESCENA II

Dichos y FELIPE, foro.

CONCEPCIÓN.—¡Calla! ¡Caramba! *(Viendo aparecer a Felipe.)* ¡Querido Felipe! ¿Cómo estás?

SAGRARIO.—¡Felipón!

LUISITA.—¡Querido tío!

FELIPE.—Buenos días, buenos días. ¡Cuánto bueno por acá!

CONCEPCIÓN.—Nos íbamos ahora mismo...

Levantándose.

FELIPE.—¡Pero cómo!

SAGRARIO.—Sí; tenemos una junta de damas en la Sociedad Filantrópica El Angel de la Guarda... ¿No es verdad, Concha?

CONCEPCIÓN.—Sí, nos esperan... Con que Antonio...

ANTONIO.—Pero no se vayan ustedes tan pronto...

TERESA.—Ahora que ha llegado Felipe...

FELIPE.—Claro, parece que porque he llegado yo...

CONCEPCIÓN.—Qué ocurrencia. No faltaba más.

SAGRARIO.—Tenemos mucho que hacer. Sólo subimos por acompañar a Teresa, ¿verdad?

A Concepción.

CONCEPCIÓN.—Como Victoria no fué a la iglesia...;

SAGRARIO.—Nos dió pena ver a Teresa sola en la calle...

FELIPE.—¡Claro! Como que la calle de Alcalá, a las doce del día, es algo así como el desierto de Sahara...

CONCEPCIÓN.—¡Ay qué Felipe, siempre tan ocurrente!...

LUISITA.—Tan simpático...

SAGRARIO.—Cree que nos vamos con pena... Con mucha pena. Vaya, adiós, Antonio. *(A Teresa, besos.)* Primita... y recuerdos a Victoria...

LUISITA.—*(A cada cual.)* Adiós, tiíta... adiós, tiíto... adiós; tiíto...

FELIPE.—Adióoos...

CONCEPCIÓN.—*(A Teresa.)* No te molestes, no te molestes... Conocemos el camino. Si la junta acaba temprano volveremos esta tarde. Adiós.

ANTONIO.—Adiós...

Mutis foro doña Sagrario, Concepción y Luisita.

FELIPE.—*(Así que las ve marchar.)* Me estaban poniendo de oro y azul, ¿eh?

TERESA.—No. *(A Teresa.)*

ANTONIO.—Sí, tú siempre a contemporizar. *(A Felipe.)* Ya sabes cómo son...

FELIPE.—¡Hum!... ¡Ya! Y ahora se van por no oirme... ¡Sí! Pero se equivocan, porque hoy no las iba a decir nada. Hoy vengo bueno... ¡y estoy muy malo!...

ANTONIO.—Ya empiezas con tus paradojas...

FELIPE.—No... Vengo bueno... porque no he bebido, y estoy muy malo... porque no bebo.

TERESA.—Si todos tus males son como ése, querido hermano, hay que felicitarte. En cuanto te tomas dos copas te da por decirle una de cosas a la gente...

FELIPE.—Por eso me las tomo precisamente... *(Movimiento de ellos.)* Sí, señor. La borrachera es en mí un sacerdocio.

ANTONIO.—¡Hombre, Felipe!...

FELIPE.—Sí, sí, soy un hombre tímido... Para decir la verdad necesito pimplarme... y como la verdad hay que decírsela al prójimo alguna vez, aunque sea por caridad... ¡pues, me pimplo! ¡Qué le voy a hacer!

TERESA.—¡Ay, Felipe! Si supieras los odios que te ganas...

FELIPE.—No importa, me sacrifico y sigo libando...

ANTONIO.—Y un buen día te van a dar un disgusto serio...

FELIPE.—¡Ca! No lo creas. Aquel a quien calumnias, sí puede que se revuelva y te suelte un estacazo... Pero de la verdad huyen todos los que no tienen la conciencia limpia. La verdad da mucho miedo. Ya has visto nuestra familia.

TERESA.—Tú dirás lo que quieras, Felipe; pero lo importante es que no bebas...

FELIPE.—¡Ah, pero es que no puede ser!... ¡Nada! El médico me ha prohibido el vino... y ya lo veis, hace ocho días que me estoy muriendo... Sí, sí, muriéndome a chorros... ¡Mi palabra de honor! Mira mi palidez... *(Se abre los párpados.)* ¡Anemia espantosa! *(Les enseña la lengua.)* ¿Eh?... ¿Eh?...

TERESA.—¡Ay, Felipe, por Dios!

FELIPE.—Tú sabes que siempre he tenido la preocupación de que me moriría joven... y como ya voy dejando de ser joven...

ANTONIO.—Siempre has sido muy aprensivo.

FELIPE.—Bueno, pues desde hace dos meses, mucho más. Con esta moda de los letreros luminosos... ¡La locura! En cuanto anochece, ya me tienes dando vueltas por la Puerta del Sol, como una mariposa, leyendo los letreros... ¡No me puedo ir! Unas letras enormes en los tejados, que se apagan y se encienden... ¡Fú... fú! Arsinucleol... ¡Paf!... Poliyodosal... ¡Zas!... Emplastos secos... Cura del reuma... ¡Piperacina del doctor Grau!... ¡Anís del Mono!... ¡Horrible!... Luego en mi cama, durante el sueño... me danzan los letreros una zarabanda de todos los demonios...

TERESA.—¡Qué Felipe éste!...

FELIPE.—¡Como lo oyes! Me he comprado todos los específicos anunciados. ¡Cualquiera se resistía! Mirad... *(Saca lo que indica de los bolsillos.)* Aun me quedan... píldoras... jarabes... papeles sinapismados..

TERESA.—Pero Felipe...

ANTONIO.—Pero hombre.

Casi a la vez.

FELIPE.—Y nada, me sentía muy bien. Se conoce que el vino, ¿sabes?, el alcohol... neutralizaba las medicinas; pero ahora, desde que he dejado de beber... los medicamentos hacen su efecto y ¡me estoy muriendo! ¡Palabra de honor! ¡Tengo dolores flotantes! *(Señalándose las piernas, los brazos, los riñones y el*

cuello.) Me duele aquí... ¡Ay!... Me duele aquí... me duele aquí...

TERESA.—Te habrás caído...

FELIPE.—De cabeza en la melancolía, querida hermana. Tanto, que anteanoche me decidí a beber...

ANTONIO.—Ya tardabas...

FELIPE.—¡Ah! Pero no pude. ¡Como tengo este miedo a la muerte!... Fuí a una fiesta con unos amigos...

TERESA.—Los de Romero...

FELIPE.—No... unos amiguitos sin apellido conocido, es decir, bautizados de nuevo... La Paloma Azul, Curra la Señalá, Juanillo el Pocapena. ¡Tú no los conoces!

TERESA.—¡Vaya por Dios!

FELIPE.—¡Había una manzanilla!... ¡Qué color, qué aroma, qué...! ¡En fin, un poema! Pero apenas entré empezó a cantar Juanillo el Pocapena... y me tuve que ir...

TERESA.—Cantaba muy mal...

FELIPE.—¡Ca!... ¡Como los ruiseñores! Pero una copla... ¡Ay qué copla más triste!...

ANTONIO.—Ya, el cementerio, el verdugo...

FELIPE.—¡Ca! Peor.

TERESA.—¿Peor, Felipe?

FELIPE.—Peor, querida hermana. Una copla que decía...

Esta noche no hay repique,
que se ha muerto el campanero
que se llamaba ¡Felipe!

¡Figúrate!... ¡El muerto se llamaba Felipe!... ¡Como yo!... Eché a correr, para no morirme en la calle... que ha sido siempre mi preocupación, y... ya sabéis que frente a mi casa está la agencia funeraria. ¿Para qué más? Me fijo, y encima de unos ataúdes, otro letrerito luminoso, como los de la Puerta del Sol. Unión Española Pompas Fúnebres... Cuatro letritas nada más, las iniciales U. E. P. F... ¡Y lo que yo leí! Uno es para Felipe...

ANTONIO.—¡Vamos, hombre!

TERESA.—¡Pero qué tontería!...

FELIPE.—Nada, nada; que soy un muerto que anda pero de hoy no pasa. Hoy busco en el vino el olvido y la verdad.

ESCENA III

Dichos y VICTORIA, foro.

VICTORIA.—*(Viene en traje de amazona, sin sombrero y ligeramente despeinada. Trae la falda rota y con barro y el látigo en la mano. Entra muy alegre y está en escena inquieta y vivaracha.)* Muy buenos días... ¡Caramba, tío Felipe!

ANTONIO.—¡Victoria!

FELIPE.—¡Chica!

TERESA.—¡Pero muchacha! ¿Qué es eso? ¿Cómo vienes así?

FELIPE.—¿Qué te ha pasado?

ANTONIO.—¿Te has caído?

VICTORIA.—No; me ha tirado el caballo.

TERESA.—¡Ay, Jesús! ¿Te has hecho daño?

VICTORIA.—Nada.

TERESA.—¡Pero qué locura! ¡Qué barbaridad!

ANTONIO.—Ya pensaba yo...

FELIPE.—¿Pero cómo ha sido?

VICTORIA.—Mira, eso te lo podría explicar el caballo; yo no sé...

Se pasea muy alegre.

TERESA.—¡Ay, hijita! Pero es que no gana uno para sustos contigo...

VICTORIA.—Sí, ya sé que me dicen la señorita loca... Pues no tienen razón.

TERESA.—¡Que no tienen razón!...

ANTONIO.—¿Pero tú crees que es posible?

VICTORIA.—Posibilísimo, y no comprendo tantos aspavientos.

ANTONIO.—¿Que no comprendes?

VICTORIA.—Claro está que no. Soy la señorita lógica, no la señorita loca... Ni me he metido a caballo en una iglesia, como Raimundo Lulio... ni he vuelto a casa en un monoplano, colándome por el balcón... De manera que...

ANTONIO.—¿Pero qué quieres decir?

TERESA.—No te entiendo.

VICTORIA.—Pues muy sencillo; que dados los antecedentes me podían ocurrir tres cosas y las tres naturalísimas... Una, que no me pasara nada; otra, que me cayese... otra, que el caballo se sintiese digno y me tirara, y el caballo se ha sentido digno, y desde ahora... le quiero mucho más...

Se pasea canturreando con gran desenfado.

Rosas para el cabello negro;
nardos para morder la flor...

TERESA.—*(Entre el asombro de todos.)* ¡Ay, qué loca, qué loca!

ANTONIO.—¿Y la falda rota, destrozada, con un siete?

TERESA.—¿Y el sombrero?

VICTORIA.—Se quedó en un lodazal, hecho papilla; ganancia para la modista y la sombrerera. ¡Tiene que vivir todo el mundo!

FELIPE.—Bueno, ¿y cómo has venido así?

VICTORIA.—Sencillamente, en un coche. Un chico trajo el caballo del diestro y yo he telefoneado desde la portería a la cochera para que vengan por él.

TERESA.—Pero ¿de veras no te has hecho daño?

VICTORIA.—Nada.

TERESA.—¡Qué locura, qué locura!

ANTONIO.—Muy bien; y a todo esto no has ido a los funerales del tío abuelo...

VICTORIA.—¿Del tío abuelo? No me importaban.

FELIPE.—*(Aparte.)* ¡Ole!

ANTONIO.—*(A Felipe, en tono de reproche.)* ¿Qué dices?

Felipe hace señal de callarse.

TERESA.—Pues debían importarte, Victoria. Sí, sí. Mis primas Concepción y Sagrario han estado aquí con Luisita y están muy quejosas... Te han censurado mucho... ¡Si las hubieras oído!...

VICTORIA.—Me hubieran oído ellas también a mí.

ANTONIO.—¿Cómo es eso?

VICTORIA.—Eso es...

ANTONIO.—No, no, no; no está bien, no está ni medio bien esa conducta...

TERESA.—Mira, yo no quisiera enfadarme...

ANTONIO.—Pero debe enfadarse, y yo también me enfado...

VICTORIA.—Por favor, no me riñan ustedes.

ANTONIO.—Yo...

TERESA.—Nosotros...

VICTORIA.—Nadie. Ni usted, *(A don Antonio.)* ni tu... *(A Teresa.)* No quieran cambiarme el carácter. Yo no sé fingir, ni quiero parecerme a las demás. Déjenme ser como soy. Buena, mala, loca o cuerda; pero yo, yo misma, yo sola: única, personal e intransferible. Yo no he conocido al tío abuelo, yo no le quería. ¿A qué iba a rezar y a llorar por fórmula? ¡Yo no soy hipócrita como mis tías!

TERESA.—No, Victoria, no; no me gusta oirte hablar así. Bien está, hasta cierto punto, que tengas tu carácter independiente y quieras vivir como un hombrecito; pero no debes expresarte así... Parece al escucharte que no quisieras a nadie.

VICTORIA.—Parece... *(Muy seria.)* Pero nada más. No achaques tú también a locura o a maldad lo que es franqueza, sinceridad sin mezcla y sin mentira. Yo no soy mala, tiíta...

FELIPE.—No, eso no.

VICTORIA.—Soy altiva porque puedo serlo y libre

porque quiero... Pero tú no puedes dudar de mi cariño. *(Se acerca a ella.)* A ti te quiero con toda mi alma, tiíta... Tú eres mi madre, mi padre, todo para mí...

TERESA.—¡Qué chiquilla!

VICTORIA.—¿Es eso todo lo que me dices?

TERESA.—Ven acá, ven acá, pícara, rebelde...

La besa con gran cariño.

VICTORIA.—Ajajá, así... *(Volviéndose a don Antonio con el índice levantado.)* Y usted, don Ogro, a no reñirme más...

ANTONIO.—Bueno, bueno.

VICTORIA.—Y usted...

FELIPE.—Yo te reverencio, chica... Y te aplaudo.

Aparte.

ESCENA IV

Dichos y JUANA por el foro.

JUANA.—Señora... Ahí han venido con las flores que encargó usted anoche...

ANTONIO.—¿Las flores?

TERESA.—Sí, para adornar la mesa. ¿No viene hoy el señor Ruiz Moguer?

ANTONIO.—¡Ah! Sí, es verdad...

TERESA.—*(A Juana.)* Mira, que las lleven al comedor; yo voy en seguida.

JUANA.—Está bien.

Mutis por donde salió.

VICTORIA.—¡Ah! ¿Pero es que hoy viene a almorzar don Roberto?

ANTONIO.—Sí, hoy; parece que lo preguntas así, con cierto disgusto... No comprendo...

VICTORIA.—Claro; como no es a usted a quien le pone ojos de carnero degollado... No le fastidia a usted como a mí el señor don Roberto.

TERESA.—Bueno, calla... Ya puedes vestirte. Espero que no pretenderás recibirlo así... Yo voy a arreglar la mesa.

ANTONIO.—¡Cómo ha de ser! Yo también voy por unos dulces y unos fiambres antes de que llegue...

TERESA.—Déjalo, irá Juana.

ANTONIO.—No, no; los quiero comprar yo mismo. Hasta ahora.

FELIPE.—Adióoos...

Mutis don Antonio foro.

TERESA.—Tú, anda, vete a vestir... No tardes... Felipe es de confianza y ahí tiene periódicos.

VICTORIA.—Sí, sí; ya voy.

Se ha puesto seria.

TERESA.—Bueno, pero anda. *(Mutis foro.)* Con tu permiso, Felipe.

FELIPE.—*(Apenas se quedan solos corre al foro, se cerciora de que nadie los oye, y vuelve muy contento.)* ¡Ah! Choca, chiquilla. Te admiro y te envidio.

VICTORIA.—¿Y eso?

Siempre muy seria.

FELIPE.—¡Tienes una facilidad para soltarle cuatro frescas al lucero del alba, que pasma!... ¡Eres admi-

rable! Y qué no necesitas beber ni nada, como yo.

VICTORIA. —¿Qué quieres? La sinceridad es mi lema.

FELIPE.—¡Ah! Y el mío. Sólo que yo soy tímido y necesito vino. *In vino veritas*, querida sobrina.

VICTORIA.—*(Sonriendo con cierta desgana.)* Sí, sí, búscale pretextos al vicio.

FELIPE.—¿Pretextos? Razones. Lo que me sobran son razones desde hace veinticinco años, tu edad. La del naufragio cuando volvimos de Guatemala y entramos en Guatepeor tus pobres padres y yo, creo que es una razón suficiente. Tragué tanta agua, chica, que la tomé odio para toda la vida.

VICTORIA.—Hombre, yo también debí tragarla y...

FELIPE.—Tú, no; tú no tragaste ni una gota. ¡Gracias a mí! Yo te llevaba en brazos, nadando con una mano, y te levantaba arriba, muy arriba, sobre las olas... ¡Ah!... La verdad es que somos novelescos, ¿eh? Mejor dicho, novelables... ¿No te parece?

VICTORIA.—¡Qué se yo!

FELIPE.—Oye: estás así como distraída, como en una nube, ¿te inquieta algo?

VICTORIA.—*(Rápida y tratando de volver a su tono alegre.)* No. ¿Y a ti?

FELIPE.—A mí... a mí, sí. *(Señalando el pecho.)* Tengo aquí un secreto... ¡Qué secreto! ¡Enorme, piramidal! ¡Con decirte que hace ocho días que no bebo por no soltarlo!

VICTORIA.—*(Riendo.)* Pues Dios te dé muchos secretos que guardar.

FELIPE.—¡Ah! Pero ya no puedo más... No, no puedo más.

Saca del bolsillo del chaleco una botellita de "cognac" de las de cuarto de litro, de muestra.

VICTORIA.—Pero tío...

FELIPE.—Sss... *(Con un dedo en los labios. Misterioso y alegre.)* Martel legítimo. ¡¡Tres estrellas!! A la media docena de copas se multiplican las estrellas y ve uno la osa mayor.

Bebe un traguito.

VICTORIA.—Pero tío Felipe...

Quiere contenerlo.

FELIPE.—Sss... a estarse quieta. Yo también quiero ser único, imposible e intransitable, como tú. De todas suertes, el secreto va a saberse al fin... y como tengo que preguntarte algo... Déjame tomar valor. *(Bebe un buen trago, se guarda la botella, se limpia los labios con el pañuelo y se estira los puños como entonándose.)* ¡Ah! ¡Ejem! Díme. ¿Te interesa algo ese don Roberto Ruiz Moguer, a quien han invitado a comer hoy?

VICTORIA.—¿Por qué me lo preguntas?

FELIPE.—¿Te interesa?

VICTORIA.—No.

FELIPE.—Choca otra vez. Pues, mira: tu tío político, mi segundo cuñado, tiene interés en que tú mires con buenos ojos a Roberto...

VICTORIA.—¿Mi tío?... No puede ser... Si él siempre me ha predicado que no debo casarme sino pensándolo mucho.

FELIPE.—Pues ahora te predicará todo lo contrario...

VICTORIA.—Pero ¿por qué? ¿Cómo lo sabes... vamos a ver?

FELIPE.—¿Qué por qué? ¿Quieres saber por qué? *(Saca la botellita y bebe un trago. Victoria da muestras de impaciencia.)* Tu tío Antonio, mi segundo cuñado... ¡es un poco egoísta! Mi hermana, pobre, apenas enviudó, se prendó de él. No se lo censuro. San Francisco se enamoró del lobo y San Antón del cerdo... ¡y eran santos! No se lo censuro; pero el tío Antonio es un poco egoísta...

VICTORIA.—¡Vaya! Empezó la murmuración.

FELIPE.—No. Empieza la explicación. *(Bebe otro trago y se anima visiblemente.)* ¡Tu tío político es bastante egoísta!

VICTORIA.—No te entiendo.

FELIPE.—Me vas a entender ahora mismo. *(Bebe un trago muy largo, se guarda la botella y exclama con gran animación.)* ¡¡Tu tío Antonio es un sinvergüenza!!

VICTORIA.—Pero...

FELIPE.—Ya tengo carga y me disparo. Antonio es un solemne cuco. No quería que te casaras porque la administración de tus bienes es un buen negocio. ¡Nada, déjame hablar! Pero como sabe que al fin y a la postre tienes que casarte con alguien y el que más le conviene es Roberto...

VICTORIA.—Pero, ¿por qué?

FELIPE.—Pues porque mi buen cuñado, el año 88,

cuando era cájero de la Casa Mínguez y Compañía, hizo... una ocultación. Aun no he bebido bastante para decir que hizo una estafa.

VICTORIA.—¡Tío, por Dios!

FELIPE.—¡Nada! Y como el padre de Roberto le dió el dinero para cubrir el desfalco, y él lo sabe, y está obligado... ¿eh?

VICTORIA.—¿Pero tú tienes la seguridad de lo que dices?

FELIPE.—¿La seguridad? ¿Por quién quieres que jure? Mira. *(Se pone una mano sobre el pecho sobre la botella de "cognac".)* ¡Lo juro!

VICTORIA.—Pues te lo agradezco. Como el señor don Roberto se me declare, se insinúe tan sólo, te prometo que me va a oir.

FELIPE.—¡Ole con ole y con ole! ¡Por ahí, por ahí! con tal de que tú...

VICTORIA.—Y que puedes estar seguro de que no me tuerce nadie; yo no soy mujer de amoríos; ni que se pirra por casarse, ni que tiene prisa. Todo lo contrario. No me quiero casar con nadie. Me he hecho otros ideales... Pienso...

FELIPE.—Mira, sobrina, tonterías, no; esa regla de conducta que tú te has hecho con la cabeza, viene un día el corazón y la echa por tierra.

VICTORIA.—Bueno.

Sonriendo.

FELIPE.—¡Nada! La echa por tierra. En cuante te enamores. Mujer eres, mujer y mujer. Y pese a todos tus feminismos, habrás de ser madre, madre, ¿lo

oyes? que es tu misión, la industria específica de todas las mujeres.

VICTORIA.—Yo te digo...

FELIPE.—Y en cuanto venga un muñeco de carne, un muñeco vivo... de donde venga, Perico, Juan y Manuela, esos tres y todos los muñecos de su majestad británica... ¡a la calle! El amor gobierna al mundo.

VICTORIA.—Pues yo no creo en el amor.

FELIPE.—No crees en el amor desde que se marchó Carlos ¿eh?

VICTORIA.—¿Qué quieres decir?

FELIPE.—*(Señala un ojo con el índice.)* ¡Mira! Yo lo guipé todo. Tu primito Carlos se te metió corazón adentro, le copiabas los versos, te los aprendías de memoria, y cuando se marchó...

VICTORIA.—Basta, tío Felipe, basta. No vuelvas a hablarme de él. ¿Entiendes?

FELIPE.—¡Ah!

VICTORIA.—Te lo ruego muy seriamente. No vuelvas a hablarme de él.

FELIPE.—¡Ah, luego le quisiste!

VICTORIA.—Pues bien, sí; yo no sé mentir. Yo no he coqueteado nunca, yo no he pelado la pava en el balcón ni he tenido novios jamás. Carlos se crió conmigo en esta casa, como un hermano; pero mi corazón de mujer sabía que no era mi hermano. Él era poeta, me recitaba sus versos, nos paseábamos bajo la luna, en este mismo jardín. *(Señalando al balcón.)* Padecí mi sarampión romántico... Pero de repente el ensueño se rompió. Cuando fracasó en su primer es-

treno, tú lo sabes, la vanidad de Carlos herida, el dolor de encontrarse con sus amigos, con sus compañeros de letras, pudo más que el amor, el débil amor que sentía por mí, y se marchó a Nueva York de la noche a la mañana. Pronto hará cinco años. Se casó allá, tuvo un hijo, enviudó. En fin, ¿quieres decirme qué tengo yo que ver con él, ni por qué he de recordarlo, ni por qué has de recordármelo tú?

FELIPE.—Yo te lo recuerdo porque...

VICTORIA.—Mira, tío Felipe, tenemos bastante confianza y nos queremos mucho y nos conocemos. Aunque te bebieras una cuba no te dejaría hablar. Porque mis padres perecieron en un naufragio, porque tú me salvaste de él trayéndome aquí...

FELIPE.—Ah, no, eso, no.

VICTORIA.—Déjame hablar. Me hicieron creer que un destino trágico había presidido mi vida y lo creí, y me sentí con la obligación de ser romántica. La vida se encargó de curarme, y cuando me convencí de que el amor es una comedia sensiblera y ridícula, y el matrimonio una conveniencia social, entonces, cuando iba a ponerme triste, mucho más triste, decidí ser alegre, torcer mi destino trágico, vencerlo. Ya lo he conseguido. Soy como soy, un poco agresiva en apariencia porque me conviene serlo; pero dueña de mí misma. Poseo una fortuna, entro, salgo, monto a caballo, juego al "tennis", toco en el piano lo que me agrada, leo todo lo que me gusta leer, adoro a mis muñecos, que ni inventan, ni calumnian, ni se marchan... y no tengo interés *(Empieza a conmoverse.)* en casarme,

ni en querer a ningún hombre. No, no lo tengo. Vivo por el deber de vivir, entiéndeme tú siquiera, y he hecho mi seguridad y mi alegría de lo que era mi deber. Soy, como me decía el poeta ingrato, la Victoria de Samotracia, pero con esta diferencia: Aquélla tiene alas y le falta la cabeza, y yo tengo cabeza, pero me han roto las alas. *(Pausa.)* ¿Que soy un poco rara, que me dicen la señorita loca? ¡Bah! Qué me importa. Yo sé que soy fuerte, libre, buena, segura, y te niego el derecho a ti, mi salvador, de venir a enturbiar las aguas de mi serenidad con un mal recuerdo. Carlos murió para mí hace cinco años, cuando se fué. Nada quiero saber de él. Fué un ingrato, ¿entiendes? Se acabó, se acabó, para siempre. Se acabó. Se acabó.

Rompe a llorar.

FELIPE.—¡Caramba! Ya veo que te he puesto triste. ¡Perdóname!

VICTORIA.—*(Transición.)* ¡Ca, no! Si no estoy triste, si vuelvo a alegrarme. Vuelve a alegrarme tú; cuéntame cosas, díme chistes.

FELIPE.—No, no puedo, porque... *(El reloj da la una.)* ¡Caracoles, la una!

VICTORIA.—¿Y qué?

FELIPE.—Que me marcho. Es la hora del secreto.

VICTORIA.—¿Pero dónde? ¿Qué secreto?

FELIPE.—¡Ah, menos averigua Dios, y perdona! Tengo que hacer sin pérdida de tiempo, y además, como tú no quieres que te hable de él, como eso te entristece...

VICTORIA.—Pues habla de lo que quieras, si crees

eso; pero no te vayas. Anda, te oigo; háblame de él si te empeñas, no importa.

FELIPE.—¿No importa?

VICTORIA.—No.

FELIPE.—¿No? ¡Pues atención! ¡Caray! *(Saca la botella del bolsillo.)* ¡Qué lástima! Aunque quisiera no podría hablar. Se ha acabado el "cognac„ y yo sin alcohol soy una estatua sin voz y sin pupilas.

VICTORIA.—Pero....

FELIPE.—No te apures. La volveré a llenar, me pimplaré, cogeré una merluza de las que hacen época y hablaremos; pero ahora no.

VICTORIA.—¿Por qué?

FELIPE.—Ah, es mi secreto. No ves... Ya no hay "cognac„. Si no la vuelvo a llenar, lloro. Conque, hasta luego, sobrina.

Mutis foro.

ESCENA V

VICTORIA, que se queda sola y pensativa en el centro de la escena, y DOÑA TERESA que sale por el foro.

TERESA.—Pero, Victoria ¿todavía así?

VICTORIA.—Ya me iba.

TERESA.—¿Y Felipe?

VICTORIA.—Se marchó ahora mismo, dijo que volvería. Bueno, voy a vestirme.

TERESA.—Oye niña, ¿qué tienes?

VICTORIA.—Nada.

TERESA.—Te noto así un poco rara. ¿Te duele algo? Díme la verdad. ¿Te has hecho daño al caer?

VICTORIA.—No, tiíta, es que... nada, no tengo nada; voy a vestirme.

Mutis primera izquierda.

TERESA.—En fin...

ESCENA VI

Doña Teresa y Don Antonio por el foro.

ANTONIO.—¡Vaya! Ya estoy de vuelta.

TERESA.—¿Compraste?

ANTONIO.—Sí, ya lo traerán. Sabes que no me gusta ir cargado. ¿Y Victoria?

TERESA.—Se fué a vestir.

ANTONIO.—Me alegro. Siéntate.

TERESA.—¿Eh?

ANTONIO.—Que te sientès y me oigas. Es preciso que hoy mismo hables con Victoria.

TERESA.—¿Yo? ¿De qué?

ANTONIO.—De todo un poco, atiéndeme. A esas cotorronas de Sagrario y Concha no he querido darles el gusto de asentir a sus murmuraciones; pero no les falta razón. La conducta de Victoria es un poquito rara.

TERESA.—Tú sabes que siempre ha sido así.

ANTONIO.—Siempre, no. Hace algunos años que ha cambiado.

TERESA.—Bueno, Antonio; quiero decir que no es

de ayer. A ti te pareció siempre bien su carácter independiente, su afición a leer, su originalidad, hasta su falta de coquetería, que a mí se me antoja tan poco femenina.

ANTONIO.—Sí, sí; pero es que su rareza va en aumento, y ya no está bien. Esas salidas a caballo, sola, expuesta a cualquier accidente. Ya ves lo que ha podido ocurrir hoy. Y luego su agresividad, su franqueza. Es tan poco sociable a veces...

TERESA.—¿Poco sociable?

ANTONIO.—Sí: no es que yo diga que sea grosera, eso no; pero, ¿cómo te explicaré? Es demasiado resuelta, vamos. Demasiado franca. Al mismo Roberto le contesta de una manera...

TERESA.—Convendrás conmigo en que el señor Ruiz Moguer es el prototipo de la cursilería.

ANTONIO.—¡Teresa!

TERESA.—Con sus barbas de acera del Suizo a la hora del aperitivo.

ANTONIO.—¿Y eso qué quiere decir?

TERESA.—Así dice Felipe; yo no puedo explicarlo; pero me hace gracia... y la sensación es exacta.

ANTONIO.—No, Teresa, no; ya sabes que me mortifica que se hable así de él. Roberto Ruiz es un buen amigo mío, le estoy muy obligado; fuí muy amigo de su padre. Además es un hombre de gran porvenir. Tiene una facilidad de palabra asombrosa. Esto en España significa mucho, significa todo. Le espera una carrera política brillantísima. Y además... está prendado de Victoria... ¡Me consta!

TERESA.—Pero, ¿y si ella no le quiere?

ANTONIO.—¿Sabes tú que no le quiere?

TERESA.—No, ya sabes como es; ella no dice nada; pero digo yo, si no le quisiera, puesto que se burla de él.

ANTONIO.—Es que tú debes aconsejarle que no se burle...

TERESA.—No es nuestra hija, Antonio.

ANTONIO.—Como si lo fuera. ¡No la hemos recogido en el arroyo!

TERESA.—Claro que no. La hemos recogido del mar.

ANTONIO.—Bueno, la hemos recogido. Pero es la hija de un hermano tuyo y no debes ni puedes, de ninguna manera, descuidar su porvenir. Yo no quiero meterme aún, yo aguardo, pero tú... ya es otra cosa. Debes hacerle notar que Roberto es un partido envidiable. ¡Así, envidiable!

TERESA.—Pero, Antonio, ¿pero qué es lo que oigo? Si tú siempre has opinado que no debía casarse, si...

ANTONIO.—Mas como tendrá que casarse al fin y a la postre, como algún día habrá de ser, a mí me parece que Roberto...

ESCENA VII

Dichos y FELIPE, por el foro. Viene muy colorado.

FELIPE.—¡Salud y fraternidad! ¡Ya pareció el peine!

TERESA.—¡Oh... pero cómo vienes, Felipe!

ANTONIO.—Pero, hombre...

FELIPE.—Sss... Nada, no tengo nada. ¡Un pinchazo nada más! En el hoyo de las agujas, sí, pero pinchazo. Aunque me den vueltas y más vueltas, no doblo. ¡Vengo muy alegre, muy alegre, más alegre que la pianola de un tupí!

TERESA.—Pero, Felipe...

FELIPE.—Nada... ¡y tú me lo vas a agradecer, querida hermana! Y no hablemos más de mí. Hablemos de algo más interesante, más simpático. ¿De qué hablamos? De Carlos, por ejemplo. ¿Qué sabéis de Carlos?

ANTONIO.—*(Malhumorado.)* Nada, Felipe.

FELIPE.—Nada... absolutamente... nada, ¿eh?

TERESA.—¿Es así como habré de alegrarme? ¿Con este espectáculo? ¿Es eso lo que tengo que agradecerte? ¡Que me hables de mi hijo! Hace seis años que no le veo.

ANTONIO.—Cinco, mujer.

TERESA.—¡Bueno! A mí me parecen cincuenta. Y tenga usted hijos para esto, y sufra por tenerlos y por criarlos, y padezca luego las penas de ellos. De repente se levantan con una fantasía, una locura, y adiós... otros cariños, otras ilusiones nos los roban para siempre.

FELIPE.—Pero Carlos volverá.

TERESA.—Sí, sí... volverá. Quién sabe cuándo.

FELIPE.—Cuando menos se piense.

ANTONIO.—Seis meses hace que no sabemos de él.

TERESA.—¡Seis meses! Viudo, solo, estará triste también.

FELIPE.—¡Ah, pues yo tengo noticias más recientes!

TERESA.—¿Sí?

ANTONIO.—¿Tú?

Casi a la vez.

FELIPE.—Yo, sí. Tengan calma. Yo sé que dejó Nueva York.

TERESA.—¿Que se marchó de Nueva York? ¿Pero qué estás diciendo?

FELIPE.—La verdad. Ahora no puedo decir más que la verdad. Sé que Carlos dejó Nueva York, que llegó a París... y luego a Barcelona... y que el día menos pensado... ¿eh?... No entiendes...

TERESA.—*(Levantándose.)* ¡Mi hijo está aquí! ¡Mi hijo ha llegado!

ESCENA VIII

Dichos y en el foro CARLOS con un cabás que deja sobre un mueble y CARLITOS niño de cuatro a cinco años. A su tiempo, JUANA

CARLOS.—¡Madre! *(Corren uno a otro y se abrazan.)* ¡Madre!

Quedan abrazados en el centro de la escena. Pausa. Felipe coge al chico en brazos y forma grupo aparte con don Antonio.

TERESA.—*(Mirando a Carlos llorosa.)* ¡Hijo mío... hijo mío!... *(Pausa.)* ¡Qué alegría tan grande!

CARLOS.—Muy grande, madre, muy grande. Deja que te mire... ¡Mamá... viejecita mía!

FELIPE.—Yo lo sabía hace ocho días; por eso no

podía bebel, porque hubiera hablado... ¡Fuí a recibirlo a la estación!

TERESA.—*(Reparando en el chico.)* ¡Es mi nieto! ¿Verdad? ¡Venga, dámelo!

Lo coge y lo acaricia.

CARLOS.—¡Querido don Antonio!

ANTONIO.—*(Abrazándole.)* ¡Hijo! No lo eres pero te he querido siempre como un hijo.

TERESA.—¿Y usted, cómo se llama?

Al chico.

CARLITOS.—Carlitos Guevara y Sanz, para servir a Dios y a usted.

TERESA.—*(Besando al chico.)* A Dios sí, a mí no. Soy yo quien te va a servir a ti. ¡Mi rey! *(A Carlos.)* Siéntate, hijo, siéntate; ya estás en tu casa, al fin.

CARLOS.—En la casa de mi niñez. Y pocas ganas que tenía yo de verla. ¡Cinco años que me han parecido un siglo! ¿Y Victoria?

ANTONIO.—Tan buena.

TERESA.—Ahora la verás. ¡Lo que va a alegrarse! Pero, cuéntame. ¿Qué has hecho? ¿Por qué has dejado de escribir en tanto tiempo? ¿Cómo has venido sin avisar? ¿Qué proyectos tienes?

CARLOS.—Ah, mamaíta, es largo de contar. Traigo la representación de tres casas de Nueva York. Ya verás.

JUANA.—*(En el foro.)* Señora, ahí traen unas maletas.

CARLOS.—*(Levantándose.)* ¡Juana! ¿Cómo estás?

La abraza.

JUANA.—¡Jesús! Señorito Carlos, Dios lo trajo, señorito.

Casi llorando.

TERESA.—*(Muy conmovida.)* Bueno, bueno, déjalo; dí que lleven las maletas... *(A Carlos.)* ¿Son muchas, hijo?

CARLOS.—Tres.

TERESA.—Pues a tu cuarto... sí, anda Juana.

Mutis de ésta.

ANTONIO.—A tu cuarto, que es todavía tu cuarto de soltero.

CARLOS.—¿Ah, sí?

TERESA.—Como estaba cuando tú te marchaste...

FELIPE.—¡Venga usted acá, picaronazo!

Al chico.

TERESA.—Ven, ven y lo verás. Con los muebles que tú dejaste. Todas las mañanas entro unas flores como a ti te gustaba.

CARLOS.—Sí, vamos; así me quito el polvo del tren, se pone uno...

TERESA.—*(Cogiendo al chico.)* Ande, venga usted con la abuela.

Mutis foro Teresa, Carlos y el niño, Felipe y Antonio los siguen.

FELIPE.—Me parece que me he portado bien, ¿eh?

ANTONIO.—Sí, hombre, sí.

FELIPE.—Creo que bien me he ganado una copa de ese "vermouth" que tienes en el aparador, ¿eh?

ANTONIO.—¡Ah, tunante!

ESCENA IX

La escena sola unos instantes. A poco sale VICTORIA que se dirige al mueble y arregla los muñecos. Haciéndolo repara en el cabás que dejó Carlos. Cuando lo está mirando extrañada aparece en el foro CARLOS

VICTORIA.—¿Eh? ¿Quién habrá? ¡Qué raro!

Estará de espaldas al foro.

CARLOS.—*(Sin moverse.)* Es mío, Victoria.

VICTORIA.—*(Muy conmovida.)* ¡Carlos!... ¡Dios mío!... ¡Tú!...

CARLOS.—*(Corre hacia ella con los brazos abiertos.)* ¡Victoria!

VICTORIA.—*(Ella venciendo su emoción le tiende las manos.)* Bienvenido, Carlos.

CARLOS.—Victoria.

VICTORIA.—¡Hay que ver, tú!

CARLOS.—Yo, yo mismo.

VICTORIA.—Estabas tan lejos. ¡Hay que ver!

Pausa.

CARLOS.—¿No me dices nada? Esto es todo lo que se te ocurre.

VICTORIA.—Te doy la bienvenida. ¿Qué más esperabas que te dijera? Te doy... la bienvenida... nada más.

ESCENA X

Dichos, Roberto Ruiz Moguer por el foro con un ramo de flores. Luego Teresa, Antonio, Felipe y el Niño. Al final Juana.

ROBERTO.—Señorita.

Hace una venia a Carlos.

VICTORIA.—Don Roberto.

ROBERTO.—Por favor, suprima usted el don. Duéleme sobremanera profundamente, un tratamiento tan ceremonioso, tan estirado, tan glacial, en labios de usted. No dice bien el frío con el fuego.

VICTORIA.—Oh, don Roberto.

ROBERTO.—¿Insiste usted? Pues yo castigo con estas flores su perversidad.

VICTORIA.—*(Cogiéndolas.)* Gracias, don Roberto.

ROBERTO.—Por piedad ¡otra vez el don! ¡Es usted cruel!

VICTORIA.—Más que usted. ¡Ja, ja, ja! Bueno, mi primo Carlos, el señor don Roberto Ruiz Moguer, futuro diputado, futuro embajador, futuro presidente del Consejo.

ROBERTO.—Oh, señorita.

CARLOS.—Tanto gusto.

ANTONIO.—Querido Roberto.

Saliendo.

TERESA.—Señor Ruiz.

ROBERTO.—Señora. Mi admirable don Felipe.

CARLOS.—*(Un poco en primer término izquierda a*

Victoria.) ¿Es un rival el que me has presentado?

VICTORIA.—No te entiendo.

CARLOS.—¿De veras?

VICTORIA.—Y tu pregunta que no entiendo, que no puedo entender, me parece una torpeza y una ofensa.

CARLOS.—Pero Victoria...

VICTORIA.—Basta, Carlos, déjame.

Hace mutis por la segunda izquierda. Carlos se queda de piedra.

TERESA.—¿Te han presentado, hijo?

CARLOS.—Sí, ya tuve el gusto...

ROBERTO.—Placer y honor para mí, querido amigo. Creo que puedo a usted llamarle amigo desde ahora.

ANTONIO.—Bueno querido Roberto, a usted sólo esperabamos. Podemos pasar al comedor cuando usted quiera.

ROBERTO.—¡Oh! yo imploro dolorosísimo el perdón más amplio si me he retrasado. Una reunión con los prohombres del partido. ¡Esta maldita política!

TERESA.—No faltaba más; vamos, vamos.

ANTONIO.—Pero, ¿y Victoria? ¿Dónde está Victoria?

TERESA.—No sé, estaba aquí ahora mismo.

JUANA.—*(Apareciendo en el umbral primer término izquierda.)* La señorita Victoria manda decir que no la esperen, tiene un poco de jaqueca.

Hace mutis por donde aparece.

ANTONIO.—¿Cómo?

TERESA.—¿Eh?

ROBERTO.—Es extraño, la señorita Victoria... ahora mismo...

ANTONIO.—Debe haber entendido mal la criada. Anda a ver, Teresa.

TERESA.—Sí, yo voy. Sigan ustedes, por favor, sigan ustedes, vamos en seguida.

ANTONIO.—Vamos, vamos nosotros, Roberto. ¡Querido Carlos!

Mutis foro Antonio llevándose a Carlos, a Roberto y al niño. Felipe se queda y se acerca a Teresa.

FELIPE.—No le preguntes nada, es inútil, yo sé...

TERESA.—Que tú sabes... ¿Y qué sabes?

FELIPE.—Sé... pero me marcho a la calle ahora mismo. ¡Por no hablar!

TERESA.—Pero, ¿tú también? Pero, ¿qué es esto?

FELIPE.—Esto es que ya empieza a trabárseme la lengua, que me bailan los objetos, y si empiezo a hablar... ¡la hecatombe! Adiós.

TERESA.—Pero oye...

FELIPE.—Nada. ¡Una tumba! Huyo... es lo mejor. ¡Estoy con la fiebre!

Mutis por el foro. Telón rápido.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Es por la tarde.

ESCENA PRIMERA

VICTORIA sentada en la mesa del centro. Tiene a los lados los muñecos, un sombrero de papel y una caja de bombones. FELIPE, a gatas, hace de toro, y CARLITOS (el niño) le da un pase de muleta.

VICTORIA.—¡Bravo, bravo!

FELIPE.—(*Levantándose.*) ¡¡Ole!! ¡¡Superior!! ¡Cómo habrá sido el pase cuando el propio toro dice ¡ole! Y que de esto nadie mejor enterado que el toro, ¿eh? Es un voto de calidad.

CARLITOS.—Pónete, pónete, ¡ana!

FELIPE.—Bueno. (*Se pone a gatas.*) ¡Ah, pero mátame ya! Mira que me voy a quedar... me voy a quedar sin fuerzas y sin pantalones.

El niño le da la estocada y Felipe se tambalea y cae.

VICTORIA.—(*Aplaudiendo.*) ¡Bravo, bravo! ¡Viva, muy bien!

FELIPE.—(*Levantándose.*) Oye, oye, no le vayas a a conceder la oreja, ¿eh?

VICTORIA.—Descuida, aunque se la merece. (*Cogiendo al chico.*) ¡Venga usted acá, Mazzantini! La presidencia le da muchos besos y unos bombones.

FELIPE.—El toro también le da un beso, agradecido por la buena muerte.

ESCENA II

Dichos y DOÑA TERESA por primera izquierda. Luego CARLOS por el foro.

TERESA.—Bueno; pero ¿qué pasa? ¿Terminó ya la corrida?

FELIPE—¡Acaba de matarme: una estocada hasta la bola!

TERESA.—¡Vaya!

CARLITOS.—¿Te mato otra vez?

VICTORIA.—No, los toros no resucitan.

CARLITOS.—¿Por qué?

VICTORIA.—Porque se cortarían la coleta todos los toreros.

FELIPE.—¡Y todos los toros! ¡Vaya un martirio!

CARLOS.—(*Entrando.*) Vamos, cogidos infraganti, fomentando la barbarie en el chico.

VICTORIA.—No digáis eso; se divierte tanto el angelito.

FELIPE.—Además, le conviene aprender, para que implante las corridas de toros en Nueva York, cuando vuelva.

VICTORIA.—¿Cómo cuando vuelva? Carlitos ya no se va de aquí.

CARLOS.—Eso lo veremos.

VICTORIA.—Pues claro está que lo veremos. ¡No faltaba más!

FELIPE.—¡Nada! A este "yankee" lo vuelvo yo más

madrileño que el ex chico de la blusa. En cuanto sea mayorcito le voy a enseñar a tocar la guitarra.

TERESA.—¡La guitarra!

CARLOS.—¡Pero hombre!

FELIPE.—Sí; para que no pague en las juergas.

VICTORIA.—¡Anda!

TERESA.—(*A Victoria.*) Oye, te advierto que son las cinco de la tarde. ¿No merienda hoy Pepe-Hillo?

VICTORIA.—Ahora mismo; se la ha ganado. ¿Tú sabes la faena que ha hecho? Anda, Caín.

CARLOS.—¡Cómo Caín!

VICTORIA.—Sí, señor, ha matado a su hermano Perico. Mira al pobre guardia. ¡Le ha sacado las entrañas!

Carlos sonríe.

FELIPE.—¡Muy bien hecho! ¡Duro con los guardias!

VICTORIA.—(*Agachada junto al chico.*) A ver, ¿qué quiere usted? Chocolate o té con leche como en Nueva York, mejor que en Nueva York, con mermelada. ¿Chi? ¿Tecito con leche? Güeno... ana... vamos. (*Se lo lleva al comedor primera izquierda.*) Hasta ahora.

TERESA.—¿Vosotros no tomáis el té?

CARLOS.—Gracias, mamá; acabo de tomarlo con un amigo.

TERESA.—(*A Felipe.*) ¿Y tú?

FELIPE.—¡Por Dios, hermana! Bueno que me deis en las comidas el vino con cuenta gotas. Sistema homeopático. ¡Pero té ahora! ¡Tú me quieres matar!

TERESA.—Anda, anda, no te quejes. Bebiendo lo

que puedes beber, que ya es bastante, no dices más que las verdades que se pueden oír. ¡Si vieras lo que ganas!

FELIPE.—Gano, pero me muero, ¡mi palabra de honor!

TERESA.—Bueno, bueno, ahí os quedáis. Yo voy a tomar mi té.

Mutis al comedor. Felipe se encara con Carlos y le mira.

CARLOS.—¿Qué?

FELIPE.—Eso digo yo. ¿Qué? ¿Qué hay?

CARLOS.—Nada.

FELIPE.—(*Rascándose la cabeza.*) ¿Nada? Pues no es mucho, la verdad.

CARLOS.—Para desesperarse es bastante.

Se levanta y pasea.

FELIPE.—¡Pero hombre! De manera que me separo de ti; te dejo solo para que tengas ocasión de afinar la puntería y lanzar en seguida tus flechas de Cupido, ya ves que soy poético y hasta mitológico, y ¡nada! Tú no llegas. Vuelvo, creyendo que ya habías venido, y aquí estaba mi sobrina con el niño. Me he pasado dos horas esperándote y embistiendo, jugando al toro. ¿Te parece bien?

CARLOS.—¡Qué quieres! Aquí no vivo. Por eso estoy siempre en la calle. Llegué hasta la puerta, iba a subir y no me atreví... ¡No puede ser!... Quisiera no verla y no puedo vivir sin verla.

FELIPE.—Bueno, pero ella, ¿qué dice? ¿Cómo se manifiesta?

CARLOS.—Tiene aún la misma jaqueca de hace un mes, del día que llegué de Nueva York.

FELIPE.—No, no, tiene la jaqueca de hace cinco años; del día en que te marchaste. ¡Ya ves qué jaqueca más larga! Y tú tienes la culpa...

CARLOS.—¿Yo?

FELIPE.—Tú, sí. ¡Nada! Te marchaste y desde lejos apenas si le escribiste media docena de cartas.

CARLOS.—Que ella no contestó...

FELIPE.—Como que tú no le hablaste ni una vez siquiera de tu amor, no le explicaste el motivo de tu ausencia... Ahora vuelves diciendo: "Soy rico, tengo un hijo... que no tiene madre...„

CARLOS.—Yo no he dicho eso.

FELIPE.—¡Ah, pero ni eso le has dicho! Y entonces, ¿de qué te quejas, alma de cántaro? ¡Hay que atreverse! ¡Nada! Si no te atreves sano, te emborrachas y ya verás cómo te atreves...

CARLOS.—¡Tío!

FELIPE.—Sobrino, digo yo. Y hablo en serio. Hubo en la antigüedad un grande hombre, el más grande de todos, Noé. Él salvó a la Humanidad del agua e inventó el vino. ¡Figúrate! El vino es el gran remedio, créeme a mí. Da valor, fuerza, locuacidad... y cuando no da eso, da el olvido... ¿Quieres declararte? ¡Emborráchate! ¿Quieres olvidar? ¡Emborráchate! ¿Quieres que tu tío te aconseje algo mejor? ¡¡Emborracha a tu tío!! No hay más remedio.

CARLOS.—Es que no hay ningún remedio, ninguno. Creí, cuando volvía, que hacía un viaje a España

y he hecho un viaje a la China. Todo es inútil. Victoria está siempre esquiva... malhumorada... poco amable... Victoria ya no es la misma...

FELIPE.—No eres el mismo tú... ¡Tú, sí... tú!... Ella se enamoró antaño del poeta, del soñador... Has vuelto con un bigote a lo "yankee", con un hijo y convertido en el panegirista de todos los dentistas de Nueva York... ¡Son muchas cosas malas para una mujercita romántica, para una náufraga nieta de Robinsón Crusoe y sobrina de su tío!

CARLOS.—Sí, sí, muy romántica... Y le hace carantoñas a ese idiota de Ruiz Moguer.

FELIPE.—Mentira... ¡Sí, señor, mentira! Que tu padrastro, mi cuñado, proteja al don Roberto ese de las barbas tan perfumadas, que apestan... porque tiene miedo que pueda enamorarse de ti... y que se vaya lejos, contigo y con su dinero, es una cosa... Que ella esté conforme, esa es otra. Y además, mira, vámonos al café, aquí no puedo hablar. ¡No tengo argumentos! Vámonos al café y ya te diré yo allí cuántas son cinco.

CARLOS.—Vámonos donde quieras.

FELIPE.—Verás. A ti lo que te conviene es hablar con Victoria pronto y claro. ¿Que te dice que no? ¡Pues a olvidar! Yo te busco el bálsamo y tú lo pagas. Armamos una de juergas, chico, que te olvidas hasta de tu apellido y de los años que tienes. Pero por ahora, háblale. Pronto; en la primera ocasión...

CARLOS.—Sí, sí...

FELIPE.—Créeme a mí. A las mujeres, como a los

toros, hay que entrarles a matar donde se igualen, donde ellas quieran... Y si no se igualan, es en vano... se van vivas... Me parece que te van a tocar el tercer aviso, sobrino. Pero no te apures, que yo te ayudaré... ¡Anda, vamos!

Le coge de un brazo.

CARLOS.—Sí, sí; vámonos, es mejor.

FELIPE.—¡Anda! Tienes muy poca mano izquierda... Y la mano izquierda es la que mata. ¡Ya verás!...

Mutis los dos por el foro.

ESCENA III

TERESA y VICTORIA por donde se fueron.

TERESA.—¡Cómo! ¿Se han marchado?

VICTORIA.—(*Malhumorada.*) Ya lo sabía yo; supuse, y no supuse mal, que el tío Felipe se lo llevaría. ¡No vive a gusto más que en el café!

TERESA.—¿Él o Carlos?

VICTORIA.—Los dos.

TERESA.—Me parece que eres injusta.

VICTORIA.—Acaso; pero antes y aun ahora mismo fueron injustos conmigo.

TERESA.—¿Contigo? ¿Quién?

VICTORIA.—Todos... la casualidad... ¡qué sé yo!

TERESA.—¿Tienes alguna pena, Victoria? ¿Por qué no te confías a mí? ¿No dices que me quieres tanto? Habla. ¿Qué tienes? Habla. ¿Es que ya no te inspiro confianza? ¿Estás enamorada, chiquilla?

VICTORIA.—No, y no quiero que me lo digas ni que lo supongas. Ya ves cómo ni en ti puedo tener confianza.

TERESA.—Pero, ¿por qué? No te entiendo...

VICTORIA.—Porque hablas de que yo pueda enamorarme y sabes que no estoy enamorada, y, sin embargo, me lo dices, a ver si consigues sugestionarme. ¡Tú también!

TERESA.—¿Yo también?

VICTORIA.—Sí; no basta que tu marido...

TERESA.—¡Victoria!

VICTORIA.—Bueno, el tío Antonio se empeñe en meterme por los ojos al señor Ruiz Moguer, ya sé yo con qué intención y con qué fines; no basta que yo manifieste con toda claridad que don Roberto no me gusta ni poco ni mucho, y que en el teatro, en el paseo, me muestre indiferente, sin interés. No basta nada de eso... De él he conseguido ya que en un mes no vuelva por esta casa; del tío Antonio no puedo conseguir que no me hable de él, y ahora tú vienes preguntándome también, solapadamente, si estoy enamorada. ¿Es que ya no me puedes resistir en tu casa, tiíta? ¿Es que ya soy una carga para ti?

TERESA.—¿Pero muchacha, qué dices?

VICTORIA.—¿Es que te parece que a mí puede gustarme ese hombre? ¿Que yo puedo ser feliz con semejante marido?

TERESA.—¡Pero ven acá, locuela, ven acá! ¿Quién te ha nombrado a don Roberto?, te pregunto yo. ¿Es que no hay más hombres en el mundo?

VICTORIA.—¡Ah! ¿Pero no te referías a él? ¿De veras?

TERESA.—De veras. Yo no puedo contrariar a mi marido. Yo no me puedo oponer. Eso es cuenta tuya. Ya ves, un mes hace que el señor Ruiz Moguer no viene a esta casa y no le he echado de menos ni te he preguntado si hubo alguna explicación entre tú y él, que después de todo, ni me interesa ni me gusta. Pero te veo triste, malhumorada continuamente ¡Y soy vieja y soy madre!... ¡Entiéndeme!..., y porque te quiero debo preguntarte. ¿No tienes ninguna otra inquietud sentimental? ¿Ninguna? (*Pausa.*) ¿Por qué callas? ¿Di? ¿Por qué no me contestas?

VICTORIA.—Estaba gozándome en la seguridad que acabas de darme de que no proteges al señor Ruiz, ni te empeñas en que sea mi marido. ¿Puedo estar segura?

TERESA.—Pues si ello te tranquiliza, ya lo sabes. Por consideraciones a Antonio, que es muy buen amigo suyo, recibo con la mayor deferencia, con cortesía a Roberto... pero nada más. Ni trato de forzar tu voluntad ni me estorbas en mi casa, sino todo lo contrario. Pero me estorba verte triste... y quiero saber por ti la causa de tu tristeza. ¿Hay algo? ¿Algo nuevo? ¿Algo que yo no sé? ¿Quién es el afortunado mortal?... Yo te quiero como una madre...

VICTORIA.—Y yo como si fuera tu hija... como si fuera tu única hija.

TERESA.—Mi única hija... ¿Qué quieres decir?

VICTORIA.—No puedo hablar, mamaíta. Lo que

muy hondo se siente, muy hondo se esconde. Los placeres, la felicidad, pueden confiarse, deben confiarse a los que se quiere... Es un deber... Los dolores, las penas, deben ocultarse; hay que tener el pudor del sufrimiento, que es sólo para quien lo sufre...

TERESA.—Pero chica, ¿cómo me hablas hoy? ¿Qué te pasa? Acaso mi hijo... Carlos... ha podido...

VICTORIA.—No; Carlos es mi hermano que ha vuelto. Le estoy muy agradecida: me ha traído un muñeco vivo, su hijito, que es un encanto, un consuelo para mí. Carlos no tiene culpa...

TERESA.—Entonces...

VICTORIA.—Es que todos tienen razón. La señorita está loca, y... (*Viéndole entrar.*) Don Roberto... esto sólo me faltaba.

TERESA.—¡Calma, calma!

ESCENA IV

Dichas, DON ANTONIO y ROBERTO RUIZ MOGUER, por el foro.

TERESA.—Señor Ruiz.

ROBERTO.—Señora... (*Le besa la mano.*) ¡¡Victoria!!

VICTORIA.—Buenas tardes...

ANTONIO.—Nos encontramos en la calle y me lo traje.

ROBERTO.—No, señor; protesto en grado heroico y

eminente. Yo venía. Yo acudo siempre a esta casa como las alondras al reclamo... aunque por mi mala ventura no me reclame nadie...

TERESA.—Oh, no diga usted eso...

ANTONIO.—Bah, bah, no lo creas...

Se han sentado así: Victoria y Roberto; lejos, Teresa y Antonio.

ROBERTO.—¡Palabra de honor! Yo hubiera querido venir mucho antes... Pero las múltiples y variadas ocupaciones políticas, los preparativos inaplazables de la futura campaña electoral, tuercen, no... ¡cómo diría yo!, bifurcan, si se quiere, los tortuosos senderos de mi actividad... ¿Qué quieren ustedes? Sagrados deberes del patriotismo, que es para mí un imperativo categórico... Es, por decirlo al modo vulgar, la obligación, la prosaica obligación ciudadana... Ustedes son la devoción sentimental...

TERESA.—¡Muchas gracias! Qué pico de oro, ¿eh?

ANTONIO.—¡Admirable, admirable! Es el Demóstenes español.

ROBERTO.—¡Por favor!...

ANTONIO.—Y esto es en la conversación vulgar.

TERESA.—Ya me figuro lo que ocurrirá en las Cámaras... Le aplaudirán a usted hasta los maceros... ¡Ya verá usted!

ROBERTO.—¡Señora, por Dios, usted me confunde! No hablemos de ello. Lo que ansiaba es que ustedes me perdonarán si he tardado casi un mes en hacerles esta visita de digestión, ¿no se dice así?, después del opíparo almuerzo que usted, Victorita, no quiso hon-

rar con la deliciosa y encantadora merced de su presencia.

VICTORIA.—Tuve un poco de jaqueca.

ROBERTO.—¿El mal del día acaso? ¿Eh? Esta epidémica infección que gentes desaprensivas y frívolas designan con un absurdo nombre zarzuelero... ¿eh? Pero ya pasó, ¿eh? Los colores de usted tienen una lozanía primaveral...

VICTORIA.—Gracias...

Muy seria.

ROBERTO.—Oh, no sabe usted cuán profundamente hube de lamentar su felizmente pasajera indisposición. Pasamos una tarde triste... es decir... ¡Por Dios! No aburrida, aburrida no, de ninguna manera. En esta casa todos son muy amables... pero faltaba usted y para mí faltaba todo.

Sigue hablando con ella en voz baja, muy insinuante.

ANTONIO.—Oye, Teresa: ¿sabes que he visto a Martín por lo de la escritura?

TERESA.—¿A qué Martín?

ANTONIO.—Sí, mujer, sí; al de la venta de la casa; aquí traigo la nota. Si me haces el favor de venir a mi despacho; Roberto es tan amable que nos dispensará.

Levantándose.

ROBERTO.—Oh, sí, no faltaba más; yo no quiero ser de cumplido...

ANTONIO.—Pues con el permiso de usted...

ROBERTO.—Vayan, vayan...

ANTONIO.—Victoria le hará a usted compañía entre tanto.

ROBERTO.—Si es tan piadosa...

ANTONIO.—Vamos, vamos, Teresa.

TERESA.—Hasta ahora.

Roberto se levanta y hace una venia. Mutis izquierda Teresa y Antonio.

ESCENA V

VICTORIA y ROBERTO.

ROBERTO.—Conque no ha salido usted hoy, ¿eh, Victorita?

VICTORIA.—Así parece, señor Ruiz...

ROBERTO.—Oh, señor Ruiz, señor Ruiz... Antes me llamaba usted don Roberto, don, ahora señor... Es usted demasiado ceremoniosa conmigo, cruelmente ceremoniosa...

VICTORIA.—¿Cruelmente? ¡Qué exagerado es usted!

ROBERTO.—Es que usted no sabe, Victorita, no puede medir, justipreciar en su exacta intensidad, el desasosiego, la pena, la tortura, eso es, la tortura que para mí significa esa falta de confianza. Yo necesitaría, es más, yo reclamo de usted, esto es, reclamo una familiaridad más simpática. Oh, por Dios; más simpática no, no; en usted todo es simpático, sí, sí; pero en fin... Usted me entiende...

VICTORIA.—Yo no le entiendo a usted ni una palabra; señor Ruiz...

ROBERTO.—Yo quiero decir que si sus labios suprimieran el tratamiento de señor y sustituyeran el apellido por mi nombre, yo me atrevería a ser más explícito, esto es, a formular en palabras, en palabras sinceras, hondas, sentidas, apasionadas, esto es, lo que hace tiempo que vienen formulando en súplica mis ojos, ¿eh?... ¿Todavía no me entiende usted?

VICTORIA.—¿Usted me autoriza a tener confianza con usted? ¿A tratarle con toda llaneza? ¿En camarada?

ROBERTO.—En camarada, ¡por Dios!

VICTORIA.—Sí, en camarada. Ya sabe usted que yo soy así, un poquito especial, y que puedo ser para usted una buena amiga...

ROBERTO.—Es algo, pero...

VICTORIA.—Es bastante, es mucho, Roberto...

ROBERTO.—¡Oh, gracias! ¡Eso es, Roberto, así! Es lo que yo quería: mi nombre así, sin tratamientos glaciales en boca de usted es como el rayo de luz que empieza a iluminar mi pobre vida; me anima, me...

VICTORIA.—Espérese usted, Roberto, espérese. Yo le otorgo toda mi confianza y le allano a usted el camino. Y así, en buena amiga le pregunto: ¿cuánto?

ROBERTO.—¿Victorita... yo? No comprendo.

VICTORIA.—Sí, sí; no tiene usted más que decir una cifra, venga; yo se lo vuelvo a preguntar: ¿cuánto?

ROBERTO.—¿Cuánto? Mucho, Victorita, muchísimo, todo. Pero usted comprenderá estas cosas del sentimiento, son imposibles de fijar en la exactitud prosaica de un guarismo... Yo no comprendo...

VICTORIA.—Pues es muy sencillo amigo Roberto. Usted es un hombre llamado a un gran porvenir...

ROBERTO.—¡Oh, Victoria!...

VICTORIA.—Usted debe ser diputado, embajador, presidente del Consejo un día... ¡La patria le necesita a usted!...

ROBERTO.—¡Oh, Victoria!...

VICTORIA.—Pero ante todo tiene usted que ser diputado; una elección es siempre cara...

ROBERTO.—¡Señorita!...

VICTORIA.—Un momento; es usted quien se pone ceremonioso ahora, yo le ruego...

ROBERTO. — Siga usted, siga usted... no comprendo...

VICTORIA.—Yo tengo mucho gusto en ayudarle a usted, sí, señor; y como soy una mujer moderna y tengo mi criterio personal en estas cosas y creo que, a pesar de mi sexo, debo y puedo servir a mi país en la medida de mis fuerzas, yo, rica, huérfana, mayor de edad y dueña de un millón de pesetas, usted, lo sabe, le pregunto al amigo: ¿Cuánto necesita usted para asegurar el triunfo de su candidatura?

ROBERTO.—Señorita: esta es una ofensa que yo no merezco, ni...

VICTORIA.—Y que yo no le hago a usted puesto que no la merece. Mi intención está a la altura de sus merecimientos.

ROBERTO.—¡Oh, no; pero es que!...

VICTORIA.—Usted me ha dicho mil veces que le inspiraban una profunda simpatía mi originalidad y la

independencia de mi carácter, no me haga usted creer ahora que le asustan, sería una inconsecuencia...

ROBERTO.—Pero... esto es una broma, señorita, yo...

VICTORIA.—No, yo soy incapaz de bromear con las cosas serias... Comprendo que un caballero al uso de tantos caballeros como andan por el mundo... ponga reparos en aceptar un préstamo de una amiga, por el hecho de ser mujer...

ROBERTO.—¡Naturalmente! Ello significaría...

VICTORIA.—Y, en cambio, no tenga inconveniente en casarse con esa misma mujer, por no aceptar el préstamo y apoderarse del total de su fortuna; pero usted no está en ese caso, ¿no es eso?, y como no puedo creer que vaya usted a hacerme una declaración de amor que yo no he autorizado como solemos autorizarlas las mujeres...

ROBERTO.—Señorita, basta ya, basta; yo, por devoción a usted, me he revestido de una calma insólita, eso es, inusitada e inaudita, y usted...

VICTORIA.—Perdone usted. Yo pongo mi amistad y mi fortuna a la disposición de usted; mi corazón no, porque usted no me lo ha pedido...

ROBERTO.—Pues bien; si yo se lo pidiera a usted, si yo le dijese aún...

VICTORIA.—No, no; yo no puedo admitir semejante supuesto. Los hombres inteligentes sólo se declaran cuando tienen la seguridad de vencer, y usted es un hombre inteligente y no va a exponerse a que yo le diga que, para diputado, me parece de perlas, pero

no para marido, y que comprendo que la patria le necesita a usted, pero yo no le necesito.

ROBERTO.—Ni yo necesito de la protección de usted, ni del socorro de usted, ni de nada... yo no pude jamás imaginar que una señorita esmeradamente, eso es, esmeradamente educada, pudiera nunca...

VICTORIA.—Yo le suplico a usted que se ahorre una exaltación completamente fuera de lugar, y me ahorre el escuchar nada ofensivo, que sería injusto, después de un ofrecimiento tan desinteresado...

ROBERTO.—Y que yo no puedo aceptar. Hay algo dentro de mí que rechaza, que se parapeta... Eso es, se parapeta. ¡Oh!, yo no necesito nada de usted... me ahogo, quiero aire... aire... esto es afrentoso, humillante y ridículo... Quiero aire...

VICTORIA.—Pues tiene usted suerte. Me complace hacerle notar que, aunque estamos en diciembre, hace en la calle una temperatura deliciosa...

ROBERTO.—A la calle, sí, ya me voy; me voy para siempre... ¡Oh!

Va a hacer mutis a una lateral.

VICTORIA.—Caballero... Por ahí donde va usted es a las habitaciones interiores... Como no quiera usted despedirse...

ROBERTO.—No; yo no quiero despedirme de nadie...

VICTORIA.—Pues entonces por ahí...

ROBERTO.—Por aquí, sí... por aquí a la desesperación, al desengaño, lejos de sus ojos para siempre... le... lejos del romanticismo embustero y falaz, esto es, falaz, que en la exaltación romántica... en que, la...

lo... le... yo... señorita... que... mi... ¡Buenas tardes!

Mutis.

VICTORIA.—Muy buenas tardes... ¡Ja, ja, ja!...

ESCENA VI

Victoria, Doña Teresa y Don Antonio, por donde se fueron.

TERESA.—Pero, chiquilla, ¿qué es eso de que te ríes?

ANTONIO.—¿Y Roberto?

VICTORIA.—Precisamente de él me reía...

ANTONIO.—¿Cómo?

VICTORIA.—Acabo de ponerle de patitas en la calle.

TERESA.—¡Muchacha!

ANTONIO.—Pero, ¿cómo? Esto no puede creerse...

VICTORIA.—Pues ya lo están ustedes viendo...

ANTONIO.—Pero, ¿qué ha pasado?

TERESA.—¿Qué le has dicho?

VICTORIA.—Lo que se merecía.

ANTONIO.—¡Ah, no, no; esto es demasiado, esto no puede tolerarse ya, Victoria. Tus excentricidades, tus originalidades, tienen su límite...

VICTORIA.—Que yo no he pasado...

ANTONIO.—No me contestes...

VICTORIA.—Es que.

TERESA.—Cállate, hija.

VICTORIA.—¡Pues no me callo, ea! Ya sabéis que los despotismos no sirven conmigo y que no me callo cuando tengo razón...

ANTONIO.—¡Cómo se entiende! Razón en conducirte como una mal criada, como una loca, con un caballero...

VICTORIA.—Con un majadero, con un vivo, que venía por mis cuartos...

TERESA.—Victoria...

ANTONIO.—¡Oh, es horrible! ¡Y habrás sido capaz de decírselo así!

TERESA.—¡Naturalmente!

ANTONIO.—¡Oh! ¡Qué dirá, qué habrá dicho, qué habrá pensado; corro a darle una explicación ahora mismo!

VICTORIA.—Si es por cuenta de usted...

ANTONIO.—¿Qué dices?

VICTORIA.—Que si es por cuenta de usted, puede usted darle todas las explicaciones que quiera, por haberlo lanzado usted, usted... a dar este paso sin consultar conmigo, sin tener en cuenta mis sentimientos y mi voluntad...

ANTONIO.—Basta, basta; no quiero oirte... Voy ahora mismo a ver a Roberto...

TERESA.—Pero, oye, Antonio...

ANTONIO.—Yo no puedo dejar ni por un momento, en lo que de mí depende, que mi amigo, el hijo de mi mejor amigo, se considere ofendido, lastimado...

TERESA.—Pero, oye...

ANTONIO.—Déjame, déjame tú también... ¡Esto es espantoso!

Mutis.

TERESA.—Pero Victoria, pero chica, tú ves a lo...

VICTORIA.—No me digas nada tú tampoco, te lo suplico.., Hace un instante me decías que no te importaba que yo desdeñase a ese majadero; luego te vas para dar ocasión a que tuviéramos una entrevista y ahora me riñes... Es absurdo, tía.

TERESA.—Pero oye, ven acá; reflexiona...

VICTORIA.—Yo no tengo nada que reflexionar...

TERESA.—Yo me marché porque Antonio me obligó a que me fuera con él, y porque después de todo, era mejor que hablaseis. Además, no me parece que el haberte hecho el amor sea una ofensa para ponerte así...

VICTORIA.—Pero lo es, puesto que yo no di pie, yo no le autoricé. Es una ofensa tan grande como si un hombre me requiebra y me sigue por la calle sin que yo le haya mirado siquiera...

TERESA.—Hija, una galantería siempre es de agradecer...

VICTORIA.—Las galanterías de quien nos gustan, sí; las de un pesado, las de un majadero, molestan e irritan, eso es. Yo no tengo la culpa de que haya hombres tan estúpidos que se crean capaces de enamorar.

TERESA.—¿Pero qué estás diciendo?

VICTORIA.—Digo lo que es. Que no hay tenorios, que es mentira, que las que enamoramos somos nosotras, que es la mujer la que dice con los ojos: "Me gustas, atrévete", porque la mujer es la hembra, la reina, y es la que escoge. Lo demás es una necedad. Un hombre inteligente sabe y comprende cuándo puede atreverse, y cuando no debe no se lanza ni a una galantería, porque las galanterías molestan. Tiempo ha

tenido el señor Ruiz ese, tan estirado y tan necio, para enterarse de que no era santo de mi devoción. Insistió en que se lo dijese, y se lo he dicho y no me arrepiento.

TERESA.—Pero, Victoria, si está bien: lo que te censuro es la forma en que lo has hecho, la exageración; ten en cuenta que ninguna señorita en tu caso...

VICTORIA.—No me digas eso, que es lo que más me irrita. ¿Qué tengo yo que ver con las demás señoritas? ¿Por qué he de parecerme yo a las demás señoritas? Yo no me parezco a nadie, reacciono ante las cosas a mi manera y estoy muy contenta así.

TERESA.—Sí... muy contenta... y estás rabiando continuamente y das lugar con ello a que hasta las criadas digan que la señorita está loca...

VICTORIA.—Pues, mejor que mejor. Quiero, quiero y quiero; y no me exasperes más, no quieras oirme, ¡ea!

TERESA.—¡Pues ahí te quedas! ¡Caramba!... Cuando te pones así, es imposible hablar contigo...

VICTORIA.—Bueno; pues no me hables...

TERESA.—¡Oh!... ¡Qué barbaridad! ¡Qué locura! ¡Vamos!

Mutis segunda izquierda.

ESCENA VII

VICTORIA y JUANA, foro, con lo que se indica en el diálogo, y al fin de la escena, CARLOS.

JUANA.—Señorita...

VICTORIA.—(*De muy mal humor.*) ¿Qué?

JUANA.—¡Señorita!

VICTORIA.—¡Qué, mujer, qué!...

JUANA.—Nada, señorita.

VICTORIA.—Y entonces, ¿para que me llamas?

JUANA.—No, señorita, verá usted...

VICTORIA.—En qué quedamos; ¿hay algo o no hay nada?

JUANA.—Sí señora, señorita...

VICTORIA.—Pues pasa, ven... no te voy a comer...

JUANA.—Sí, señorita... Como está usted hablando, no vine antes, señorita Victoria... Ha venido el librero, señorita... y la modista con los arreglos... y... ahí va... un paquete, señorita... otro paquete... el traje... envuelto en un periódico, señorita... la cinta... una cuenta y la otra cuenta...

VICTORIA.—Mira: (*Tocando todo lo que nombra.*) el piano, los muñecos, las cortinas, el sofa... ¿te enteras? El delantal... la cofia... ¡Las narices!

JUANA.—¡Ay señorita!...

VICTORIA.—No te asustes, mujer. No hago más que hablarte en tu lenguaje; nombrarte las cosas, como tú.

JUANA.—Yo no creí que hacía nada malo.

VICTORIA.—No, si no es malo, es peor; es tonto. ¿Entiendes? Por las mañanas me haces lo mismo con el desayuno y la correspondencia... El café... la leche... el azúcar... las cartas... Todo lo nombras. ¿Crees que no veo las cosas? ¿Que no tengo ojos? Con dármelas es bastante, sin hablar más. Y ahora te llevas todo eso a mi cuarto. ¡Hala! Que aquí no sé qué hacer con ello. ¡Hala, mujer!

JUANA.—¡Ay, señorita!...

VICTORIA.—¿Qué?

JUANA.—Nada, ya voy... (*Aparte.*) Cómo se le ha puesto el genio desde que ha venido el señorito Carlos...

Haciendo mutis.

VICTORIA.—Se me ha puesto como se me ha puesto. De las treinta y cinco cosas que a ti no te importan esa es una. ¿Entiendes? ¡Hala!

JUANA.—(*Aparte.*) ¡Treinta y cinco cosas!

VICTORIA.—Treinta y cinco, sí, señora; ni una menos, y a no murmurar, que yo lo oigo todo... ¡Hala, vete!

Aparece Carlos en el foro.

JUANA.—Ya voy, ya voy... (*Mutis primera izquierda.*) ¡Jesús!...

VICTORIA.—María y José. ¡Hala, mujer!

ESCENA VIII

Victoria y Carlos, foro.

CARLOS.—Mal humor gastamos hoy, primita...

VICTORIA.—¡Hola! No muy bueno, la verdad.

CARLOS.—¿Puedo yo aplacarlo?

VICTORIA.—No.

CARLOS.—¿Puedo saber que tienes?

VICTORIA.—Pchs... Es una curiosidad tonta; pero puedes saberlo. Tengo, que el señor Ruiz Moguer, sin duda alentado por tu padrastro y por su propia necedad, se declaró hoy al fin, y porque le hice notar que perdía su tiempo, tu padrastro y mi tía se han puesto como dos fieras conmigo.

CARLOS.—Y tú como una pantera con ellos. ¿No es eso?

VICTORIA.—¡Naturalmente!

CARLOS.—Vaya, vaya. (*Pausa.*) Conque... ¿le diste calabazas, eh? Pues me alegro. (*Pausa.*) ¿Comprenderás que me alegre?

VICTORIA.—No sé.

CARLOS.—Pues sábelo, yo te lo digo; me alegro.

VICTORIA.—¿Es que tú también quieres oirme?

CARLOS.—Sí quiero oirte, necesito oirte.

VICTORIA.—Te advierto que estoy de muy mal humor.

CARLOS.—Mejor; así serás mucho más sincera y yo necesito de tu sinceridad.

VICTORIA.—Bueno.

CARLOS.—Escúchame, Victoria: es necesario que hablemos. Un mes hace que busco la ocasión para atreverme, me he prometido a mí mismo que de hoy no pasa, y no pasa. Yo también tengo carácter, Victoria.

VICTORIA.—Yo tengo más. Y puesto que tú lo quieres y yo no le temo a esta entrevista, sea: ¿qué quieres de mí?

CARLOS.—¿Necesitas que yo te explique por qué he vuelto?

VICTORIA.—No; acaso necesitaría que me explicaras por qué te marchaste; pero tampoco quiero.

CARLOS.—¿No quieres?

VICTORIA.—No. ¿Tienes algo más que decirme?

CARLOS.—¡Victoria!

VICTORIA.—Mira, si yo no me atrevo, tú no vas a atreverte nunca. ¿Quieres que hagamos un poquito de historia?

CARLOS.—Yo te ruego...

VICTORIA.—Verás: hace cinco años, tu leiste en mis ojos que te quería, y leiste bien, no me avergüenzo, soy sincera. Entonces, con muy bellas palabras... me dijiste que yo era la musa de tus sueños, que me adorarías toda la vida...

CARLOS.—Y toda la vida...

VICTORIA.—Déjame acabar. Un buen día, sin una razón, sin una disculpa, te marchaste lejos, muy lejos, sin importarte que yo me quedara llorando...

CARLOS.—Victoria...

VICTORIA.—Llorando, sí. Llorando unas lágrimas que me limpiaron para siempre de la mentira de tu cariño... Sss... aguarda... Ahora vienes a decirme otra vez que me quieres, sí, te entiendo. ¡Pero ya es tarde... tarde, Carlos! Mataste a la quimera, ya no eres el poeta, ni el soñador; eres... un comerciante, viudo rico, y vienes a proponerme que yo sea la madre del hijo... de otra mujer... ¿No es eso? ¡Ah! No, Carlos, no. Te quise, fuiste mi primer amor, el único, el que me hizo soñar... Pero aquel por quien soñaba... ¡no ha vuelto todavía!

CARLOS.—Primita, yo...

VICTORIA.—No, entiéndeme; si te estoy agradecida; por ti me he convencido de que el amor es una comedia, un embuste... y ya no querré nunca, ni me casaré nunca, ¿entiendes? Eso te debo. Una gran tranquilidad de espíritu. Tu partida inesperada, sin una explicación, me hirió en lo más hondo, me hizo daño, lo confieso.

CARLOS.—Y aún me guardas rencor...

VICTORIA.—No; yo no soy rencorosa. He olvidado el daño, te lo juro, pero he olvidado también para siempre a quien me lo hizo. Óyelo bien: para siempre. Y ahora, creo que ha terminado nuestra conversación.

Medio mutis.

CARLOS.—¡Victoria! (*Ella se vuelve sin frase.*) No te vayas. Es necesario que me escuches. Si no hablase me moriría. ¿Sabes por qué me fuí? ¿Sabes por qué huí del encanto de tu persona?

VICTORIA.—Calla, no sigas, no mientas. Tienes un

hijo, te casaste lejos... ¿Qué palabras tuyas pueden desvirtuar los hechos?

CARLOS.—Las palabras de mi sinceridad, que quiere hablar y habla al fin, rogando que me escuches. Yo sentía junto a ti el más horrible de los desalientos; me sentía inútil, pobre, desvalido, miserable, porque tú eras rica, porque tenías una fortuna... No, no; déjame hablar, Victoria. Todo el mundo decía, lo dice aún, tú lo sabes, que en mi casa te habían recogido por tu fortuna, sí, y temí que pudieran decir lo mismo de mí, que me quería casar contigo por tu dinero, y temblé, porque te adoraba, pensando que tú misma pudieras sospecharlo un día...

VICTORIA.—¡Yo! ¡Que yo pudiera pensar!...

CARLOS.—Tú, sí. ¡El pensamiento es traidor! Entonces sentí la necesidad de ser rico, de tener yo también mucho dinero, más dinero que tú, y ahogando mi pena, y tragándome mis lágrimas, me fuí lejos, a reconstruir mi vida para poder ofrecértela, porque te adoraba con todas las ansias de mi juventud, con todos los sueños de mi mente, con toda la sangre de mis venas, Victoria. Y allá lejos, padeciendo, luchando, mientras el pensamiento no se apartaba de ti...

VICTORIA.—Te casaste con otra mujer...

CARLOS.—¡Oh, no, no seas cruel! Me casé porque la vida lo quiso; porque soy un caballero; porque tuve un hijo, entiéndeme. La vida manda, y el deber... es el debei, Victoria. Pero la madre murió cuando aún no había muerto en mí el recuerdo de tu amor, que decidió mi vida, y entonces, ante el dolor de la ausencia,

ante mi hogar deshecho, sentí una voz que me cantaba en el alma: "Vuelve a tu casa, vuelve a tu España, las cosas son cuando deben ser; vuelve al amor de tu vida." Y entonces vine con el corazón abierto a la esperanza; vine a buscar una madre para mi hijo y a buscar una compañera para mí. ¡Te quiero, Victoria, te quiero!

VICTORIA.—(*Muy emocionada.*) ¡Calla, calla!

CARLOS.—Te quiero con toda mi alma...

VICTORIA.—No, no te acerques, te lo ruego; no te acerques, no; no te fíes de mi emoción... No te quiero... Es por el niño, es por Carlitos; yo no puedo creerte...

CARLOS.—Victoria.

VICTORIA.—Pero no quiero que pienses mal de mí, ni que supliques más... y voy a complacerte...

CARLOS.—¡Ah!

VICTORIA.—A medias... Sí, a medias. Déjame; yo no tengo vocación de casada... Seré una madre para tu hijo; ya lo estoy siendo; pero no puedo ser tu mujer.

CARLOS.—Pero...

VICTORIA.—(*Ya repuesta.*) Mi voluntad tiene cinco años. Ya se ha hecho vieja en mí y no puedo torcerla. Seré una madre para tu hijo; pero nada más. Mi resolución es irrevocable. Y ahora, oye, piénsalo; puesto que estás enamorado de mí, ya ves que te creo... nosotros no podemos vivir bajo el mismo techo.

CARLOS.—¡Victoria!

VICTORIA.—Hablo con el caballero. Compréndelo.

El amor, ya ves que quiero creer en él, te lo repito, no puede ocultarse. Murmurarían, me comprometerías... Y como yo no tengo casa, como estoy aquí recogida, como no puedo irme... Sé generoso.

CARLOS.—Me iré yo. Entendido. Me iré yo. Diré a mi madre que estoy acostumbrado a mi vida de soltero, que necesito de mi libertad, que... mis negocios, en fin... y Dios te perdone si esto es una venganza tan injusta como innoble.

VICTORIA.—¡Carlos!

CARLOS.—Sí. Yo podría vengarme también y llevarme a mi hijo... sí, en uso de mi perfectísimo derecho; pero harto sé por mi desgracia la felicidad que significa vivir a tu lado, y ya que yo no puedo gozarla, no quiero privarle de ella al pobrecito. Me voy ahora mismo. Ya mandaré por mis cosas: ya escribiré o me explicaré con mi madre. Vendré a ver al chico de cuando en cuando, sin verte a ti. Te dejo al niño hasta que te cases...

VICTORIA.—¡Oh, eso no!...

CARLOS.—Sí; te casarás... Y entonces me lo llevaré y sufrirá él también. ¡Pobrecito! Tarde o temprano tiene que sufrir su pena. Yo te perdono por él y por mí, y que Dios te perdone también tanta locura y tanta soberbia.

VICTORIA.—¡Carlos!

CARLOS.—Basta, es inútil prolongar esta escena dolorosa, y sé que contigo no vale insistir... Adiós...

Medio mutis.

VICTORIA.—¿No me das la mano, Carlos?

CARLOS.—No; te quise dar mi vida y tú no la has querido, tú sabrás lo que has hecho. ¡Adiós!

El hace mutis. Ella da dos pasos hacia la puerta, duda y corre al balcón y pega la frente a los cristales.

ESCENA IX

VICTORIA y TERESA segunda izquierda.

TERESA.—Victoria.

VICTORIA.—(*Volviéndose.*) Madre... Mamaíta. (*Rompe a llorar.*) ¡Perdóname!

TERESA.—¡Victoria!

VICTORIA.—Nadie lo siente más que yo.

TERESA.—¿Pero el qué? ¿Qué es lo que sientes? ¿Qué ha pasado?

VICTORIA.—Nada, nada. Ya lo sabrás... Perdóname, perdóname.

Llora en sus brazos. Telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Habitación de estudio y labores de Victoria. Toda blanca, caprichosa y moderna, con un balcón al foro y una lateral a cada lado. Un escritorio, una mesa de labores y un piano. En el balcón, tiestos con flores y una jaula dorada con un canario.

ESCENA PRIMERA

Es una mañana de primavera. Por la ventana abierta entra la luz a raudales. Al levantarse el telón salen por la izquierda VICTORIA y el DOCTOR, un hombre joven y apuesto.

DOCTOR.—Y adiós, Victoria.

VICTORIA.—Le acompaño a usted hasta la puerta, doctor.

DOCTOR.—No, no, de ninguna manera. Aquí cesa su peregrinación por los pasillos. No le consiento a usted salir de su nido.

VICTORIA.—Pero, doctor, si yo tengo un gusto...

DOCTOR.—Y yo también, ¿qué se cree usted? Y más aún si la compañía de usted fuera para toda la vida.

VICTORIA.—Doctor...

DOCTOR.—Por favor, no se me ofenda usted. ¡Cuidado! No es una galantería. Ya sé que usted no gusta de cumplidos; es una sinceridad inofensiva de hombre casado. ¿No me autoriza esta circunstancia y el apostolado que ejerzo para desahogar en un arranque de franqueza mi admiración? Le digo a tanta gente al

cabo del día "esa tos no me gusta, esa palidez me inquieta", que ¿por qué no he de decirle a usted esa cara y ese porte y ese carácter me encantan y me parece usted muy buena y muy bonita? Es una compensación que me doy a mí mismo.

VICTORIA.—¡Oh, gracias, doctor, es usted muy amable!...

DOCTOR.—Es justicia... Y ahora, adiós.

VICTORIA.—Bueno; y quedamos en que usted me asegura que la salud de Carlitos es completa, y que...

DOCTOR.—¿Pero qué falta le hace a usted mi opinión si los hechos hablan por sí solos más y mejor que yo? ¿No he venido a ver a mi enfermito? ¿No me encuentro con que se ha ido de paseo? Pues basta.

VICTORIA.—Créame usted: por mi voluntad no hubiera salido. Pero su padre vino por él, se empeñó, y por no discutir...

DOCTOR.—Pero si no es reproche, Victoria. Es una demostración de la buena salud del niño la que yo quería darle. ¿Qué pensarían los mozos de una agencia funeraria si al ser llamados se encontraran con que el muerto... se había ido a los toros?

VICTORIA.—Doctor, ¡que comparación!... ¡Me asusta usted!

DOCTOR.—Perdóneme. En efecto, es un poco macabra, de médico al fin, que siempre lidiamos con la muerte, aunque no matamos a nadie. El llamarnos matasanos es una ingratitud y una grosería del vulgo. Nosotros devolvemos muchas veces la salud cuando podemos, lo que no podemos nunca es conceder el

don de ser eternos a los mortales. ¿Qué charlatán soy, verdad? Perdóneme; como con usted no hablo de medicina... pues me gusta charlar...

VICTORIA.—Pero, doctor, es que yo quisiera...

DOCTOR.—Vaya, veo que se empeña usted en que hable el médico. Pues habla, sí, señora, y dice que el nene era un caso perdido. Era, ¿eh?... Después de su ataque de eclampsia yo no me atrevía a responder: ahora, sí. Está sano, sanísimo; y ha hecho muy bien en ir a tomarse su ración de sol. ¿Es eso lo que quería usted? ¡Pues ya lo sabe! No tiene que temer nada por la salud de su hijito...

VICTORIA.—¡De mi hijito!

DOCTOR.—¡Ay, perdón! ¡Qué cabeza la mía! Ya sabe que el que mucho habla, mucho yerra. Me he empeñado en que el nene es hijito de usted. Perdóneme. Bien es verdad que el angelito se merece una madre como usted.

VICTORIA.—Doctor, hablando de otra cosa. Mi tía no está; pero... yo le ruego que envíe usted su cuenta aquí, a casa, y no a su padre... Es un capricho mío...

DOCTOR.—Pero como yo también tengo mis caprichos, no se la envío ni a su padre ni a usted. Se lo ruego... Ustedes son ricos, yo también, gracias a las epidemias, y puedo y quiero darme el gusto de no cobrar un céntimo por mi asistencia al nene.

VICTORIA.—Pero...

DOCTOR.—Un momento... Es por mi amistad con Carlos, a quien quiero mucho, porque es un mucha-

chote de oro... ¡Así, de oro! Luego me desquitaré si el nene tiene un hermanito, que será mi cliente; ¿verdad? Bueno, y adiós, no quiero que piense usted que vengo aquí a hacer otros oficios que el de médico...

VICTORIA.—Doctor *(Corre al balcón.)*, ¿quiere usted ser tan amable que lleve unas rosas a su mujer en mi nombre?

DOCTOR.—Señorita...

VICTORIA.—Verá usted. *(Coge unas tijeras y va al balcón.)* ¡Tengo un rosalito más mono y más cumplido! Todos los días me da dos o tres rosas el pobre. Vea usted, vea usted ésta qué hermosa, qué colorada... ¡Dan ganas de gritar mirándola!... ¡Lléveselas usted!

DOCTOR.—¡Dan ganas de gritar!... Mi mujer, que es sevillana, también diría viéndola a usted... ¡que está usted para chillarla!

VICTORIA.—¡Ja, ja, ja!

DOCTOR.—Y ahora sí huyo; que a usted no le gustan los piropos, Victoria.

VICTORIA.—Adiós, doctor, y un millón de gracias...

DOCTOR.—Las que usted tiene... ¡Beso a usted la mano!

Mutis derecha.

ESCENA II

VICTORIA, que da saltos y bate palmas muy alegre, y JUANA que sale por la izquierda con una regadera. Luego TERESA por derecha.

VICTORIA.—¡Qué gusto, qué gusto!

JUANA.—Señorita...

VICTORIA.—¡Juana, qué gusto! El muñeco está ya bueno. ¡Qué gusto! ¡Ven, vamos a bailar!

JUANA.—Señorita, ¿qué le pasa?

VICTORIA.—¿Qué me ha de pasar, mujer? Que creíamos que Carlitos se nos moría, que ya no se muere, y que estoy muy alegre. ¿Venías a regar? Anda, trae, yo regaré...

JUANA.—¡Ay, señorita, que lo pondrá usted todo perdido!

VICTORIA.—*(Viendo entrar a Teresa, que llega de la calle. Deja a Juana y corre a ella. Mientras Teresa y Victoria hablan Juana riega las plantas y hace mutis con la regadera por donde salió.)* ¡Tiíta! ¡Tiíta!...

La besa.

TERESA.—Buenos días, Victoria. Toma. *(Dándole un paquete.)* Los botones que encargaste; es decir, parecidos. Iguales ya no vienen.

VICTORIA.—Gracias.

TERESA.—Míralos a ver...

VICTORIA.—*(Mirándolos.)* Sí, están bien; muchas

gracias. Son muy monos y le irán muy bien al traje... ¿Verdad?

TERESA.—Por eso los he traído... ¿Y Carlitos?

VICTORIA.—Se fué con su padre que vino por él. ¡Iba más alegre!...

TERESA.—¿Y tú estás alegre también?

VICTORIA.—¡Figúrate! El doctor acaba de marcharse, no sé cómo no te lo has encontrado en la escalera. No quiere cobrar nada. Dice que Carlitos está ya bueno del todo. Se entretuvo aquí un buen rato... ¡Más hablador y más zalamero! ¡Jesús! Dice que el nene estuvo muy grave: que esos ataques, de eclampsia infantil creo que se llaman, son muy peligrosos, pero que ya está como nuevo mi Carlitos. ¡Pobre mío!

TERESA.—Ya veo que estás contenta.

VICTORIA.—Y además, ¡mira qué día, qué luz! La primavera también ejerce su influjo en mí. Sólo me falta el canto de pichichi... ¡y está en la muda el muy tunante! Apropósito de tunantes... Toma, tiíta; entérate de esa carta, te vas a reir.

TERESA.—¿De quién es?

VICTORIA.—Del idiota de Ruiz Moguer. Aun insiste. Dice que no puede comprender mi desvío, que no se resigna... Una sarta de necedades en su estilo florido.

TERESA.—¡Caramba! Y lo peor es que Antonio lo apoya y se ha puesto de acuerdo con Sagrario y con Concha... Hoy quieren celebrar contigo un consejo de familia... Hablarte, convencerte...

VICTORIA.—Pero ¿de qué? ¿para qué?

TERESA.—Ya sabes cómo es mi marido. Yo te encarezco, Victoria, que seas prudente; niégate, resístete, no tienen derecho a torcer tu voluntad; pero... con moderación, no hace falta pelearse...

VICTORIA.—Descuida, pero no te comprendo.

TERESA.—Como Antonio es el peor enemigo de mi hijo, y lo de Carlos no ha pasado inadvertido para nadie en esta casa...

VICTORIA.—Carlos es...

TERESA.—No, si yo nada te digo, Victoria. Adiviné tus primeros amoríos. Llorando viniste a mis brazos aquella tarde, después de que mi hijo se marchó de esta casa por ti...

VICTORIA.—No, por mí no, tía. Yo no podía hacer más que lo que hice. Carlos ha procedido conmigo siempre de una manera intempestiva... Cuando se marchó la primera vez. cuando me habló de amor la segunda... Tú lo sabes, tú lo viste... Cuando Carlitos se puso malo, que él ni a verlo vino en dos semanas, y yo, arrostrándolo todo, la noche del ataque del pobrecito, fuí a buscarle... Ya sabes con lo que me encontré en su casa. Dios es testigo de que fuí arrepentida de haber sido dura con él. Creí que me quería, que estaría solo, triste... Fuí a llamarle porque su hijo se moría y me encontré con una fiesta, con una bacanal... De las habitaciones contiguas a la salita, llegaban ruidos de guitarras, risas de mujer, voces... En fin... no quiero acordarme...

TERESA.—Yo no te reprocho... aunque se trate de mi hijo, y por lo mismo yo no quiero meterme en los

asuntos de tu corazón. Allá tú, vosotros. Claro, cuando estuvo aquí por la gravedad del chico y velabais juntos, yo creí que...

VICTORIA.—Sí; él intentó una reconciliación sentimental de novela cursi, aprovechando las circunstancias; pero yo, la verdad, yo no podía creerle, eran demasiadas cosas las que me había hecho. ¿No te parece?

TERESA.—Yo nada te digo.

ESCENA III

Dichas, FELIPE y CARLITOS por la derecha.

FELIPE.—Aquí está este barbián.

VICTORIA.—*(Cogiendo al niño.)* ¡Chiquillo! ¡Corazón!

FELIPE.—Muy buenos días, querida hermana. Bueno, yo...

TERESA.—¿Ya tenemos?

FELIPE.—No tenemos nada. *(Se pone en un pie.)* Mirad, vengo en perfecto estado de equilibrio. ¡Calumnias, no!

TERESA.—¡Pero si te bailan los ojos!

FELIPE.—No sé, no me los veo. Pero... también me baila el corazón. ¡Es alegría general! ¿Pero de aquí? *(Señal de beber.)* ¡Nada! Hace dos días que no lo cato.

VICTORIA.—¡Dios quiera que dure!...

FELIPE.—¡No lo creo!... ¡Soy franco! Bueno. Traigo

una misión seria. Carlos me ha acompañado hásta la puerta. Me encargó que subiera al chico *(A Victoria.)* y que te pidiera una audiencia.

VICTORIA.—¿A mí? ¿Pero todavía no está convencido?

FELIPE.—No sé de qué tenga que convencerse. Te pide una entrevista... yo cumplo el encargo.

VICTORIA.—Pero... ¿para qué?

FELIPE.—¡Ah!... Eso... yo... ¡una tumba! ¡Estoy sano!

VICTORIA.—Sí, una tumba ahora. Después de que tú has sido quien lo aconsejó y lo arrastró a...

FELIPE.—Mira, sobrina, yo he sido fiel a mi papel de salvador. A ti te salvé de las aguas; a Carlos lo quise salvar de tu amor. es decir, de tu desamor. Si yo fuera un moralista, le hubiera predicado moral. ética. ¿No se dice así? Si fuera músico, le hubiera enseñado a tocar... el acordeón, que... *(Moviendo los dedos como si lo tocara y marcando las palabras.)* es muy bueno para quitar el mal humor... Como no soy más que un alcohólico eminente... Pues... ¡Nada! Bueno... ¿Respuesta que debo dar?

VICTORIA.—*(A Teresa.)* ¿Tu crees que debo recibirle?

TERESA.—¿Yo? Por lo mismo que se trata de mi hijo... yo no puedo aconsejar.

VICTORIA.—Díle que venga.

FELIPE.—¡Ni media palabra más!

Mutis por donde entró.

VICTORIA.—Y tú *(A Teresa.)*, llévate al chico y déjame sola con él.

TERESA.—Bueno... como quieras. Yo no te digo nada, ¿eh? Se trata de mi hijo, pero no te digo nada.

VICTORIA.—Anda, nene, anda...

TERESA.—*(Medio mutis.)* Victoria... Yo no te digo nada, ¿eh?... No quiero decirte nada, hijita... *(Le da un beso.)* Anda *(Al niño.)*, vamos.

Mutis ella y el niño.

ESCENA IV

VICTORIA y CARLOS por la derecha.

CARLOS.—Buenos días, Victoria.

VICTORIA.—*(Tendiéndole la mano.)* Buenos días, Carlos, Siéntate.

CARLOS.—Gracias. *(Sentándose.)* Te extrañará que haya venido...

VICTORIA.—No sé. Cuando te oiga veremos.

CARLOS.—Victoria... tu conducta conmigo es... incalificable.

VICTORIA.—¿Y la tuya?

CARLOS.—Vamos por partes, ¿quieres? Vamos con la tuya antes. Tú me echaste de esta casa.

VICTORIA.—Yo no te eché, siempre te has ido por tu gusto.

CARLOS.—Que tú me digas eso...

VICTORIA.—La primera vez...

CARLOS.—Pero la segunda yo no tenía más remedio...

VICTORIA. — ¿Por qué no hablamos de la primera?

CARLOS.—Tú sabes por qué me fuí...

VICTORIA.—Porque tú creíste que yo iba a sospechar que me querías por interés, ya me lo has dicho. ¡Primera ofensa tuya!

CARLOS.—¡Ofensa!

VICTORIA.—Sí, señor. Me juzgaste demasiado humilde. ¿Creíste que yo no había de encontrar méritos en mí, para suponer que me quisieras por mí misma?

CARLOS.—Victoria... yo...

VICTORIA.—¿Qué?... Ya ves cómo no tienes qué decir...

CARLOS.—Tengo que decir que cuando volví a ti por tercera vez, me volviste a echar...

VICTORIA.—Volviste porque yo te llamé, porque el niño estaba enfermo.

CARLOS.—Pero...

VICTORIA.—Sss... Ten paciencia. Junto a la camita del nene iniciaste un acercamiento que era completamente de literatura, y en el cual yo no podía creer. Por eso cuando sanó el niño, te supliqué que te marcharas... Después de lo que habías hecho...

CARLOS.—¿De lo que había hecho?

VICTORIA.—Sí. ¿No te acuerdas con lo que me encontré el día en que, aturdida por la gravedad de Carlitos, cometí la locura, sí, la única locura de la señorita loca, de ir a tu casa a llamarte? Esa es la vida de los hombres, ¿eh? ¡Esas sus diversiones! Pues valientes..., mamarrachos, por no decir otra cosa, estáis los hom-

bres... Unas señoritas equívocas, y mares de vino para embrutecerse... ¡Qué asco!

CARLOS.—Victoria, yo necesitaba el olvido, aturdirme, y...

VICTORIA.—¡Ay, Carlos! ¡Qué argumento tan pobre!...

CARLOS.—¿Pobre?

VICTORIA.—Mira. ¿Qué hubieras pensado de mí, si cuando tú te fuiste la primera vez, yo me hubiera escapado con el "chauffer„?

CARLOS.—¡Pero Victoria!

VICTORIA.—Sí, no te asustes... o con un torero de fama, o me hubiera casado ahora con el señor Ruiz Moguer. ¿Qué hubieras dicho? Yo también podía invocar mis desengaños, decir que la desgracia me había empujado, que todo fué un momento de excitación... sentimental. ¡Bah, pretextos! Son las eternas disculpas de todas las pecadoras. ¡Si las oyes a ellas! Todas son unas incomprendidas, unas víctimas, unas... sentimentales, y... ¡son otra cosa, Carlos! Y vosotros igual. Me embriagué por olvidar, me di a la crápula por aturdirme... ¡Oh, mentira y vicio, nada más que vicio! Uno no se embriaga más que por tres cosas. Porque el alcohol le gusta al paladar; porque le dé por dentro al cuerpo una alegría ficticia, una energia momentánea, agradable como un tónico... o porque le gusta al paladar y al cuerpo a la vez. Ahora tú me dirás a qué categoría de borrachos perteneces; si a la primera, a la segunda o a la tercera... ¡Tú dirás, te oigo!

CARLOS.—¿Quieres ofenderme, eh? *(Levantándose.)* Pues yo lo único que digo es que venía a hablarte seriamente, y sólo por un exceso de amabilidad, y que te dejes de bromas y de pullas porque es necesario que me escuches en serio...

VICTORIA.—¡Caramba, primo!...

CARLOS.—Mis negocios me reclaman en Nueva-York y debo marcharme...

VICTORIA.—¡Pues buen viaje!...

CARLOS.—Y tengo que llevarme a mi hijo...

VICTORIA.—¡Llevarte a Carlitos!...

CARLOS.—Sí. Yo no puedo dejarlo, yo no debo dejarlo...

VICTORIA.—Carlos... ¿Pero es posible? ¿Es una venganza?

CARLOS.—Si fuera una venganza no hubiese venido. Soy su padre, tú no tienes ningún derecho... y como no quieres...

VICTORIA.—¿Y vas a hacer desgraciada a esa criatura que no quiere en el mundo a nadie como a mí, que no puede estar más que conmigo, que...? ¡Qué egoísmo! ¡Qué horror!

CARLOS.—¿Tú crees eso? Pues mira; aunque no tienes ningún derecho, porque yo soy su padre... Transijo en preguntarle al niño con quién quiere irse... Ya ves... Parece un absurdo...

VICTORIA.—¿Ah, sí? Y lo que él diga, lo que él quiera harás... ¡Juana, Juana!

ESCENA V

Dichos y JUANA izquierda. Luego el niño CARLITOS.

VICTORIA.—Ahora lo veremos. Pero tú me prometes que...

JUANA.—Señorita...

VICTORIA.—Trae a Carlitos... Haz el favor... *(Mutis de la criada.)* Tú me prometes que harás lo que diga el niño.

CARLOS.—Lo prometo.

VICTORIA.—Pero sé formal esta vez siquiera; lo que él diga, lo que exprese espontáneamente. No trates de contrariarlo... ni de...

JUANA.—Señorita, el niño.

Sale con él.

VICTORIA.—*(A Juana, que hará mutis en seguida.)* Trae... vete. Ven acá, hijito *(Sentándose al niño en la falda.)*, ven acá... Yo te he enseñado a decir la verdad siempre... y ahora vas a decirla ¿me oyes? ¡La verdad! Papá tiene que irse, ¿entiendes? Papá se va a Nueva York... yo me quedo...

CARLOS.—¡Carlitos!

VICTORIA.—Tú te callas... A ver, díme. ¿Con quién quieres irte?... ¡Contesta! ¿Con papá? Ya no ves nunca más a mamita Victoria... ¿Quieres irte con papá o quedarte conmigo?... Contesta.

CARLITOS.—¡Con papá!

CARLOS.—¡Ay, ya lo oyes!...

VICTORIA.—¡Con papá! ¡Tú dices eso, tú!... *(Rechazando al chico que Carlos cogerá inmediatamente.)* ¡Pues vete, vete ahora mismo, vete!...

CARLOS.—¡Victoria!

VICTORIA.—¡Llévatelo, llévatelo, lejos, vete de aquí con él, para siempre!... Yo volveré a mis muñecos. ¡Vete pronto, vete!... ¡Qué horror! ¡Hombre había de ser! ¡Ingrato desde pequeñito! ¡Qué horror, qué pena!

CARLOS.—Hijito, no te asustes... Victoria.

ESCENA VI

Dichos y FELIPE. Luego TERESA lateral.

FELIPE.—*(Saliendo un poco borracho.)* Sobrina...

VICTORIA.—¿Tú también ahora?

FELIPE.—Yo vengo cuando debo venir y medio preparado para decir la verdad.

VICTORIA.—No quiero oir nada, no quiero saber nada, váyanse todos. ¡Tú también!

FELIPE.—Pues tienes que oir. Carlitos, el chico, ha contestado así, porque nosotros le aleccionamos.

VICTORIA.—¡Tío!

FELIPE.—¡Sí! Yo soy el Evangelio. ¡Nada! Beodo, pero verídico; entre su padre y yo, todos estos días que nos lo llevábamos de paseo, a fuerza de bombones y de golosinas, le enseñamos al chico que llegada esta ocasión debía preferir a papá, para que tú te decidieras a erigirte en mamá. ¡Esto es!

VICTORIA.—Pero, ¿es posible?

Carlos le manda al chico.

CARLITOS.—¡Mamita Victoya!

VICTORIA.—Ven, ven y perdóname, monito mío. ¡Ven, mi vida! Ya sabía yo...

TERESA.—*(Saliendo.)* Victoria. Antonio y tus tías...

VICTORIA.—Pero, ¿qué quieren ahora?

TERESA.—Vienen a hablarte, ya sabes... El consejo de familia que...

VICTORIA.—Pues me van a oir.

TERESA.—Por favor.

FELIPE.—*(Por Carlos.)* Yo me llevo a éste y vuelvo en seguida. Vuelvo. ¡Con armas! ¡Te voy a salvar del naufragio por segunda vez! Vamos.

Mutis con Carlos.

TERESA.—Te suplico moderación, prudencia. Deja al nene.

VICTORIA.—No, no; él se estará quietecito. ¡Es mi baluarte!

Le besa.

ESCENA VII

Victoria, Doña Teresa, Concepción, Sagrario y Don Antonio, que entra. Luego Felipe

CONCEPCIÓN.—Victorita...

Besos.

VICTORIA.—Buenos días.

SAGRARIO.—Querida Victoria.

ANTONIO.—Bueno, bueno; ante todo, deja al chico.

VICTORIA.—Pero, ¿por qué? Si no molesta.

ANTONIO.—Te suplico que lo dejes. No debe estar aquí.

VICTORIA.—Como quiera usted.

ANTONIO.—Anda... *(Al niño.)* anda, nene, a jugar. ¡Hala; *(Mutis el niño.)* ¡Vaya, así! Siéntense, siéntense, por favor. Espero, querida hija, tengo que llamarte así, espero que Teresa, cumpliendo mi encargo, te habrá dicho ya el objeto de esta reunión. Nosotros hemos...

VICTORIA.—Sí, ya sé, pero debo advertir...

ANTONIO.—Siéntate, siéntate y óyeme primero. Como nosotros, la única familia que te queda, estamos obligados a velar por tu porvenir...

CONCEPCIÓN.—Muy bien, muy bien.

SAGRARIO.—Y el porvenir de una joven honrada, de una niña...

ANTONIO.—Un momento, Sagrario, déjenme hablar. De acuerdo todos en que lo que más te conviene es casarte con un hombre serio... con un...

FELIPE.—*(Que sale con una botella de Jerez y una copa.)* Muy buenos días.

CONCEPCIÓN—¡Felipe!

SAGRARIO.—Querido primo.

ANTONIO.—Nosotros, querido Felipe, estábamos...

FELIPE.—¡Nada! Esto es un consejo de familia, ¿eh? ¡Bueno! Pues como yo soy también de la familia... ¡Servidor de ustedes!

CONCEPCIÓN.—Ay, Felipe...

ANTONIO.—Pero, hombre...

SAGRARIO.—Primito...

FELIPE.—¡Nada! Vengo armado y cargado y me van a oír. Llevo dos y esta es la tercera y va mediada... Conque...

Se sirve una copa y bebe.

ANTONIO.—Hombre, Felipe, yo te ruego, esto es una cosa seria.

FELIPE.—*(Por la botella.)* Y esta es una cosa más seria... Se trata de obligar...

ANTONIO.—Felipe...

FELIPE.—¡Nada! Se trata do obligar a mi sobrina, la náufraga, aquí presente...

SAGRARIO.—¡Por Dios!...

CONCEPCIÓN.—Por favor...

FELIPE.—¡Nada! A naufragar de nuevo, casándola con don Roberto Ruiz Moguer, ilustrísimo cuco, que en pos del dinero pretende el himeneo con mi sobrina, para llegar después al himeneo con la política, donde todavía hay más dinero.

VICTORIA.—Así es la verdad.

FELIPE.—Chulería de la clase más refinada. Ambición amorosa, patriótico, gubernamental.

ANTONIO.—Felipe, yo te encarezco...

FELIPE.—Será mucho más cómodo y más breve... que no me encarezcas nada y me dejes en el uso de la palabra. Así acabamos antes, porque yo no pienso callarme. Felipe me llamo... traigo embotellada la filípica y no tengo costumbre de dejar nada embotellado. Yo lo destapo todo. Tú, mi señor cuñado, prote-

gías de una manera vaga al chulesco barbudo que nos ocupa.

ANTONIO.—Pero...

FELIPE.—Que nos ocupa. Le protegías vagamente. Acaso con la sanísima intención de dársela con queso.

CONCEPCIÓN.—¡Ay, pero qué modo de hablar!

FELIPE.—Con gruyere... ¡eso es! Y torearlo con largas y quedarte con la chica y la administración de los bienes de la chica. Pero después que llegó como un cometa mi sobrino Carlos, que no es retoño de tu tronco... ante el peligro de que él se la lleve con todo su dinero a la fabulosa tierra del cake-valk, optas por casarla con don Roberto, para tener dinero cerca. Como el gitano.

ANTONIO.—¡Felipe. yo te prohibo!...

FELIPE.—¡Gitanazo! ¡Ah! Pero aquí estoy yo, Felipe el náufrago. El salvador, Moisés y Noé, todo en una pieza.

ANTONIO.—¿Pero qué estás diciendo?

SAGRARIO.—Pero, hombre...

CONCEPCIÓN.—Primo...

FELIPE.—Digo la verdad. ¡Este me ayuda! *(Por el Jerez.)* La verdad.

ANTONIO.—Invenciones, calumnias, eso es lo que dices.

CONCEPCIÓN.—¡Disparates!

FELIPE.—Sss... pare usted la jaca, señora. Cuando yo cojo una mordaga tan curiosita como ésta...

SAGRARIO.—¡Ay, Jesús, qué terminachos!

FELIPE.—Cuando yo pesco una merluza como ésta,

lo que digo va a misa y no me desdigo. El señor Ruiz Moguer es... un animal.

ANTONIO.—Tú no eres quién para juzgarle.

SAGRARIO.—Claro.

CONCEPCIÓN.—No faltaba más.

FELIPE.—¡Nada! El señor Ruiz Moguer es un animal, cuyo padre cubrió el desfalco...

TERESA.—Felipe, cuidado.

CONCEPCIÓN.—¡Oh!

ANTONIO.—Sé lo que vas a decir Y no te lo consiento, antes te echo de aquí.

FELIPE.—¡Ca, yo no me voy! Pega... pero escucha. como dijo el otro... el que lo dijo.

ANTONIO.—¡Oh!

SAGRARIO.—Pero esto es inaudito, esto es horrible.

FELIPE.—Yo no me voy hasta que el álcali volátil de la hipocresía y del buen juicio no venga a despejar esta gloriosa papalina de mi sinceridad. ¿Eh? ¡No me voy!

ANTONIO.—¡Pues me voy yo! No quiero oirte, no puedo oirte, no puedo consentir que me insulten en mi casa. ¡Y sé lo que tramas!

FELIPE.—Pues oyes...

VICTORIA.—Tío, basta.

TERESA.—Pero, Felipe... Antonio... oye... espera.

ANTONIO.—No, no, me voy; déjame.

Mutis por la derecha.

FELIPE.—*(En la puerta.)* Pues me oyes... Cuando tú eras cajero de la casa Mínguez, el año ochenta y ocho, y robaste...

CONCEPCIÓN.—Hombre, por Dios.

VICTORIA.—¡Tío!

TERESA.—Calla, calla.

FELIPE.—El padre de Ruiz cubrió el desfalco, la estafa que hizo tu marido, y por eso en agradecimiento...

CONCEPCIÓN.—Oh, esto no se puede consentir en a familia; es un bochorno espantoso.

TERESA.—¡Ay, Señor!

SAGRARIO.—Estás borracho, Felipe.

FELIPE.—¡Naturalmente! Pues... si no estuviera borracho, ¿diría todas estas cosas tan bonitas?

SAGRARIO.—Nosotras...

FELIPE.—Vosotras estáis vendidas a Antonio. Y como no tenéis dinero, no dejáis que sea feliz quien lo tiene.

CONCEPCIÓN.—¿Pero tú oyes esto, Teresa?

SAGRARIO.—¿Y tú no dices nada, Victoria?

FELIPE.—Vosotras sois una colección de cuervos, loros y otros animales de rapiña. ¡Puaf!

SAGRARIO.—Basta, basta, vamos. ¡Vámonos ahora mismo!...

CONCEPCIÓN.—Vámonos, esto no puede oirse.

SAGRARIO.—Esta casa está maldita.

TERESA.—Pero oigan... Pero Concha, Sagrario.

CONCEPCIÓN.—Vámonos, vámonos.

FELIPE.—¡Déjalas, Teresa! Esta casa está ya libre de pajarracos de mal agüero.

CONCEPCIÓN.—¡Jesús, Jesús!

SAGRARIO.—Vámonos, vámonos.

Haciendo mutis por la derecha.

FELIPE.—*(A la puerta.)* ¡Fuera!

TERESA.—Pero, Felipe.

FELIPE.—*(A su hermana.)* ¡Y tú! *(Transición.)* Tú, no; al fin eres madre de Carlos y casi madre de Victoria, tú sólo quieres su felicidad. *(A Victoria.)* ¿Voy por él? Te advierto que te ha hecho una colección de madrigales... que pasman.

VICTORIA.—¿No había renunciado a la poesía, no había matado a la quimera?

FELIPE.—¡Ca! Renunció porque se imaginó que te disgustaba.

TERESA.—¡Señor, Señor!

Aparte.

VICTORIA.—Pero estaba tonto, entonces.

FELIPE.—¡Sí! Y ahora está loco, ha vuelto a hacer versos. ¿Voy por él? Si le llamo habrás demostrado una cosa, que los locos que no están en el manicomio por orden del alienista, los locos que andan sueltos, son los que tienen razón, y bondad, y sinceridad, y hasta juicio, y me habrás proporcionado a mí un triunfo, el haber convertido mi vicio en un ideal. Si dices que sí, habrás hecho de mi borrachera un apostolado. ¿Voy por él? *(Ella hace señas de que sí.)* ¡¡Ah!! *(Llamándole.)* Carlos, Carolus, oye... vieni qua...

Sale corriendo, por la derecha.

ESCENA ÚLTIMA

DICHAS y FELIPE, que vuelve con CARLOS

TERESA.—Pero, chiquilla. Yo no sé lo que veo. Así en un momento. ¿Y qué dirá mi marido cuando vuelva?

FELIPE.—*(Con Carlos.)* ¡Anda, corre, abrázala!

CARLOS.—¡Victoria!

VICTORIA.—No, nada de abrazos, nada de finales de teatro. Tiempo hay para abrazarnos a solas si llega el caso, pero he de poner mis condiciones muy severas; me has de prometer antes...

FELIPE.—*(A Teresa.)* ¿Eh? ¿Qué opinas del borrachón de Felipe? ¡Soy buen galeoto!

TERESA.—Victoria, abrázame a mí, hijita. Yo soy la única perjudicada en este pleito. Yo soy quien habría recobrado su hijo, y ahora pierdo dos... tres... con el muñeco... con mi nieto. Os iréis pronto todos, lejos, tan lejos...

VICTORIA.—*(Abrazándola.)* ¡Madre! ¡Mamaíta!

FELIPE.—¡Hala, hala, ya el náufrago os salvó a todos, gracias al vino!

VICTORIA.—Sí. ¿Vamos a ver a Carlitos?

TERESA.—Vamos, vamos.

Mutis lateral izquierda. (Cuando todos se han ido, Felipe, que es el único que se queda, bebe a morro en la botella, Carlos, que vuelve, aparece en la puerta y lo ve.)

CARLOS.—Pero, hombre. ¿qué haces? ¿Para qué bebes ahora, si ya se han ido?

FELIPE.—Sss. Tú te callas. *(Mira por las puertas.)* Yo me entiendo... bebo... ¡¡Por si vuelven!!

Bebe otra vez. Telón.

FIN DE LA OBRA

LA VIDA SIGUE

COMEDIA EN
TRES ACTOS
Y UN EPÍLOGO

Estrenada en el Teatro
Eslava, de Madrid, el
28 de mayo de 1919.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA DEL CARMEN	Catalina Bárcena.
ADRIANA, MARQUESA CONSORTE DE VEGA-FLORIDA.........	Ana Siria.
LA MARQUESA VIUDA DE VEGA-FLORIDA	Ana Quijada.
ANA MARÍA...............	Eugenia Illescas.
ISABELITA MONTIJANO........	Isabel Garcés.
DORITA ARGÜELLO..........	Carmen Carbonell.
UNA DONCELLA.............	Joaquina Almarche.
DANIEL ALVARGONZÁLEZ, MARQUÉS DE VEGA-FLORIDA	Francisco Hernández.
DON VIPERINO.............	Ricardo Simó Raso.
JACINTO LABIAL.............	Andrés Tovías.
EL VIZCONDE DEL ADUAR......	Juan Beringola.
DON EDUARDO MONTIJANO....	Manuel Collado.
PACO ARGÜELLO............	Jesús Tordesillas.
JOSELÓN..................	Pablo Hidalgo.
PERICO	Fernando Aguirre.

La acción en el castillo de Vega-Florida, Salamanca, primero y segundo acto.—El tercer acto en Madrid.—El epílogo en Nápoles, en un hotel de la Riviera.—Del día.—Derecha e izquierda las del actor.

ACTO PRIMERO

Hall. Puerta al foro, desde la cual se ve un trozo de un recibimiento y del jardín. Chaflán a la izquierda; en la pared fronteriza al público una puerta que se supone que da a una escalera que conduce al piso alto del Castillo. Lateral izquierda, primer término, puerta; a la derecha, segundo término, un mirador; a la derecha, primer término, una puerta; dos bargueños. A la izquierda una mesita y sillas formando tertulia. Casi al centro de la escena, un poco hacia el mirador, una mesa, Todo a tono. Por el mirador se ve caer la tarde de otoño sobre la aridez del campo castellano.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecerá sentado ante la mesa JOSELÓN liando cigarrillos. Extrae el tabaco de una caja de cartón. Es andaluz; tendrá cincuenta años y gris el pelo, peinado a lo torero; hablará ceceando exageradamente y con parsimoniosa lentitud. Viste pantalón azul, de criado de casa grande, un chaleco que chilla y desentona por sus colores y que no se ve porque lo cubre una guayabera de dril.

VOZ.—(*De Perico, dentro, cerca.*)

Ya se murió el burro
que acarreaba la vinagre,
ya se lo llevó Dios
de este mundo miserable.
Que tururururu, etc., etc.

JOSELÓN.—(*Suspirando muy aburrido.*) Vaya por Dió.

VOZ.—(*De Perico, dentro.*)

Él era valiente
él era mohino,

él era el encanto
de todo Valarino.

JOSELÓN.—(*Soplando y liando sus cigarrillos con visible mal humor.*) ¡Fu!

VOZ.—(*De Perico, dentro.*)

Ya estiró la pata
ya arrugó el hocico,
ya dijo con el rabo
adiós, adiós Perico.
Que turururuuru, etc., etc.

JOSELÓN.—(*Levantándose: va al mirador.*) Güeno. (*Gritando desde el mirador.*) ¡Eh, tú! ¡Tú! Haber si te cayas. ¿Que no entiendes? ¡Que te cayes ya! ¡Que eres un ezaborío! (*Volviendo a sentarse.*) Güeno, güeno, no me fartaba má que la copla eza ¡zeñó! (*Liando cigarrillos.*) Er burro que acarreaba la vinagre. ¡Miá que la vinagre! ¡Zi e er vinagre zeñó!

PERICO.—(*Saliendo por el foro. Es un labrador castellano: boyero, mozo aún.*) ¿Me mandaba usted, señor Joselón?

JOSELÓN.—No te mandaba ná; te rogaba que variaras el cante... ¡Ná más que ezo!

PERICO.—Ah, pues si es eso, yo le cantaré a usté otra copla. ¡Vaya! ¡Y que no sabe pocas el hijo de mi padre! Y todas de Salamanca, castellanas, todas de la tierra.

JOSELÓN.—Pos no las cantes.

PERICO.—¿Que no?

JOSELÓN.—¡Que no!

PERICO.—¿Que no? Pues en Dios y en mi ánima, juro que no le entiendo a usté, señor Joselón.

JOSELÓN.—Ni yo a ti. ¡Como que no podemos entendernos! ¡Como que zomo cá uno e zu lao!

PERICO.—Anda, somos de España los dos, señor Joselón.

JOSELÓN.—¡Para la jaca, niño! Hay mucha España, y la tuya no es iguá que la mía.

PERICO.—¿Que no?

JOSELÓN.—¡Que no! Tú eres de una tierra pelá; yo zoy de una tierra floría. Tú eres d'acá, tierra dentro, ¡y tan adentro! zin un árbol, zin un huerto.

PERICO.—Anda, como que usté no ha bajado nunca a la ribera del Tormes, que si no, ya vería usté cuántos álamos y cuánto verde. Verdad que hay sierras calvas, como cabezas de viejo, y cerros cenicientos; pero también hay pradillos muy verdes, que por Abril se llenan de margaritas; y vería usté junto a las tierras labrantías, huertecillos y abejares, y chopos muy erguidos en los caminos, sí, señor Joselón; y las hojas que ahora parecen talmente pedazos de cobre, cayendo en la quiebra de los valles y en las barrancas, y los zarzales florecidos, y hasta violetas, que ya están brotando las primeras. Es muy hermoso esto, señor Joselón. Pero como usté no sale nunca de la casona y de sus alrededores, y la casona está enclavá en este sitio que le llaman la Paramera...

JOSELÓN.—Pos en mi tierra no hay parameras de éstas, que tóo está que da gloria. Tóos son olivares y

tierra mu zembrá, y güertecillos blancos en la zierra... ¡No zomos iguales, niño! ¡Tú eres del reino de Castiya la Vieja; yo zoy de Andaluzía la mozita! De la república de Córdoba, na más que ezo.

PERICO.—¿De la república de qué?

JOSELÓN.—De Córdoba la zultana, que no es república toavía, pero lo va a ze mu pronto.

PERICO.—¿Que sí?

JOSELÓN.—¡Que zí zeñó! ¡Tóo va a zer república! ¡Yo te lo digo! ¡La república de Córdoba! ¡La república de Granál ¡La república de Güerva! ¡La república de Jjjjjjjaén! Yo tengo iluztración y tú no. ¿Lo oyes? Yo zoy de la tierra der Gran Capitán. ¿A que no zabe cómo ze llamaba er Gran Capitán?

PERICO.—Yo, no.

JOSELÓN.—Poz ze llamaba Rafaé Molina Lagartijo. ¡Ná más que ezo! Y era un torero zuperió. ¡Por ezo le decían er Gran Capitán! Ya lo zabe, y ya te estás largando a azuzá a tus güeye.

PERICO.—Como usté diga, señor Joselón.

Medio mutis.

JOSELÓN.—Pero zin cantá.

PERICO.—¿Que no?

JOSELÓN.—Que no, jinojo. Que eza copla der burro que tú canta ez mu ezaboría. Mira zi yo te cantara una zoleá o un fandanguiyo de los que cantan los piconeros en mi tierra, te ibas a quear bizco. ¿Lo oyes? Pero yo zolo canto cuando hay mocitas güenas y güen vino; no zoy como tú, que le canta a los güeye la defunción der burro, y eres más burro y más güey...

(*Transición, viendo llegar a la Marquesa.*) Mándeme usté, señora Marquesa.

ESCENA II

Dichos y la MARQUESA por primera izquierda. Traje de comida. Tiene más de sesenta años.

MARQUESA.—¡Hola! Aquí mano sobre mano, ¿eh? Charlando por lo codos como siempre.

PERICO.—Yo vine porque me llamó el señor Joselón.

JOSELÓN.—Yo no le he llamao.

PERICO.—¿Que no?

JOSELÓN.—¡Que no!

PERICO.—Pues...

MARQUESA.—Chist, a callar.

JOSELÓN.—Yo lo que le hice, con perdón de la zeñora, fué decirle que no cantara, y como no entiende, pos zubió creyéndose que lo yamaba; pero a mí no ze ha pasao yamarlo... ni por la estela der pensamiento.

MARQUESA.—Bueno, bueno; pues déjale que cante, que con ello a nadie molesta.

PERICO.—Ya lo oye usté, Joselón.

JOSELÓN.—Ezo e una opinión de la zeñora Marquesa. Yo lo hazía porque no fuera a yover.

PERICO.—Yo, señora Marquesa...

MARQUESA.—Anda, hijo, anda. Ve a lo tuyo y canta lo que quieras.

JOSELÓN.—(Y que yueva lo que Dios quiera.)

PERICO.—Con permiso de la señora Marquesa.

Mutis.

MARQUESA.—(*A Joselón.*) Y tú, bastante haces con no hacer nada, para que te entretengas en pegar la hebra con los demás y los distraigas.

JOSELÓN.—Yo no distraigo a nadie, zeñora Marquesa.

MARQUESA.—Además, ¿qué traje es ese, esa guayabera?

JOSELÓN.—¡Como no había nadie!... La zeñora Marquesa no ha reparao en el chalequito, ez por no verlo: mírelo usté. La zeñora Marquesa no me negará que tié un color jaramago que atonta... Ná má que ezo, por ezo me he tapao con la guayabera.

MARQUESA.—Bueno, bueno.

Conteniendo la risa.

JOSELÓN.—Yo eztaba aquí liándome un poco de tabaco, con perdón de la zeñora, y eze se puso a cantá una coza mu triste, de un burro muerto, y yo le dije que ze cayara, y ná má. Porque como yo también estaba mu triste.

MARQUESA.—¿Y qué te pasa, si puede saberse.

JOSELÓN.—Yo ze lo diré a la zeñora Marquesa. ¡Digo, zi la zeñora Marquesa da su permiso!

MARQUESA.—Sí te le doy, habla; yo no quiero que nadie esté triste en mi casa.

JOSELÓN.—Si no ez por zu caza de usté, que ez una gloria; pero ez que estoy arrinconao. Me tiene arrinconao er zeñorito Danié, zu hijo; el zeñó Marqués, y perdone usté que le diga er zeñorito Danié, pero él quiere que le yame azí.

MARQUESA.—¿Que te tiene arrinconado?

JOSELÓN.—Zí, zeñora. ¿No ze ha ido de caza esta mañana, con tóos los demás zeñores? ¿Me ha yevao a mí?

MARQUESA.—Pero hombre...

JOSELÓN.—No zeñora, que ez mu triste. Er zeñorito ziempre me yevó a mí como zu lugá teniente, como zu peón de brega, varga la comparación. Con él he viajao tóo er mundo. Con él he cruzao los mares, y hemos estao en Egipto y en Sué, y hasta en Lima. Y a zu lao he estao cuando ze le sublevaron los chinos en el ingenio de azúcar. Y con él he pasao frío en el mar, en la mar, sobre el puente, sobre la puente, como dice Perico, que tóo lo vuelve mujer, y hasta al vinagre le dice la vinagre... y ahora ya ve usté, ze va de caza, y a mí me deja zolo, porque ze piensa que estoy ya viejo, que zi no me hubiera ido con er zeñorito Danié, y no me hubiera cortao la coleta por zervirle, toavía zería yo capá de ponerle un par de banderillas a un Miura, como cuando era mocito... ¡Ná más que eso! ¡Y perdone la zeñora Marquesa tóo lo que la he chamullao!

MARQUESA.—No, si me hace gracia oirte, eres muy pintoresco.

JOSELÓN.—Pinturero, ezo zí, pinturero zoy, y Dioz ze lo pague a la zeñora Marquesa que lo reconoce; pinturero zoy, y no viejo ni trasto.

MARQUESA.—(*Viendo llegar al Doctor.*) Don Viperino... ¡Ay, perdone usted, Antonio!

ESCENA III

La Marquesa, Joselón y don Viperino, que habrá entrado cuando se marca en la escena anterior. Es un vejete risueño, modesto y limpísimo. Llega por el foro con su sombrero, su guardapolvos y una maleta que deja en el suelo.

VIPERINO.—Nada, nada, querida Julia; así, don Viperino. Ya sé que me llaman don Viperino, por mi mala lengua.

MARQUESA.—Pero yo...

VIPERINO.—Nada, nada, don Viperino soy, y a mucha honra. Tengo mala lengua porque la Humanidad me da ocasión.

MARQUESA.—Pero, ¿se ha traído usted mismo su maleta?

VIPERINO.—¡Qué remedio!

MARQUESA.—Ay, por Dios; a quién se le ocurre venir así, sin avisar. Le esperábamos ayer; pero siéntese, siéntese, estará usted cansado.

VIPERINO.—Un poquito. (*Sentándose.*) Ah... Pues no pude venir ayer; ya sabe usted que asistí a don Pedro Allonga. Al fin el sábado cerró el pico.

MARQUESA.—¡Pobre señor; Dios le haya perdonado!

VIPERINO.—No, Julia, ¡que no le haya perdonado, ni se le ocurra perdonarlo jamás!

MARQUESA.—¿Qué dice usted?

VIPERINO.—Estaría bueno que le perdonara Dios ahora, no habiéndole castigado en vida. ¡Caracoles, eso no! Fué un usurero, un pícaro.

MARQUESA.—Pero ya se ha muerto, Antonio, tenga usted caridad.

VIPERINO.—¡Caridad! ¿La tuvo él con alguien? ¡Nada, nada, que se tueste en los infiernos! ¡Que lo hagan chicharrones!

MARQUESA.—¡Pero hombre!

VIPERINO.—¡Nada, don Viperino es implacable! Además, eso de que a todo el que se muere le elogien, me parece absurdo. Al que fué un granuja vivo, no sé por qué ha de glorificársele muerto. Yo, contra los canallas, tengo un rencor de ultratumba. ¡Pues no faltaba más! Ni que el morirse fuera un mérito; se muere todo el mundo, Julia, aunque no quiera; se muere la flor y el árbol, y el sabio y el tonto, y lo mismo el presidente del Consejo que un burro.

JOSELÓN.—(*Que habrá estado hasta ahora firme como un soldado junto a la maleta.*) ¡Ole, zi zeñó! ¡Ze murió también el burro que acarreaba la vinagre!

MARQUESA.—Pero hombre, ya tardabas tú.

VIPERINO.—¡Caray, Joselón!

JOSELÓN.—El mismo, pa zervirle, zeñó doctor Antonio Morales.

VIPERINO.—¡Caramba, hombre! Dame un abrazo. Cuánto gusto.

MARQUESA.—Bueno, bueno, ¿se puede saber qué hacías tú ahí?

JOSELÓN.—Junto a la maleta, que es un camarada. ¡Como he zío torero! Y azperando a que me mandaran aónde hay que yevarla.

MARQUESA.—Pues a la habitación de arriba que está preparada desde ayer.

JOSELÓN.—Ahora mismo voy, en un vuelo. Güeno. Pos mucha zalú zeñó doctor.

VIPERINO.—Para mí, ¿eh? porque para los clientes...

JOSELÓN.—Pa usté, y yo que lo vea.

Mutis chaflán.

VIPERINO.—¿Y qué, cómo ha venido el hombre?

MARQUESA.—Pues tan famoso, mi Daniel.

VIPERINO.—Ya, ya la veo a usted con cara de pascua.

MARQUESA.—¡Qué quiere usted! Este hijo mío es lo único que tengo en toda mi vida. Me rejuvenece verlo. Debía ser lo contrario, ¿verdad? que ya cumplió sus cuarenta años. ¡Pues no señor, soy una vieja encina, que ni sombra puede dar; pero miro el retoño, querido Antonio, y no sé, revivo, recuerdo mis tiempos de flor.

VIPERINO.—¿Y dónde está Daniel, a todo esto?

MARQUESA.—Pues de caza, desde esta mañana, con toda una comitiva. Tenemos invitados: Dorita Argüello y su hermano, Isabelita Montijano y su padre, ya verá usted.

VIPERINO.—¡Hola, hola! ¿Pero él vive aquí en el Castillo?

MARQUESA.—Sí, está pasando la otoñada, como él dice. Aquí viven conmigo como en Madrid su mujer, su cuñada y su sobrinita política. Ya sabe usted que era íntimo de su cuñado y que adora a su sobrinita. ¡Ha venido más gordo, más bueno! Y bueno por fue-

ra y por dentro, Antonio. De él sí que no tiene usted nada que decir. Tres años y medio ha durado esta ausencia; pero ha vuelto rico, ha levantado la hipoteca de esta casa, ha recobrado las tierras, ya todo es mío otra vez... ¡Pobre hijo, es un santo!

VIPERINO.—Y un luchador, un trabajador; no como tantos nobles arruinados, que yo me sé. ¿Y de genio?

MARQUESA.—Siempre locuaz y discurseador y elocuente; pero cambiadísimo, ya no tiene esos prontos. Se siente feliz y quiere ver felices a todos los que le rodean. Aquí estamos de fiesta continua. Al principio se quejaba de que aquí no se podían correr ciervos y zorros a caballo como en Londres y como en la campiña romana, de que aquí no había diversiones; pero despues empezó a invitar a sus amigos, a organizar cacerías...

VIPERINO.—¡Pobres liebres y pobres perdices! No va a dejar una viva.

MARQUESA.—Luego por las noches cuenta sus viajes, sus aventuras, nos tiene embobados a todos. (*Transición.*) ¡Hola! Ya tiene usted aquí a los cazadores.

ESCENA IV

LA MARQUESA, DON VIPERINO, EL VIZCONDE DEL ADUAR y PACO ARGÜELLO, por el foro, con sendas escopetas. Son dos galanes. Luego, por foro también, DORITA ARGÜELLO e ISABELITA MONTIJANO, dos chicas jóvenes. ANA MARÍA, mujer de cuarenta años, fresca aún, y DON EDUARDO MONTIJANO, un viejo calvo con gafas y perilla, todos por el foro.

VIPERINO.—(*A los que llegan.*) Señores.

VIZCONDE.—Querido Doctor.

PACO.—Mi buen don...

VIPERINO.—Don Viperino iba usted a decir, ¿no es eso?

PACO.—¡Oh!

VIPERINO.—¡Nada, nada! lo mismo me llamó la Marquesa, todos me llaman así.

VIZCONDE.—¡Y a usted no le importa!

VIPERINO.—¡Exactamente!

MARQUESA.—Bueno, pero qué es esto, ¿los dos solitos? ¿Y los demás cazadores?

PACO.—Hemos venido escoltando el coche de las señoras y luego nos hemos adelantado un poquito.

VIZCONDE.—Mariquita y Daniel, Adriana y Jacinto tenían otros puestos.

MARQUESA.—¡Caramba! ¿Y se ha separado usted de la novia?

VIZCONDE.—¡Oh, Mariquita es mucho más cazadora que yo, y tenemos tanto tiempo para estar juntos!

VIPERINO.—Y qué, ¿se ha dado buena jornada?

VIZCONDE.—Hemos oído muchos tiros, nosotros no hemos hecho más que fumar y hablar de política.

PACO.—Y usted Doctor, ¿ha matado mucha gente en Madrid?

VIPERINO.—No toda la que yo podría.

TODOS.—Ja, ja, ja.

VIPERINO.—Este mes sólo le ha tocado la china a ese grandísimo pícaro de Allonga.

MARQUESA.—¡Por Dios!

VIPERINO.—¡Nada, nada! La familia erre que erre,

en que debía darle unas inyecciones de morfina, y yo argumentando que se volvería morfinómano.

VIZCONDE.—¡Pero hombre, si Allonga tenía ya setenta años por lo menos!

VIPERINO.—Ya lo sé, pero yo no quería endulzarle sus últimos momentos. Así duró más; pero pasó lo suyo.

MARQUESA.—¡Qué embustero! No hay médico, estoy segura, que haga eso. Ni usted lo ha hecho tampoco. Tiene usted el afán de parecer malo y cínico, cuando todos sabemos que en el fondo es usted muy bueno.

VIPERINO.—Eso era antes; ya no. Antes venían todos a mi casa a exigirme, más que a pedirme, asistencia y medicina gratis y hasta dinero, y el argumento para esta exigencia era: "Como es usted tan bueno, nos han dicho que es usted tan caritativo..." ¡Pues no, ea! El mejor negocio es ser bueno, claro está, pero pareciendo muy malo, para que no se lo coman a uno por los pies.

Entran Ana María, Dorita, Isabelita y don Eduardo Montijano.

DORITA.—¡Ya estamos de vuelta!

VIPERINO.—¡Señorona! ¡Pimpollo!

ANA.—Cuánto gusto, Doctor.

DORITA.—Le esperábamos a usted ayer.

VIPERINO.—Me fué imposible venir.

Siguen hablando.

ANA.—(*A la Marquesa.*) ¿Han venido ya todos?

MARQUESA.—Los que aquí ves, nada más.

EDUARDO.—Los otros deben seguir cazando todavía. Ese Daniel es el mismo Nemrod.

VIPERINO.—Pero ustedes vienen muy poco cinegéticos.

DORITA.—Nosotras en cochecito y gracias.

ISABELITA.—Ay, a mi me asustan los tiros. ¡No lo puedo remediar!

ANA.—Hemos ido por el paseo campestre, nada más.

EDUARDO.—Y por la merienda. Verdaderamente luculiana. Hay que felicitarla a usted, Marquesa.

ISABELITA.—A usted Doctor no le parecerá mal que nosotras no seamos cazadoras como Mariquita.

EDUARDO.—¡Claro que no! Como es tan antifeminista.

VIPERINO.—Ca, todo lo contrario, yo soy feminista hasta la pared de enfrente. La mujer puede ser cazadora, debe serlo.

EDUARDO.—Como Diana, ¿eh?

VIPERINO.—Sí, mi eruditísimo amigo, como Diana. Yo creo que la mujer debe tener todos los derechos del hombre y debe intervenir en los negocios del Estado, precisamente porque posee la astucia, el buen sentido, la habilidad mañosa de que carecen los hombres superiores.

DORITA.—¡Ay, Doctor, por Dios!

VIPERINO.—Nada, nada, una mujer puede ser cazadora, jurisconsulto, político, hasta guerrero.

Transición.

No será nunca Cristo, ni siquiera don Quijote.

ANA.—Pues sí que es un feminismo el de usted, Doctor.

VIPERINO.—Ah, señora, ¡qué quiere usted! La mujer que tiene los cabellos largos y no necesita sombrero lo ha inventado precisamente para darle alguna utilidad a su cabeza.

MARQUESA.—Nos está usted ofendiendo Doctor.

VIPERINO.—La verdad no ofende nunca. Arquímedes no hubiera inventado jamás los corchetes para abrocharse un corpiño; pero una mujer no hubiera descubierto el sistema de Copérnico: una manzana, cayendo por casualidad sobre la cabeza de Newton, le sirvió para descubrir las leyes de gravedad; una mujer se hubiera comido la manzana, sencillamente, como Eva.

ISABELITA.—Bueno, bueno, pues yo no le oigo a usted más, es intolerable. Nosotras nos vamos ahora mismo. ¿Verdad, Dorita?

DORITA.—Ahora mismo, sí, señór.

VIPERINO.—¿Pero se han enfadado ustedes, preciosidades?

ISABELITA.—No, es que nos vamos a vestir, porque se acerca la hora de comer.

DORITA.—Vamos, vamos... Con permiso.

VIZCONDE. — Sí, sí, en seguida vamos nosotros.

ISABELITA.—*(Ya haciendo mutis chaflán.)* Y conste don Viperino...

TODOS.—Ja, ja, ja...

PACO.—¡Ya se lo llama ella también!

ISABELITA.—Conste, don Viperino, que le hemos oído a usted como quien oye llover.

Mutis; las chicas chaflán.

EDUARDO.—(*A Viperino.*) Ha espantado usted a las chicas.

VIPERINO.—¡Sí, todo ha sido por responderle a usted! Empezó usted a aplastarme con su cultura: llegó usted nombrando a Nemrod, a Lúculo, a Diana cazadora, y yo le he largado a usted nada menos que los nombres de Cristo, don Quijote, Arquímedes, Copérnico, Newton y nuestra madre Eva. ¡A don Viperino no se le apabulla así como así!

EDUARDO.—¡Ah! Le pasa a usted lo mismo que a Salomón, que está usted viejo, en la hora de su eclesiastes y odia usted a las mujeres. Si le devolvieran la juventud como a Fausto rompería usted otra vez en el cantar de los cantares.

VIPERINO.—¡Jesús, María y José! Goethe y la Biblia ahora. ¡Basta, por Dios! Usted gana. Para usted la perra gorda.

ESCENA V

Dichos y JOSELÓN por donde se fué.

JOSELÓN.—Con permiso de los zeñores. Cuando el zeñó Doctor quiera ya tiene su habitación y el agua y too.

VIPERINO.—(*Levantándose.*) Pues nada, voy a ponerme bonito para la cena.

VIZCONDE.—Sí, sí, nosotros también, ya no deben tardar.

EDUARDO.—Vamos, vamos. Con permiso.

MARQUESA.—Sigan, sigan.

EDUARDO.—(*A don Viperino, haciendo mutis.*) Pues sí, mi querido Doctor, aquí disfrutamos de una hospitalidad maravillosa; no diré que horaciana, ni virgiliana...

VIPERINO.—Citas, no. Citas, no, por favor, don Eduardo.

Mutis chaflán Viperino, don Eduardo, Vizconde y Paco.

MARQUESA.—(*A Joselón.*) Recoge esas escopetas y sal al camino a ver si viene mi hijo.

JOSELÓN.—Sí, señora marquesa.

Mutis foro.

ESCENA VI

MARQUESA y ANA MARÍA. A poco, por el foro, ADRIANA y JACINTO. Ella es una mujer muy hermosa en un otoño fresco y brillante. Él un joven de treinta años, apuesto y galán. Vienen sin escopeta.

MARQUESA.—¿Y tú, no te vas a vestir?

ANA.—Sí, voy.

Inicia el mutis primera derecha.

MARQUESA.—Oye, ¿qué tienes?

ANA.—¿Yo?... Nada.

MARQUESA.—Apenas si has abierto los labios... ¡Ay, ay, ay! Mucho hace que vivimos juntas para que yo no te conozca; a ti te pasa algo.

ANA.—Pues sí, no vale ocultártelo, es mejor que lo sepas. Estoy malhumorada. Me pone de malhumor la conducta de mi hija.

MARQUESA.—¿De tu hija?

ANA.—Sí, y la de Daniel y la de mi hermana.

MARQUESA.—No te entiendo.

ANA.—Han formado parejas. Lo que es hoy bien claro lo han hecho. María, con Daniel, por un lado, sin ocuparse de su novio, y Adriana y Jacinto por el otro.

MARQUESA.—Pero mujer.

ANA.—No, no está bien, Julia. Mi hija se desentiende por completo de su novio por irse con Daniel y mi hermana tampoco hace caso de su marido. Jacinto Labial no se separa de ella un momento. Y tu hijo ya lo ha notado.

MARQUESA.—¡Ay, Ana María, por Dios! No se puede ser tan mal pensada. Tu hermana Adriana es una señora; tres años y medio ha vivido conmigo, durante la ausencia de Daniel; yo la conozco, mi hijo...

ANA.—Sí, ya sé lo que me vas a decir: que Daniel era muy amigo de mi marido, que quiere mucho a mi hija, que Mariquita es muy inocente, muy ingenua, que mi hermana es incapaz de olvidarse de sus deberes... Todo eso lo sé de memoria, pero Jacinto Labial tiene muy mala fama, es un don Juan, y la gente empieza a murmurar que mientras tu hijo acompaña siempre a Mariquita y descuida a su mujer, Jacinto le hace la corte a Adriana, y está muy feo, Julia, muy feo.

MARQUESA.—Ay, mujer, pero Adriana...

ANA.—(*En voz baja, viendo llegar a Adriana y a Jacinto.*) ¡Calla!

ADRIANA.—Buenas tardes.

MARQUESA.—Adriana.

JACINTO.—Marquesa, ¿cómo ha ido desde esta mañana?

MARQUESA.—Eso hay que preguntarles a ustedes. ¿Cómo ha ido hoy la caza?

JACINTO.—Bastante bien.

ANA.—Pero ¿vienen ustedes desarmados?

ADRIANA.—Joselón había salido al camino y le dimos las escopetas.

ANA.—¿Y tu marido?

ADRIANA.—Oh, Daniel, mientras adivine apenas la mira, no abandona el campo. En América hemos cazado a la luz de la luna.

MARQUESA.—¡Qué hijo! ¡Tiene más afición!

JACINTO.—Bueno, yo con el permiso de ustedes voy a arreglarme un poco. Vuelve uno lleno de polvo y de pólvora.

MARQUESA.—Siga usted, siga usted.

JACINTO.—Con permiso.

Mutis chaflán.

ANA.—Yo también voy a vestirme.

ADRIANA.—Y yo, y yo.

MARQUESA.—Sí; son cerca de las ocho.

ADRIANA.—Bueno, hasta ahora.

MARQUESA.—(*Acompañándolas el mutis.*) Y luego te daré una sorpresa. Hay visita.

ADRIANA.—¿Quién?

MARQUESA.—Ya verás, ya verás.

ADRIANA.—(*A Ana María.*) ¿Quién, quién, oye, quién?

Mutis Ana y Adriana primera derecha.

ESCENA VII

LA MARQUESA, MARÍA DEL CARMEN y DANIEL por el foro. Ella es una chiquilla de dieciocho años, llena de candor, pero alegre y locuaz. Él un hombre de cuarenta años, muy distinguido, pero brusco y violento a veces. Gasta una barba española y es muy varonil, dentro de su distinción. Vienen los dos en traje de caza, pero sin armas. Ella entra primero y se sienta inmediatamente.

MARÍA.—¡Ay, vengo más cansada!

MARQUESA.—¡Chiquilla! ¡Hijo!

DANIEL.—(*Besándola.*) Mamaíta.

MARQUESA.—Creí que habíais resuelto quedaros a pasar la noche en el monte.

DANIEL.—Si es que hay una de caza que no se acaba nunca, mamá.

MARQUESA.—¿Habéis matado mucho?

DANIEL.—¡Figúrate!

MARÍA.—Una enormidad, mamaíta Julia. Perdices, codornices, conejos, liebres, qué se yo ¡la mar de bichos! Bueno, es que Daniel tiene una puntería...

DANIEL.—Y ella también, ella también afina.

MARÍA.—Ca, yo no. Tres mozos vienen cargados con las piezas y aún hemos mandado a Perico a que los ayude, porque no dan abasto.

MARQUESA.—Bueno, bueno; pues ahora, un notición para ti, hijo mío. Ha venido el Doctor.

DANIEL.—¡Antonio!

MARÍA.—¡Don Viperino!

DANIEL.—¡Calla, chica! ¡Qué alegría! ¿Y dónde está?

MARQUESA.—Ahora lo verás. Llegó hace unos diez minutos y ha subido a mudarse. Lo mejor es que vosotros también hagáis lo mismo, que ya volvieron todos y la noche se echa encima. Yo voy dentro al comedor, a ver lo que ha dispuesto Joselón. Tienes un criado, hijo, más perezoso... ¡Es un musulmán! No hace nada, lo que se dice nada.

DANIEL.—Pero es muy leal, muy pintoresco, y sobre todo, muy valiente. ¡Más valiente que una mujer enamorada!

MARQUESA.—Sí, todo lo valiente que quieras, hijo; pero como yo no lo necesito para mandarlo a la guerra... En fin voy a ver si ha puesto la mesa... Hasta ahora, hijo.

Lo acaricia.

DANIEL.—Hasta ahora mamaíta.

Le besa las manos. Mutis la Marquesa por primera izquierda.

ESCENA VIII

MARÍA DEL CARMEN y DANIEL.

MARÍA.—*(Que se ha levantado y ha ido a la mesa de la derecha.)* ¿Por qué has dicho más valiente que una mujer enamorada?

DANIEL.—*(Que sigue sentado a la izquierda.)* Psé.

MARÍA.—¡Que gracioso eres! Haces unas comparaciones que no se le ocurren a nadie.

DANIEL.—Bah, eso crees tú. Hablo como todo el mundo.

MARÍA.—¿Como todo el mundo? ¡Ca! *(Transición.)* Oye, ¿son muy valientes las mujeres enamoradas?

DANIEL.—*(Sonriendo.)* Algunas sí, cuando están enamoradas de veras.

MARÍA.—¡Ah! ¡Yo no lo sabía! ¡Como nunca he estado enamorada!

DANIEL.—¡Cómo! ¿No eres ya novia formal del Vizconde?

MARÍA.—Sí, soy novia formal; pero no estoy enamorada.

Empieza lentamente a amenguar la luz.

DANIEL.—Pues muy mal hecho.

MARÍA.—¿Es que hay que enamorarse a la fuerza?

DANIEL.—No, no hay que enamorarse a la fuerza; pero una muchacha buena no debe aceptar nunca un novio si no está enamorada de él con toda el alma, ¿entiendes? con toda el alma.

MARÍA.—(*Con la mayor inocencia.*) ¡Ay, con toda el alma!

DANIEL.—Sí, Maruchita, sí.

MARÍA.—¡Maruchita! ¿Lo ves? ¡Nadie me llama así! Unos me dicen María a secas, otros Mariquita, otros hasta Marichu... ¡Maruchita, tú sólo! Después dices que hablas como todo el mundo... que eres como todo el mundo... ¡Qué has de ser! (*Transición.*) Oye, ¿crees entonces que debo romper con Federico?

DANIEL.—Yo no te he dicho eso.

MARÍA.—Pero lo digo yo. ¡Como no estoy enamorada con toda mi alma!...

DANIEL.—¿Pero a ti te gusta?

MARÍA.—Psé.

DANIEL.—¿Te es simpático siquiera?

MARÍA.—Psé.

DANIEL.—¿Pero entonces?...

MARÍA.—(*Va a sentarse junto a él.*) Verás. Él me pretendió; a mi mamá le gustaba, a tu mamá tampoco le parecía mal... me dijeron que yo debía tener novio, que todas las señoritas tenían novio, y como entonces sí me era simpático, y como tú no estabas aquí...

DANIEL.—¡Como yo no estaba aquí! ¿Para consultarme quieres decir?

MARÍA.—No, si es que desde que tú estás aquí ya no me es simpático nadie. No me gusta hablar con nadie más que contigo; los demás me parecen vacíos, qué sé yo, tontos; tú sólo dices cosas interesantes.

DANIEL.—Pero es que yo no puedo ser tu novio.

MARÍA.—(*Triste, pero candorosa.*) Ya lo sé.

DANIEL.—Yo soy tu tío, el tio Daniel...

MARÍA.—Eso no.

DNAIEL.—¿Cómo que no? Soy el marido de tu tía y...

MARÍA.—Pero no eres mi tío. No quiero yo que seas mi tío.

DANIEL.—¿No quieres que sea tu pariente?

MARÍA.—(*Dice que no con la cabeza.*) Es decir, sí, es decir, hubiera querido que te hubieras convertido en algo de mi familia. No sé...

DANIEL.—Y eso es lo que ha ocurrido, mujer.

MARÍA.—Sí, ya sé; pero... ¡no sé! (*Se acerca más a él: hay a cada instante menos luz.*) ¡Yo te he querido siempre tanto!... ¡El pobre papá te quería mucho, siempre hablaba de ti: "Que si Daniel esto, que si Daniel lo otro; que si eras tan inteligente, que si eras tan bueno, que si eras tan valiente...", (*Suspira.*) Me enseñaron a quererte. (*Transición.*) No todo lo que a una le enseñan lo aprende; pero eso sí lo aprendí, porque lo sentía.

DANIEL.—(*Dejándose arrullar inconscientemente.*) ¡Maruchita!

MARÍA.—¿No te acuerdas? Tú jugabas siempre conmigo; yo te decía mi juguetón, no porque fueras bromista, que eras muy severo a veces; pero tú ya tenías estas barbas, como los reyes y los guerreros de las estampas, y yo te tiraba de ellas y eras mi juguete grande. ¡El juguetón de Maruchita! (*Transición.*) Yo te he querido como a mi pobre papá: pero no hubiera querido que tú fueras mi papá... Cuando te ibas a hacer

tus viajes, yo te echaba tan de menos, y cuando volvías, me sentía tan alegre, tanto... Hoy mismo, cuando nos perdimos en el monte siguiendo a los perros que rastreaban... ¡iba yo más a gusto! ¡Yo te quiero mucho, mucho!, y hace seis años, ¿te acuerdas? cuando viniste a casarte con mi tía Adriana, y yo la llevé la cola en la boda, y después te marchaste con ella y yo lloré tanto, no lloraba por ella; lloraba por ti, porque creí que no volvías.

DANIEL.—(*Muy turbado, se levanta y enciende la luz.*) Bueno, bueno, calla, basta...

MARÍA.—(*Levantándose.*) ¿Por qué?

DANIEL.—Porque hablas y hablas sin saber lo que dices y no está bien.

MARÍA.—¿He dicho algo malo?

DANIEL.—(*Mirándola fijamente.*) ¡María, niña!

MARÍA.—¿Qué? ¿Por qué me miras así? ¡Me asustas!

DANIEL.—(*Volviéndole la espalda.*) No, nada, nada, déjame.

MARÍA.—¿Por qué me rechazas?

El se vuelve.

DANIEL.—Por nada.

MARÍA.—¿Por qué me miras así? ¿Qué tengo?

DANIEL.—(*Por decir algo, por justificar su nerviosidad, dice.*) ¡Te miro ese peinado, que no me gusta, esas patillas, o tufos, o cocas, o rizos, o lo que sean, que están muy mal!

MARÍA.—(*Asombrada y quieta.*) Yo creí que me sentaban.

DANIEL.—(*Muy nervioso, un poco fuera de sí, sin*

saber ya lo que dice, paseándose y sin mirarla.) No. Te dan un aire muy raro; toda tú, no sé, tienes un aire desenvuelto... No está bien; una señorita, a tu edad, no lleva ese peinado. *(Pequeña pausa.)* Ni a tu edad ni a ninguna. Así no se peinan más que las cocotas.

MARÍA.—*(A punto de llorar, siempre inmóvil.)* Más que...

DANIEL.—*(Estará a la derecha, de espaldas a ella.)* Sí, sí, ya lo sabes, las cocotas.

MARÍA.—Las... *(Haciendo pucheros.)* ¡Ay!

Rompe a llorar quedamente, con un llanto de niña, se tapa la cara con el pañuelo y hace mutis, por la primera derecha, sin ser vista por Daniel.

DANIEL.—*(Al darse cuenta que ella no está va hacia la puerta.)* María, María, oye, atiende.

ESCENA IX

DANIEL y DON VIPERINO por el chaflán de "smokin".

VIPERINO.—¡Muchacho! ¡Daniel! ¡Pero hombre!

DANIEL.—¡Antonio, mi querido Antonio!

Se abrazan.

VIPERINO.—¡Qué alegría, chico, qué alegría! ¡Tú no sabes las ganas que tenía de verte!

DANIEL.—Te esperaba ayer.

VIPERINO.—¡Calla, calla! Si tú supieras lo ajetreado

que vivo. No quisiste detenerte en Madrid más que unas horas...

DANIEL.—No podía ser. Me necesitaban en Bilbao; había una junta muy importante en la Naviera...

VIPERINO.—Pues yo, chico, hubiera corrido a buscarte; pero ¡ca!, ésta profesión mía y esta España mía... aquí sólo llaman al médico cuando hay que dar la extramaunción, y además la gente no tiene hora fija ni para morirse.

DANIEL.—Ja, ja, ja. Tú siempre el mismo.

VIPERINO.—Y tú; pero, qué digo el mismo, ¡¡mejor!! Más fuerte y más atezado.

DANIEL.—¡Qué quieres! Es el aire del mar.

VIPERINO.—¡Ah, pirata, pirata!

DANIEL.—Eso, eso que tú dices, pirata; pero no parásito.

VIPERINO.—Ven, ven, siéntate, siéntate, háblame... ¿Cuánto hace que no te veo, quince años, veinte, cincuenta?

DANIEL.—(*Sentándose.*) Cuatro nada más, mi buen Antonio.

VIPERINO.—Eso es, cuatro... ¡Me parecían más! Desde que empezó la guerra, es verdad.

DANIEL.—Sí, esta guerra que ha acabado de redondear mi fortuna, que me ha hecho rico...

VIPERINO. — ¡Hombre, lo dices con cierta tristeza!

DANIEL.—No, lo digo con cierta vergüenza.

VIPERINO.—Hombre.

DANIEL.—Sí, Antonio, sí; contrabandos, asuntos

con los Estados Unidos, acaparamientos, monopolios, negocios no siempre lícitos, no siempre limpios...

VIPERINO.—Ya, ya; pero negocios de hombre, jugándote la piel.

DANIEL.—Eso sí, ya sabes que toda mi vida ha sido una lucha continua. Yo no me resigné a ser un marqués arruinado y me lancé, emigré. Esa bendita América, las dos Américas, tienen en sus tierras más llanto de mis ojos y más sudor de mi frente... En la pampa argentina, en los ingenios de azúcar del Perú, en las selvas, en los gomales y en los yacimientos de caucho, al otro lado del Amazonas, luchando con todo, con el clima, con los bichos, con los indios salvajes, peores que los bichos y que el clima. Y ahora, en el mar, negociante, capitán y piloto, todo en una pieza. Pirata, como tú has dicho, en medio de esa red de submarinos, alevosos y terribles, más terribles que los bichos y que los salvajes, créeme a mí. ¡Ay! Y ahora, rico... cuando la justicia social empieza a decirnos que la riqueza es un pecado.

VIPERINO.—Calla, calla. Si hubieras oído a tu madre hace un momento no pensarías así. Más contenta la buena señora al ver que el castillo es suyo, que las tierras son suyas, que tú lo has recobrado todo para ella,

DANIEL.—(*Levantándose.*) ¡Pobrecilla! (*Ofreciendo un cigarro a don Viperino.*) ¿Quieres?

VIPERINO.—Trae, gracias. Pues yo he venido siempre durante tu ausencia. No aquí, claro, a la casa de Madrid. Sobre todo desde que enviaste a tu mujer.

DANIEL.—Comprenderás que Adriana no podía viajar siempre conmigo. Es lo único que me ha hecho arrepentirme alguna vez de haberme casado, tener que dejármela.

VIPERINO.—¿Eres celoso?

DANIEL.—Quién sabe.

VIPERINO.—Ella te echaba mucho de menos; pero aquí, con tu madre, con su hermana y con su sobrinita lo pasa bien. No hacían más que hablar de ti. Mariquita sobre todo. ¡Te quiere más esa chica! Siempre me decía: "El juguetón no me escribe más que postales; yo quiero una carta larga, larga, como las que le escribe a su mujer..." ¡Chiquilla más afectuosa y más ingenua!

DANIEL.—(*Preocupado.*) Demasiado ingenua.

VIPERINO.—Pues ahora se casa, ya lo sabrás.

DANIEL.—Sí.

VIPERINO.—En secreto, a mí el novio no me convence ni poco ni mucho. Parece un tarambana... un ¡ea!, lo digo, un fresco. ¿Verdad? (*Daniel se encoge de hombros.*) Claro está que entre los amigos de la casa poco hay donde escoger. Entre el Vizconde y ese Jacinto Labial, más vale aquél.

DANIEL.—Sí, ¿eh? ¿Qué persona es ese Labial? Un galanteador de oficio, ¿eh?

VIPERINO.—Exactamente. Ese Jacinto o Narciso, que Narciso debiera llamarse, según está de enamorado de sí mismo, es un Tenorio; no persigue más que a las casadas, chico...

DANIEL.—¡Hola! Eso me había parecido. Pues es un

oficio que tiene sus quiebras. (*Transición.*) Bueno, y a todo esto, ¿no te han enseñado el castillo? ¿Has visto el Museo de cuadros que he instalado en el salón rojo y el "bricabrac" junto al recibimiento?

VIPERINO.—Acabo de llegar.

DANIEL.—Pues ven; te enseñaré primero la *Sérre* de jazmines.

VIPERINO.—¿Pero no te vistes?

DANIEL.—¡Qué más da! Ya sé que la etiqueta lo exige; pero acaso sea el colmo de la elegancia no vestirse, para no obligar a mis huéspedes, y que cada uno haga su gusto.

VIPERINO.—Pues vamos.

Daniel haciendo mutis con él.

DANIEL.—O para ser sincero, y demostrar que el marqués, el pirata, como tú dices, es poco hombre de salón y más ave del campo, más lobo de mar, pasa, pasa...

Mutis los dos foro derecha.

ESCENA X

Por la puerta chaflán salen, en traje de comida, ellas, y de "smokin" los caballeros. ISABELITA, DORITA, EL VIZCONDE, PACO ARGÜELLO, DON EDUARDO MONTIJANO y JACINTO LABIAL. Este último y un poco en retraso. ISABELITA la primera, y antes que ISABELITA la risa de todos.

TODOS.—¡Ja, ja, ja!

ISABELITA.—¡Nadie! ¿No lo dije? No dirán que hemos tardado mucho.

EDUARDO.—Nada absolutamente. Nos hemos em-

perifollado en un periquete... Sobre todo ustedes, ¿verdad, Dorita?

DORITA.—(*Que habla con el Vizconde, distraída.*) Sí, sí.

EDUARDO.—Y eso que esta indumentaria moderna es de una quintaesenciada complicación..., un traje de Calot o de Paquin, no es un peplo ni una túnica... En Grecia...

PACO.—Son apenas las ocho; nos queda media hora para jugar al "ping pong".

JACINTO.—(*Que se habrá sentado indolentemente.*) Pero hombre ¿todavía tienes gana de hacer ejercicio?

ISABELITA.—Sí, sí, tiene razón Paco; además, no se agita uno tanto alrededor de una mesa, y es más que un ejercicio violento un aperitivo.

DORITA.—(*Al Vizconde.*) Usted no va a tener pareja.

ISABELITA.—Es verdad. Mariquita, aun no viene; está muy separado de su novia.

VIZCONDE.—Uy, lo tenemos todo hablado, Isabel. Además, nos queda toda la vida juntos.

EDUARDO.—El "ping pong" es un juego moderno, como el diábolo. Nunca he podido averiguar su origen. Acaso sean dos juegos incluseros.

PACO.—¿Qué más da, don Eduardo?

EDUARDO.—Pues si da. Si se tratara de los bolos o de las bochas acaso podría uno referirse al lanzamiento del disco, a los discóbolos helenos, a los tiempos lacedemónicos del buen Licurgo... Si fuera nuestro juego de pelota vasco, los pelotaris tienen un origen

muy noble y muy antiguo, como los verzolaris y los espatadanzaris...; pero este "ping pong"... es una degeneración del "tennis", no me cabe duda; pero es que tampoco doy con el origen del "tennis".

ISABELITA. — Bueno, bueno, basta de erudición, papaíto. Vamos a jugar; somos seis. Tres y tres, dos equipos.

JACINTO.—No, yo no juego; estoy muy cansado.

ISABELITA.—Usted no juega porque somos solteras; como es usted un don Juan no quiere nada con las solteras... pues soy solterita, chínchese usted.

EDUARDO.—Ja, ja, ja. Bueno, vamos. Juegan cuatro y yo apuntaré los tantos.

Van haciendo mutis foro Isabel, Dorita, Vizconde y don Eduardo.

DORITA.—(*Desde el foro a Paco, que se ha quedado hablando con Jacinto.*) ¿Vienes?

Han hecho mutis.

PACO.—Sí. (*A Jacinto.*) Ha tenido gracia Isabel, no me lo niegues.

JACINTO.—Sí, y desfachatez. Yo he podido contestarle a tono diciéndole, acaso con razón. ¿Es usted soltera, señorita? Pues esperaré.

PACO.—Ja, ja, ja.

Hace mutis.

JACINTO.—(*Acompañándole hasta el foro.*) Es mi lema, ya lo sabes. Yo siempre espero.

ESCENA XI

JACINTO y ADRIANA, en traje de comida, primera derecha.

ADRIANA.—(*Que ha oído.*) ¡Hola! ¿y qué es lo que esperaba usted?

JACINTO.—Contestaba así a Paco, que ha ido con las chicas a jugar al "ping pong" para hacer ganas de comer: pero en verdad, esperaba, sí... la esperaba a usted.

ADRIANA.—¿A mí? ¡Tiene gracia! Hemos estado juntos todo el día...

JACINTO.—Cuando se está junto a usted un día, un día es un instante, Adriana. Toda la vida...

ADRIANA.—¿Sabe usted que lo ha hecho bastante mal hoy? Es usted un cazador muy "fané". Cuatro liebres le pasaron a usted muy cerca, eran tiros muy fáciles.

JACINTO.—No estaba en ello, Adriana. No me sentía cazador porque era yo el cazado por el reclamo de unos ojos preciosos, ni me servía el arma, porque era yo el herido. (*Pequeña pausa.*) Usted lo sabe hace ya tiempo.

ADRIANA.—¿Quiere usted que vayamos a intervenir en la partida de "ping pong"?

JACINTO.—No quiere usted comprender, Adriana, no quiere usted ver...

ADRIANA.—Es usted quien parece que no quiere

enterarse de que una señora no debe jamás darse por aludida de nada que la pueda ofender.

Al empezar esta frase han aparecido en el foro Daniel y don Viperino.

JACINTO.—Yo...

ESCENA XII

Dichos, DANIEL y DON VIPERINO.

ADRIANA.—(*A su marido.*) Pero, Daniel, ¿todavía así? ¿No te vistes?

DANIEL.—(*Que desde hace un momento no deja de mirar fijo a Jacinto.*) Tengo tiempo. Le estaba enseñando la casa a Antonio.

ADRIANA.—(*Reparando en Viperino corre a saludarle. Los dos forman grupo a espaldas de Daniel.*) Querido Doctor, tanto gusto. Le esperábamos a usted con verdadera ansiedad.

VIPERINO.—Señora...

DANIEL.—(*Sin dejar de mirar a Jacinto.*) Oye, Adriana, ¿has visto a mi madre? Creo que te buscaba.

ADRIANA.—¿A mí?

DANIEL.—Sí, haz el favor...

ADRIANA.—Ahora mismo. Con permiso.

Mutis primera izquierda.

DANIEL.—(*A Antonio.*) Acompáñala, Antonio. Que la acompañes.

Mutis Antonio por el mismo sitio.

ESCENA XIII

DANIEL y JACINTO.

DANIEL.—(*Desde la izquierda a Jacinto que está en el centro de la escena.*) Comprenderá usted que he querido que nos quedáramos solos un momento. (*Movimiento de provocativa extrañeza en Jacinto.*) Siéntese, siéntese... Es una súplica que tengo que hacerle. (*Jacinto se sienta extrañado. Daniel también se sienta.*) Una súplica ¿eh? De ningún modo quiero que vea usted una ofensa en mis palabras. Usted es un perfecto caballero, y yo le estimo y le considero como usted se merece. Suplico nada más, suplico. Usted ha sido invitado a esta casa; ha cazado con nosotros...

JACINTO.—No comprendo.

DANIEL.—Sí, y pasa usted aquí la noche; pero mañana, en el primer tren, se vuelve usted a Madrid, yo se lo ruego.

JACINTO.—(*Levantándose.*) ¡Caballero!

DANIEL.—(*Levantándose.*) Señor Labial.

JACINTO.—Yo no quiero creer lo que oigo; yo no comprendo lo que quiere usted decir; yo...

DANIEL.—Quiero decir, que su oficio de cazador en mi casa ha terminado ya.

JACINTO.—No entiendo. Solo entiendo que hay en sus palabras de usted una ofensa intolerable, y de la cual me dará usted una explicación.

Medio mutis.

DANIEL.—(*Conteniéndole con la voz.*) Ahora mismo, sí, señor; no hay ofensa, y me explico en seguida. Es solo un momento. Tenga usted toda la calma que yo le ofrezco. Yo no estoy tan loco que no comprenda que mi proceder es acaso un poco absurdo.

JACINTO.—Algo más que eso...

DANIEL.—Sí, señor, pero es mío, y yo no quiero ser un hombre al uso, un hombre a la moda, sino un hombre a mi modo. Entiéndame usted. Para un marqués, lo soy aunque no me importe serlo, mi proceder es incorrecto, improcedente, falto de elegancia, si usted quiere; para un hombre que ansía vivir a su modo, es perfectamente lógico. Yo no obedezco a una antipatía irresistible; yo no me reservo el derecho de admisión como el propietario de un café público...

JACINTO.—No faltaría más; ni yo se lo toleraría a usted.

DANIEL.—¡Eso!... Bueno, concluyamos, señor Labial.

JACINTO.—Eso quiero, concluyamos.

DANIEL.—Pues bien. Yo le ruego a usted que abandone mi casa, porque he creído notar que no le desagrada a usted mi mujer.

JACINTO.—¡Oh!

DANIEL.—Sss; calma, yo no se lo censuro; a mí también me gusta, ya ve usted, puesto que me he casado con ella.

JACINTO.—Señor marqués de Vegaflorida, está usted hablando como un gañán, como un hombre ma-

leante, como un cualquiera, no como un hombre de honor.

DANIEL.—*(Conteniéndose a duras penas.)* Estoy hablando como un hombre de bien.

JACINTO.—Su mujer de usted es una señora.

DANIEL.—Por favor, no me la defienda usted, ella no necesita de su defensa, yo sé el respeto que le debo.

JACINTO.—*(Muy desdeñoso y bajando la voz.)* Usted, con su aureola de luchador, no respeta sino sus caprichos, y yo voy a tener el gusto de enseñarle a usted a respetar a las personas decentes.

DANIEL.—*(Violentísimo.)* ¡Cállese usted! *(Conteniéndose.)* Se lo ruego. Es usted todavía mi huésped y yo no quiero, ni puedo olvidar los deberes de la hospitalidad.

JACINTO.—*(Siempre desdeñoso.)* No comprendo cómo se atreve usted a hablar de deberes; no, señor, no; los caballeros, ¿me oye usted?, los caballeros...

DANIEL.—*(Ya dueño de sí.)* Los caballeros juegan al "poker", y se envidan fuertes sumas, y hacen lo que se llama un "bloff", un farol, sin enseñar su juego. Yo quiero jugar a cartas vistas, las tiendo sobre la mesa y soy más caballero que los caballeros. Mi deber yo me lo doy y yo me lo quito; mi moral y mi ley yo me las he hecho y soy consecuente conmigo mismo. Mis deberes de hombre mundano me obligan a aceptarle a usted aquí, a tolerar su cortejo a lo que es mío como una galantería de buen gusto, a esperar un motivo...

JACINTO.—Que no existe más que en la torpeza de usted.

DANIEL.—Pero yo no lo espero; no soy hombre de fórmulas ni de protocolos, sino de sentimientos y de impulsos.

JACINTO.—Basta, señor mío; esto es ridículo.

DANIEL.—¡Basta, sí! Usted se va mañana; empieza a escribir billetes perfumados...

JACINTO.—¡Oh, esto es repugnante, indigno!...

DANIEL.—Ronda usted la calle, manda flores, enamora usted; pero en mi casa, no. Y ya sabe usted que lo sé... y se atiene usted a las consecuencias.

JACINTO.—*(Muy bajo, muy cerca y mirándole de hito en hito.)* El que se atendrá a las consecuencias será usted; yo me voy mañana y usted me dará la reparación a que tengo derecho.

DANIEL.—Por esto no, ahora no. Yo voy también a Madrid; vaya usted al Casino una noche, diga usted que... la Cibeles es una estatua muy fea, yo diré que es muy hermosa...

JACINTO.—Y nos matamos.

DANIEL.—O no nos matamos, que a esas cosas siempre se llevan médicos a prevención.

JACINTO.—¡Oh, basta, basta! Comprendo que en este terreno no nos vamos a entender; pero no importa. Yo le buscaré a usted donde los deberes de hospitalidad que ahora invoca no le impidan reaccionar ni defenderse, y entonces le diré en su cara lo que pienso de usted. Y que esto no trascienda, por-

que no debe trascender, porque no debe notarlo nadie, por usted más que por mí.

DANIEL.—Gracias. *(Irónico, amenazador.)* Quedamos entendidos.

JACINTO.—Y de acuerdo...

DANIEL.—Ahora, sí, completamente de acuerdo.

Se miran.

JACINTO.—¡Eh!

Gesto despectivo y mutis foro.

ESCENA XIV

DANIEL y ADRIANA, primera izquierda. A poco DON VIPERINO.

ADRIANA.—¡Oh, qué vergüenza!

DANIEL.—¿Qué, has oído?

ADRIANA.—¡Naturalmente! Leí en tus ojos, comprendí que algo iba a pasar; pero nunca creí...

DANIEL.—Contra ti no iba nada.

ADRIANA.—¡Nada! Contra mí, contra ti y contra todos. ¡Qué vergüenza! ¿Cómo has podido descender hasta esto? ¿Qué pensará ese hombre de mí? ¿Qué lado es el que tú me das, Daniel, qué motivos he dado?

DANIEL.—Tú no, él.

ADRIANA.—De él podía defenderme yo sola sin que me humillaras.

DANIEL.—Bueno, bueno, yo hago...

ADRIANA.—No, no, esto no tiene perdón, yo no puedo perdonarte. ¿Cómo has podido olvidarte así de

ti mismo? ¿Cómo es posible que te hayas puesto en ridículo?

DANIEL.—¿En ridículo yo?

VIPERINO.—*(Saliendo.)* Calma, por Dios.

ADRIANA.—Tú, sí, y yo y todos. Y mi nombre, y el tuyo. ¡Dar así una campanada!

DANIEL.—¡Oh, qué campanada! Cuando me estorba una mosca la espanto.

ADRIANA.—Pero, ¿y yo, y yo? ¿Y mi reputación, y el ridículo?

VIPERINO.—Sss, callen, callen, por favor, que vienen.

ADRIANA.—*(Aparte.)* ¡Qué bochorno, qué humillación!

ESCENA XV

Todos los que se fueron por el fondo, menos JACINTO. LA MARQUESA por la primera izquierda yendo al grupo que forman los que han entrado en el centro de la escena. Un poco en último término. DANIEL un poco a la derecha. ADRIANA en la mesa de la izquierda. VIPERINO de pie a su lado. MARÍA DEL CARMEN primera derecha cuando indique el diálogo. Luego por el mismo sitio ANA MARÍA.

ISABEL.—Ja, ja, ja; son ustedes unos chambones.

PACO.—Sí, gracias al Vizconde.

MARÍA.—*(Saliendo con traje de comida y con el peinado que se indica.)* Oye, Daniel, perdóname; me enfadé sin motivo, tenías razón; mira, ya tengo otro peinado. ¿Te gusta?

DANIEL.—*(Apartándose de ella.)* Déjame, María, déjame.

MARÍA.—¿Tampo así?

ANA.—*(Traje de comida.)* Ya estamos todos. *(Mirando a María.)* Pero hija, ¿qué cabeza te has hecho? ¿Qué peinado es ese?

MARQUESA.—Pero chiquilla.

ISABEL.—Mariquita.

MARÍA.—*(En el centro de la escena.)* Es que con el otro no se peinan más que las... Vamos, que como yo me peinaba no se peinan las señoritas. Me lo ha dicho Daniel.

MARQUESA.—*(A Adriana, que parece muy preocupada.)* ¿Qué tienes, Adriana, qué te pasa?

Ante la mesa de la izquierda forman grupo.

VIPERINO.—*(Que ha bajado hacia la derecha, dice aparte a Daniel.)* ¡Qué has hecho, Daniel, qué has hecho!

Telón rápido.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Una habitación rectangular en el mismo castillo. Puerta al foro que comunica con las habitaciones interiores. A la izquierda, una puerta. A la derecha, primer término, puerta; segundo término, ventana. La habitación es vieja y modesta y está casi sin arreglar. A la derecha y a la izquierda del foro hay dos estantes con libros. Frente al estante de la izquierda, en el suelo, hay libros apilados y también sobre la pequeña mesita. Frente a la ventana, por la cual se ve el campo en invierno, hay una mesa escritorio. La silla, de espaldas al foro y frente a la ventana. Casi en el centro de la escena, junto al escritorio, hay un antiguo brasero de bronce. Media la tarde.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón MARÍA DEL CARMEN está colocando libros, que limpia con un plumero, en el estante de la izquierda. Al ratito sale por el foro JOSELÓN, con un traje corriente de calle, llevando en la mano derecha el pavero de anchas alas y en la otra mano unos libros.

JOSELÓN.—Güenas tardes nos dé Dios, zeñorita.

MARÍA.—¡Hola! ¿Llega usted ahora de Madrid, Joselón?

JOSELÓN.—Ahora mesmo llego; fuí a unos encargos de mi zeñorito: a traerle estos libros.

MARÍA.—Deme, deme, yo se los colocaré.

JOSELÓN.—No se moleste usté, zeñorita.

MARÍA.—¿Molestarme? Si es lo único que me entretiene, arreglarle yo sus cosas. Ahora no tiene quien se las arregle.

JOSELÓN.—Yo... yo iba a decir que me tenía a mí;

pero no lo digo; uno es viejo, hay que reconocerlo, na má que ezo, zí, zeñora, viejo y hombre.

MARÍA.—¿Fué usted a Madrid a ver a mi tía Adriana?

JOSELÓN.—(*Persignándose.*) Jozú, María y Jozé. No, zeñorita, Dió me libre.

MARÍA.—¿Cómo?

JOSELÓN.—No ze la debe ni nombrá... Er zeñorito nada me ha dicho, pero yo me entero conque me mire, na má que ezo. No ze la pué ni nombrá.

MARÍA.—¿Pero ella está en Madrid?

JOSELÓN.—En Madrid está, zeñorita; pero ze va pronto. ¡Y ya como zi ze hubiá ido pa no volvé nunca!

MARÍA.—¡Quién sabe, Joselón! Ella es su mujer y él...

JOSELÓN.—Pa mi zeñorito ya no es ná; que no ze trata de habliya ni de cuento; que é lo vió con zuz mesmo ojo. Mi zeñorito e mu noble y zabe perdoná, pero en un cazo como ezte no perdona. Usté e mosita y e inocente... Usté es como las palomas, zeñorita, y no pué hazerze cargo. Yo zoy perro viejo, yo zi zé, y zé que er zeñorito no perdona. ¡No pué perdoná! La zeñora Adriana le fartó, y el que le farta a mi zeñorito... ¡ze muere! ¡Aunque él no la haya matao! Aunque parezca que eztá viva, má muerta eztá que mi abuela.

ESCENA II

Dichos y DANIEL. Sale con su gabán y sombrero por el foro.

DANIEL.—¿Qué haces aquí, Joselón?

JOSELÓN.—Le daba las buenas tardes a la zeñorita. Na má que ezo.

DANIEL.—¿Nada más?

MARÍA.—Nada más, nada más. Las buenas tardes, nada más.

DANIEL.—(*A Joselón.*) Ya sabes que no debes prodigar tu conversación ni tus comentarios.

JOSELÓN.—Yo...

DANIEL.—Son muy sabrosos, muy pintorescos a veces; pero para mí solo.

JOSELÓN.—Zí, zeñorito.

DANIEL.—¿Está el automóvil?

JOSELÓN.—Zí, zeñorito. A la puerta está.

DANIEL.—Bueno.

Se dirige a uno de los estantes.

MARÍA.—¿Qué buscas?

DANIEL.—Un libro para el camino, aunque son cinco minutos...

MARÍA.—¿Qué libro?

DANIEL.—¡Cualquiera! Las cartas persas, de Montesquieu, por ejemplo.

MARÍA.—Todos los franceses te los he puesto en este lado. Ahora te iba a arreglar los que trajo Jose-

lón. Espera... Montesquieu... Montesquieu... cartas... aquí está.

Se lo entrega.

DANIEL.—Gracias. Voy a la ciudad en un momento y vuelvo. Cuando llegue Antonio que me aguarde.

MARÍA.—Se fué a ver al hijo del jardinero y a Perico, que están enfermos.

DANIEL.—Bueno.

JOSELÓN.—¿Le acompaño a usté, zeñorito?

DANIEL.—¿Para qué? Si es ir y volver nada más.

JOSELÓN.—Por ná. Cuando quiera usté sabé como se yaman lo árbole, lo poco árbole que hay en el camino, yo se lo digo a usté; cuando quiera usté leer, yo me cayo, y cuando quiera usté me traduce usté ezoz latine que usté lee, y yo no me entero; pero l'ascucho a usté. (*Daniel sonríe.*) Agrado que tiene usté, zeñorito, y gusto mío, na má que ezo.

DANIEL.—Bueno, vamos. Hasta ahora, Maruchita.

Mutis primera derecha.

MARÍA.—(*Desde la ventana.*) Que vuelvas pronto, que hace una tarde muy fría.

DANIEL.—(*Desde dentro.*) Sí, sí.

JOSELÓN.—(*Desde dentro.*) Mucha zalú, zeñorita.

Ella le ve partir desde la ventana y mueve tristemente la cabeza; después, suspirando, continúa el arreglo de la habitación.

ESCENA III

MARÍA DEL CARMEN y ANA MARÍA, por el foro.

ANA.—¡Vaya! ¿Es que no sabes salir de aquí?

MARÍA.—Estaba arreglándole estos libros al tío Daniel.

ANA.—Deja que se los arregle Joselón, que ya ha vuelto.

MARÍA.—Joselón no sabe, ni tiene mi cuidado. Además, me da tanta pena el tío Daniel; está tan triste desde lo que ha hecho mi tía Adriana.

ANA.—Sss. Calla. Tú no sabes nada de eso, tú no debes comentarlo, ni ocuparte de ello siquiera... Las señoritas no hablan nunca de estas cosas... ya lo sabes.

MARÍA.—Está bien, mamá. Pero no te opongas a que yo cuide de las cosas de Daniel; él, aunque es severo conmigo, tiene tanto gusto en que yo me ocupe de él, me lo agradece tanto con los ojos.

ANA.—¿Sabes lo que te digo? Que debes ir ya pensando en no acordarte del tío Daniel.

MARÍA.—¡Mamá!

ANA.—Sí, es necesario que nosotras dejemos esta casa; ya no tenemos el derecho de vivir en ella. Mientras permaneció aquí Adriana, él estaba con su mujer y todos vivíamos juntos; ahora, después de lo que mi hermana ha hecho, no hay ninguna razón para

que nosotras sigamos disfrutando de la hospitalidad de Daniel. No es que yo diga que debemos irnos con Adriana, no; eso sería aprobar su conducta, y yo no puedo aprobarla. Te perjudicaría a ti, sobre todo.

MARÍA.—¿A mí?

ANA.—Naturalmente. Mucho es que tu novio después del mal paso que ha dado mi hermana no haya renunciado a emparentar con nosotras; razón tenía para ello, y sin embargo, ya ves, ayer escribió diciendo que hoy vendría. La conducta de Federico es muy noble, muy de agradecer, pero si nos fuéramos a vivir con Adriana no sería lo mismo, puedes estar segura.

MARÍA.—¿Y vamos a dejar solo al tío Daniel?

ANA.—Solo no, con su madre; nosotras no podemos vivir aquí ya, no está bien, no tenemos derecho.

ESCENA IV

Dichos y MARQUESA foro.

MARQUESA.—*(Que ha oído.)* ¿Qué dices Ana María? ¿Que no tienes derecho a vivir aquí? ¿Quién ha podido hacerte sentir?...

ANA.—Nadie, Julia; yo estoy muy agradecida a ti y a tu hijo. Desde que Daniel se casó con mi hermana hemos sido todos una sola familia; pero ahora...

MARQUESA.—Ahora seguimos siéndolo...

MARÍA.—Eso le decía yo, que todo sigue igual, que no podemos dejar solo a Daniel.

ANA.—Yo te pido Mariquita que no opines, que no hables de esto.

MARÍA.—Pero ¿por qué?

MARQUESA.—*(Muy cariñosa.)* Sí, hijita, sí, tu tienes razón, pero tu madre también. Anda, ve dentro, déjanos un momento.

MARÍA.—*(Muy mimosa.)* Sí, mamaíta Julia, como usted quiera, ya me voy, ya me voy, pero no consienta usted que dejemos solo a Daniel. El pobre está tan triste... yo no quiero separarme de él, no quiero, no quiero.

MARQUESA.—*(Obligándola a hacer mutis.)* Bueno, bueno, ve, anda.

Mutis María primera izquierda.

(A Ana.) Bueno, en que la chica se vaya y no oiga ciertas cosas estoy de acuerdo contigo, ya ves, en que tu quieras marcharte de esta casa...

ANA.—Si por ella lo hago. ¡Ay! Mi corazón no me engaña nunca. Acuérdate de aquella tarde, un momento antes de que ocurriera lo que ocurrió, yo te había prevenido, mi mal humor me anunciaba algo...

MARQUESA.—¡Ay, calla, calla, Ana María, por Dios! ¡Que de predecir desgracias parece que uno las atrae!... Yo hasta ahora mismo me pregunto cómo es posible lo que ha sucedido. Hace tres meses la vuelta de mi hijo, este caserón que se llenaba de alegría y de paz, y de repente se van a Madrid, están apenas quince días ¡y la catástrofe! Adriana era buena, muy buena, un poco exaltada, pero buena. En los tres años y medio que estuvo a mi lado mientras mi hijo viajaba por

esos mundos de Dios, yo no he tenido queja de ella, yo no he visto nada censurable en su conducta. Y ahora de repente, así, en una mala hora, olvidar sus deberes, su amor, el respeto a sí misma.

ANA.—Ha sido horrible, Julia. Por eso a mí se me antoja que nosotras somos para Daniel como el recuerdo vivo de su desgracia, y que no podemos, que no debemos estar aquí.

MARQUESA.—Eso no.

ANA.—Con mi hermana y por mi hermana vinimos y con ella debemos marcharnos.

MARQUESA.—Ah, eso ya es otra cosa. Yo no podía decírtelo por delicadeza, porque no pensarás nunca que yo deseaba que salieras de mi casa, pero si ahora que Adriana se marcha al extranjero, sola, dolorida, separada para siempre de mi hijo, tú quieres acompañarla en su destierro, entonces...

ANA.—No, no, eso no, eso no. Eso sería como aprobar su conducta.

MARQUESA.—Hijita, a los que somos espectadores de las humanas debilidades nos toca tener caridad, ella es tu hermana, es tu sangre... Adriana es buena a pesar de todo. Me ha escrito una larga carta. Dice que acepta su castigo y que la perdone. Si es para acompañarla, yo no me puedo oponer.

ANA.—No, no, no. ¡Cómo me he de ir con ella! ¡Cómo he de consentir en que viva con mi hija!

MARQUESA—Pues entonces no sé por qué has de irte de esta casa.

ANA.—La gente murmura y...

ESCENA V

Dichos y DON VIPERINO por la primera derecha.

VIPERINO.—¡Santas y frigoríficas!

ANA.—¿Mucho frío, Doctor?

VIPERINO.—*(Soplándose los dedos.)* ¡Fú! ¡Al rojo blanco! Pero esos campos son una delicia. ¡Anduve más a gusto! Hay un sol que parece que le han sacado brillo. ¡Me he sentido yo también literato! ¡Y bucólico! ¡Y he podido repetir con el poeta:

Blancos chopos del camino, álamos de la ribera,
espuma de la montaña
ante la azul lejanía,
sol del día, claro día,
hermosa tierra de España. (1)

MARQUESA.—¿Y el pobre Perico?

VIPERINO.—Alegre como un pandero. No tenía más que pereza. Ahí anda por esos prados cantando como una calandria no sé que monserga de las bodas, los bueyes y las aceitunas y los aparejos de plata.

ANA.—¿Y el hijo del jardinero?

VIPERINO.—Ya está bueno también.

MARQUESA.—¿Pero qué tenía?

VIPERINO.—Nada, un atasco. Las cañerías obstruccionadas. Esta gente no come, no: traga. ¡Ha habido que aceitarle!

(1) Versos de Antonio Machado.

MARQUESA.—Y a mi Daniel, que es quien me interesa, ¿cómo lo encuentra usted?

VIPERINO.—¿Yo? ¡Magnífico!

MARQUESA.—No diga usted eso, no me engañe.

VIPERINO.—¡Engañaría yo!

MARQUESA.—Usted mismo me aseguró que había tenido una fiebre cerebral muy fuerte.

VIPERINO.—Había tenido. Después de... Bueno, a qué decirlo, a ustedes les espantan las palabras... Daniel es violento, rabioso, hubiera querido vengarse, y como no pudo... pues la sangre entró en ebullición... Ahora ya está bueno.

MARQUESA.—Pero está triste, Antonio; él tan comunicativo, tan elocuente, ahora apenas habla.

VIPERINO.—¡Pché!

MARQUESA.—¿A usted no le parece extraño que un hombre como él, tan amigo de sus comodidades y del lujo, haya querido encerrarse aquí, haya escogido la habitación más destartalada, en pleno invierno, y no viva mas que para sus libros?

ANA.—Eso, no, Julia. Es natural que no quiera estar en Madrid. Se ha enterado todo el mundo, el escándalo ha sido tan enorme...

VIPERINO.—Eso, eso...

MARQUESA.—Yo le he llamado a usted para que me lo vigile, para que me diga la verdad.

VIPERINO.—Y la verdad digo, Julia. El mal de Daniel no está en ningún órgano, está en...

MARQUESA.—En el alma...

VIPERINO.—Bueno, en el alma, y yo no sé con qué se come eso.

MARQUESA.—¿Pero no habría ningún tónico que le alegrara, que le reanimara?

VIPERINO.—Sólo se me ocurre una receta y tengo que escribirla en el aire porque no hay papel que la aguante.

Haciendo el ademán de escribir en el aire.

Répice: Filosofía, conformidad y cachaza, ana, 500 gramos, tiempo ce ese, cantidad suficiente. Mézclese, agítese y espérese. Sobre todo, espérese.

MARQUESA.—¡Ay!, Doctor.

VIPERINO.—Nada, nada, son males morales, ¿y qué quiere usted que sepa la medicina de males morales, si no sabe nada de los físicos? Nada, ocho días hace que estoy aquí y no me llama ningún enfermo de Madrid; y es que en cuanto me han perdido de vista han sanado todos repentinamente.

ESCENA VI

Dichos y la DONCELLA por el foro.

DONCELLA.—Señora.

MARQUESA.—¿Qué? ¿Qué ocurre?

DONCELLA.—Si la señora Marquesa me hace el favor de escucharme... es para usted sola el recado.

La Marquesa se acerca a la Doncella: ésta le dice algunas palabras en voz baja.

MARQUESA.—(*Muy extrañada.*) ¡Eh! ¡Aquí!

ANA.—¿Qué pasa?

MARQUESA.—¡Nada! (*Vacila un momento pensando.*) Ven, Ana María, acompáñame.

ANA.—¿Pasa algo?

MARQUESA.—Ven, te lo ruego. Con permiso, Antonio.

ANA.—Con permiso.

Mutis foro Marquesa, Ana y Doncella. Viperino se inclina como quien se ha olido la tostada; luego silba o tatarea; saca un libro de un estante, saca unos lentes, que se coloca en la punta de la nariz, da un suspiro y se dispone a leer.

ESCENA VII

Viperino y Daniel, primera derecha.

Daniel llega malhumorado. Arroja bufanda, sombrero y gabán en una silla. Viperino lo mira un instante por encima de los lentes.

VIPERINO.—¿Qué pasa?

DANIEL.—¡Nada!

Se pasea un poquito y coloca el libro que se llevó.

VIPERINO.—¿Has ido a la ciudad y has vuelto?

DANIEL.—No. El automóvil tuvo una *panne* a trescientos metros de aquí. He tenido que venir a pie.

VIPERINO.—Ya te decía yo que el 25 HP. ese era una lindísima cafetera rusa.

DANIEL.—Todo sale mal, chico.

VIPERINO.—¿Tenías mucho interés en ir a la ciudad?

DANIEL.—Claro está.

VIPERINO.—Clarísimo. Para lo de todos los días, ¿eh? Para buscar al chupatintas ese del alguacil y que averiguen el paradero...

DANIEL.—De ese miserable, sí, de ese canalla. Desapareció de Madrid y no hay manera de echarle mano. Los ojos de la cara, un brazo, lo que me pidieran daría por encontrármelo solo, cara a cara. Él, con todas las armas que quisiera; yo, con este rencor que me abrasa las entrañas.

VIPERINO.—Vamos, vamos. *Non ci pensate piu*, como dice Yago en el Otelo. Un Yago de amigo, ¡eh!, un Yago con música.

DANIEL.—No, no bromees. No tengo ganas de bromear.

VIPERINO.—Pero, hombre; a enemigo que huye...

DANIEL.—Cuidado que he tendido una red de telegramas, que he indagado, preguntado, averiguado. Nada, no lo encuentro, no lo encuentro.

VIPERINO.—Déjalo ya y sonríete, mejor dicho, ríete; échale tierra encima a paletadas de risa. Vale la pena de reir y de enterrarlo. Mira que tiene gracia que tú lo hayas invitado a tu casa a cazar liebres y ahora resulte que él era la verdadera liebre.

DANIEL.—Es verdad, es verdad. Aquí me pareció un hombre, me contestó como un hombre; por un momento me forjé la ilusión de que iba a tener enemigo, y en el duelo que tuvimos al día siguiente, ¡qué

te voy a contar!, apenas se vió ante los ojos la punta de mi espada San Malato, que yo me la sentía nacer del corazón, se le cambió el color y perdió el terreno las tres veces... Ahora huyó por una ventana como un miserable. Puaf, que asco. Así son casi todos estos enamorados de la vida, estos grandes gozadores, que por gozar se olvidan de la muerte, y luego, apenas vislumbran el peligro más remoto, la más lejana posibilidad de morir, huyen y tiemblan... ¡Ah, no! Para ser algo grande en este mundo, y más allá, donde vayamos después, hay que cederlo todo, hay que darlo todo, honores, riquezas, bienestar, vanidades; hay que desprenderse de todo, hasta de la vida misma, porque la vida es mujer y sólo quiere bien a quien bien la desprecia.

VIPERINO.—No todas, chico, no todas.

ESCENA VIII

Dichos y la MARQUESA por el foro.

MARQUESA.—Hijo, Daniel.

DANIEL.—Mamá.

MARQUESA.—Tengo que hablarte, tengo que hacerte una súplica. (*Viperino inicia un mutis por la primera izquierda.*) No, no se vaya usted, Antonio; usted es como de la familia. (*Viperino se queda.*) Acaso usted pueda ayudarme a convencer...

DANIEL.—¿Qué ocurre, mamá?

MARQUESA.—Hijo mío, vengo a ti con un empeño en el que he puesto toda mi caridad, todos mis buenos sentimientos, y te suplico que pongas tú todos los tuyos. Yo no he vacilado, he respondido inmediatamente y espero que tú tampoco vaciles. (*Pausa breve.*) Adriana...

DANIEL.—¡Madre!

MARQUESA.—Adriana ha venido y quiere verte.

DANIEL.—¡Madre, no, eso no, nunca!

MARQUESA.—¡Eso sí! Tiene derecho.

DANIEL.—Ella no tiene ningún derecho sobre mí, yo no quiero verla; no puede ser.

MARQUESA.—Tiene los derechos que le ha dado Dios y que nadie puede quitarle.

DANIEL.—¡Madre, esto es indigno!

MARQUESA.—¡Óyeme, hijo mío! Cristiana soy, sin razonarlo, sin pensarlo, sin discutirlo, porque lo fueron mis abuelos, mis bisabuelos, toda mi gente. Siete brazas bajo tierra, en el panteón de mis antepasados, duermen todos los míos y todos los tuyos, que murieron en el santo temor de Dios. Lo que Dios ata desde el cielo atado queda en esta vida y más allá. En España no hay divorcio y, aunque lo hubiera, mi corazón, nuestro corazón de cristianos, no podría admitirlo; porque nuestra moral no la dictan los hombres. Adriana es tu esposa...

DANIEL.—Me ha vendido, me ha engañado, madre.

MARQUESA.—Pero no por eso ha dejado de ser tu esposa ante Dios.

DANIEL.—¿Tú oyes esto, Antonio? ¿Tú entiendes esto?

Viperino hace un gesto vago muy en serio.

MARQUESA.—Mira, hijo mío; si hubieras cometido una violencia y si te hubieran condenado sin justicia, a las rejas de tu prisión yo hubiera ido a llorar contigo; cuanto tú hagas, cuanto tú digas, yo lo apruebo, hijo mío, porque estoy orgullosa de ti. Que no me quite este orgullo tu rencor de ahora.

DANIEL.—Pero madre, madre, ¿cómo es posible que tú, tan santa, tan fiel siempre a tu marido...

MARQUESA.—Yo fuí fiel a tu padre porque estuve siempre enamorada de él, porque lo adoraba. Es muy fácil ser fiel cuando se adora. Yo no puedo envanecerme de haber tropezado con el hombre a quien había de amar toda la vida. Esa suerte tuve, a Dios se la agradezco y no condeno a las demás.

DANIEL.—Pero Adriana...

MARQUESA.—Adriana no sé, no podemos descender hasta el profundo misterio de su corazón. Me había escrito una carta reconociendo su culpa, aceptando su castigo, y sólo sé que no viene a pedirte que la perdones; no se hubiera atrevido a dirigirse a mí si intentase tal cosa; ella sabe muy bien que el deshonor no puede entrar en casa de los marqueses de Vegaflorida; pero se va lejos, sola, arrojada por ti, para siempre, y quiere hacerte tal vez una revelación... Es tu mujer todavía; será siempre tu mujer mientras viva; debes escucharla, Daniel.

DANIEL.—(*Medio vencido.*) ¡Madre! Tendrá que es-

cucharme ella también, porque yo te juro que no la perdono.

MARQUESA.—No la perdones, pero apura tu cáliz serenamente hasta la última gota, hijo mío.

DANIEL.—Nunca, nunca, yo no perdono.

VIPERINO.—Daniel, Daniel.

MARQUESA.—No te va a pedir perdón, es más, yo te digo que no puedes ni debes perdonarla. ¡Eso, no! Si ella volviese a esta casa me iría yo; pero debes escucharla, lo he prometido, hijo mío. Yo te lo ruego.

DANIEL.—¿Lo has prometido, madre?

MARQUESA.—Lo he prometido.

DANIEL.—Llámala.

MARQUESA.—*(Abrazándose a él.)* Gracias, Daniel, hijo mío, mi orgullo, tan noble y tan caballero. Gracias.

Mutis foro Marquesa.

ESCENA IX

DANIEL y VIPERINO

DANIEL.—¿Pero tú has oído esto, tú has visto esto? ¿A qué viene aquí esa mujer? ¿A qué la apoya mi madre si sabe que yo no la perdono?

VIPERINO.—Porque tengo la seguridad de que no la perdonas he tolerado que la recibieras. Pero ahora cálmate. Hemos dado demasiada importancia a estas cosas. Yo no puedo sentirlas ni discutirlas, esto no lo entiendo, yo no creo que el dejar de querer sea una

ofensa. El querer no depende de la voluntad. Pedro ama a Juana desde el 1.° de enero hasta el 1.° de marzo, y después a Luisa hasta el 1.° de julio, y a Baldomera hasta el 31 de diciembre y Baldomera ama a Mariano, a Rodrigo y a Jaime, sucesivamente y a veces conjuntamente. "C'est la vie,, como dicen los franceses. Yo en esto del amor soy completamente bolchevike, y punto en boca que ya vienen. Ahí te quedas. Implacable, ¿eh?

Mutis primera derecha Viperino con su sombrero.

DANIEL.—Te lo juro.

ESCENA X

DANIEL y ADRIANA foro. Viene con sombrero, un velo y un pequeño cabás en la mano. DANIEL se sienta en el escritorio dándole la espalda.

ADRIANA.—Daniel, Daniel.

DANIEL.—Te he sentido llegar, sabía que estabas aquí, habla, habla y pronto. No soy yo quien te ha recibido, es mi madre, sólo por ella he consentido. Habla, que yo no quiero ni mirarte, porque tendría que mirarte con ojos de juez y ya no existe relación alguna entre nosotros, ni siquiera las del juez con el reo. Ya ves, habla, habla pronto, acabemos.

ADRIANA.—Puedes mirarme; ¿qué importa que me condenen tus ojos si ya me conderon tus hechos?

DANIEL.—Los tuyos, te condenaste tú misma y para siempre.

ADRIANA.—Sí, es verdad, yo misma. (*Pausa.*) Vengo a pedirte perdón, Daniel.

DANIEL.—(*Levantándose: pasando.*) ¡Oh!, nunca, nunca, vete.

ADRIANA.—Nunca, ya lo sé, si yo no te pido que me recibas de nuevo, yo no quiero deshonrarte ni mancharte, yo no me rebelo contra tu sentencia que me condena al destierro. Me iré, debo irme, sólo quiero saber si me has perdonado.

DANIEL.—Jamás.

ADRIANA.—Que mientras yo esté allá, donde esté, sola, muriéndome de arrepentimiento y de vergüenza, tú no me maldecirás desde aquí.

DANIEL.—No te maldeciré, no, te habré olvidado.

ADRIANA.—Si esa es tu felicidad, que tan a pesar mío te he quitado, olvídame. Mi culpa es enorme y porque es enorme quiero aliviarme un poco de su peso antes de marcharme.

DANIEL.—Dí lo que quieras, te oigo, lo he prometido a mi madre, pero pronto, pronto.

ADRIANA.—Cuando tú cometiste aquel acto de violencia yo era inocente, Daniel.

DANIEL.—¡Ah!

ADRIANA.—Sí, tú lo sabes. Yo creía en ti como se cree en Dios. Tú me abochornaste, me humillaste.

DANIEL.—Señor, Señor.

ADRIANA.—Te batiste con ese miserable.

DANIEL.—¡Ah, ahora! (*Pasa otra vez.*) Miserable ahora.

ADRIANA.—Y siempre, miserable siempre, que se

marchó, que huyó, miserable y cobarde y ruin, que ha llenado de asco toda mi vida.

DANIEL.—Asco, asco, sí.

ADRIANA.—Tus celos, tus violencias, el nombrármelo continuamente, convirtieron a ese hombre para mí en una obsesión. Mi fama anduvo en lenguas antes de tiempo, él me acechaba, me perseguía, enardecido por ti.

DANIEL.—¡Oh!

ADRIANA.—Por ti, sí, y yo tenía que bajar los ojos cuando me lo encontraba, y lo encontraba siempre; tenía que bajar los ojos como si ya hubiese un secreto entre los dos, y es que me sugestionaron tus celos injustos y tus sospechas, y hasta tu desamor... Piensa Daniel que mi crimen es más que un crimen una desgracia horrible...

DANIEL.—Basta, pienso que hablaste ya demasiado e inútilmente. Basta, Adriana, entre nosotros todo ha terminado. Tu visita es absurda, es hasta un cinismo.

ADRIANA.—En la religión de Cristo un punto de contrición limpia toda una vida de pecados; en la ley que han inventado los hombres, el pecado de una hora mancha para siempre la honradez de toda una vida. Y ya ves si soy blasfema, y ya ves si estoy loca, más loca que nunca porque he enloquecido de dolor y sé que mi arrepentimiento podría abrirme aún las puertas del cielo, pero no me abriría nunca las puertas de tu corazón.

DANIEL.—Nunca, nunca.

ADRIANA.—Y no quiero el cielo porque el cielo eras tú y te he perdido para siempre.

DANIEL.—Para siempre, sí; vete, vete, vete.

ADRIANA.—Sí, me voy, pero escucha. A la vez que tenías celos de mí tú me abandonabas por otro amor.

DANIEL.—¿Otro amor?

ADRIANA.—Sí, tú no lo advertiste, no lo has advertido todavía; ella tampoco, es demasiado inocente.

DANIEL.—¿Quién, habla, quién; dilo todo, infame, dilo, quién?

ADRIANA.—Mi sobrina María.

DANIEL.—¡Oh, que infamia!

ADRIANA.—No es infamia. Es la verdad, que vi antes que nadie con mi instinto de mujer, muriéndome de celos y sin poder decirlo.

DANIEL.—Calla, calla.

ADRIANA.—Ella va a ti sin saberlo, sugestionada, vencida, enamorada, sin comprender todavía lo que es el amor; tú no podrás resistir al encanto de su juventud y de su inocencia.

DANIEL.—Vete, vete, basta. Has venido a traer una nueva infamia a esta casa. Eres mala y yo te aborrezco con todas mis fuerzas, con todos mis nervios. Te odio con todo el amor que te tuve.

ADRIANA.—¡Oh, Daniel! ¿por qué no me mataste?

DANIEL.—¡Qué había yo de matar, desgraciada! Yo soy un salvaje, tú me lo dijiste un día.

ADRIANA.—Daniel.

DANIEL.—Sí, me lo dijiste y lo soy, y fiel a mis instintos aprendí de los animales a ser sincero y a ser

fuerte. El macho destroza al macho; pero no maltrata a la hembra. Él había huído, tú eras una pobre cosa muerta de miedo, una pobre cosa que lloraba indefensa. Yo tenía todas las armas: mi revólver, mi honor ultrajado, mi amor vendido, el Código que me amparaba; me dió vergüenza matar. No, no, no, los hombres, no los valientes de oficio, no los bravucones, los hombres de bien, los señoritos, ni pegan ni matan a las mujeres. Los hombres desprecian y olvidan. Vete, vete, fuera, vete.

ADRIANA.—Sí, sí, me voy, por eso me voy llorando estas lágrimas que son el último llanto de mi vida, porque eres esa cosa tan rara y tan preciosa que puede hacer la felicidad de una mujer; porque eres un hombre y yo te perdí por un miserable.

DANIEL.—Calla, calla.

ADRIANA.—Y si te quise antes con todas mis ilusiones, cuando era digna de ti, hoy te quiero con toda mi desesperación, como se quiere lo que pudo ser y no fué, como a la imagen de mi propia vida rota...

DANIEL.—Calla, calla, vete.

ADRIANA.—Con un amor sin esperanza, porque no podré ser ya nunca tuya.

DANIEL.—Vete.

ADRIANA.—Porque tú eres como Dios y yo soy como el pecado, porque ya no soy digna de ti, porque tú eres un hombre y yo soy una cualquiera. Adiós, Daniel, adiós.

Mutis por el foro, llorando.

DANIEL.—(*Se sienta.*) ¡Oh! ¿Qué es esto, qué es esto? ¿Qué ha dicho esa mujer?

ESCENA XI

DANIEL, MARÍA DEL CARMEN por la primera izquierda. Luego, por el foro, LA MARQUESA.

MARÍA.—(*Saliendo muy despacio.*) Daniel, Daniel, pobrecito mío, no estés triste.

Yendo a él: lo acaricia.

DANIEL.—¡Tú, tú, fuera, fuera, atrás, déjame, déjame!

MARÍA.—¡Daniel!

MARQUESA.—(*Saliendo.*) Hijo, hijo mío.

Todos a la vez.

DANIEL.—Déjenme, déjenme todos; acaba de envenenar mi pensamiento y mi carne, madre, acaban de revelarme mi podredumbre. Quiero irme yo también lejos; quiero irme donde nadie sepa mi nombre. Lejos lejos, para siempre.

Mutis foro Marquesa.

MARQUESA.—Daniel, Daniel, hijo mío.

Mutis todos menos María.

MARÍA.—(*Sola en medio de la escena.*) Se va, se va para siempre. ¡Para siempre!

Cae llorando sobre la mesa. Copla dentro: voz de Perico.

Aparejos de plata
bueyes rumbones;
esas sí que son señas
de labradores.
Apañando aceitunas
se hacen las bodas;
el que no va a aceitunas
no se enamora.

ESCENA XII

MARÍA DEL CARMEN, llorando. EL VIZCONDE, foro. Luego DON VIPERINO por donde se fué.

VIZCONDE.—Buenas tardes, Marí... María, María, ¿qué tienes, por qué lloras?

MARÍA.—(*Cambiando de sitio.*) Déjame, déjame.

VIZCONDE.—¿Pero qué tienes?

MARÍA.—Estoy triste, déjame.

VIZCONDE.—(*A Viperino, que entra.*) ¿Pero quiere usted decirme qué pasa aquí?

VIPERINO.—Nervios, que se han acabado la tila y el bromuro en Salamanca.

María hace mutis llorando.

VIZCONDE.—Pero...

Copla dentro, muy lejos.

El que no va a aceitunas
no se enamora.

VIPERINO.—Ya lo oye usted.

El que no va a aceitunas
no se enamora.

¡No coja usted nunca aceitunas, amigo mío!

Telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En Madrid: Gabinete «bric a brac» en casa del MARQUÉS. Puerta al foro de dos batientes de verdad, con su cerradura y su llave. Lateral izquierda, primer término, una puertecita. A la izquierda del foro, formando chaflán, un diván turco con una piel de tigre delante. Mesitas pequeñas. Narguiles. Cajitas para cigarrillos y cigarros. Un encendedor. A la derecha del foro un secreter. Junto a él un teléfono. Derecha, primer término, una mesa con revistas y libros y un butacón junto a la mesa: en el paño de la izquierda, junto a la puerta, un armario caprichoso sin espejo. Una chimenea, panoplias en las paredes, caparazones de tortuga formando trofeos, algún cuadro caprichosito. Una alacena elegantita, con unas botellas de «whisky» y algunas de soda. Algún retrato de mujer, algunas chucherías más... y mucha comprensión y mucho gusto del que arregle la escena.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón son cerca de las doce de un día de invierno. DON EDUARDO MONTIJANO, con su sombrero y su bastón en la mano, e ISABELITA de pie. JOSELÓN en traje de criado de casa grande. La peluca de Joselón ha blanqueado más.

JOSELÓN.—Pos ya lo ve usté, señor don Eduardo Montijano, que no ha zío embuste.

EDUARDO.—Si no es eso, amigo Joselón. Comprenda usted mi interés por ver a Daniel. Es un amigo a quien aprecio de veras.

JOSELÓN.—Zi zeñó, y ya ha visto usté que yo no obedecía a ninguna consigna, que er zeñorito no está, que zi hubiera tenío arguna consigna y hubiera estao er zeñorito, tampoco hubiera estao. Na ma que ezo.

ISABELITA.—¿Pero es que no se le encuentra nunca? ¿Se levanta muy temprano el Marqués?

JOSELÓN.—Cuando se acuesta mu tarde, ze levanta mu temprano, y cuando no ze levanta e porque no ze ha acostao. Na ma que ezo. Mi zeñorito ha nacío de pie y ze va a morí de pie... cuando ze muera, que ajolá no ze muera nunca.

EDUARDO.—Bueno, pintoresco Joselón. Usted le dirá que hemos estado y por tercera vez.

Suena un timbre.

ISABELITA.—¡Ay!, llaman.

JOSELÓN.—No e er señorito, seguramente. Con permiso de usted voy a ver.

Mutis Joselón foro.

ISABEL.—¿Cómo sabrá el criado que no es Daniel?

EDUARDO.—Tendrá su llavín, como es natural; por algo es el dueño de la casa.

ISABEL.—Mira que tenemos mala suerte; tres veces y no encontrarle.

EDUARDO.—No desesperes, hija; todo se andará. La esperanza es lo último que...

ESCENA II

Isabel, don Eduardo y don Viperino por el foro seguido de Joselón.

VIPERINO.—Queridos amigos. ¡Qué sorpresa más agradable!

ISABEL.—¡Doctor, para nosotros!

VIPERINO.—¡Oh!

EDUARDO.—Para nosotros, querido Hipócrates, para nosotros. Es la tercera vez que venimos a ver a nuestro don Daniel.

ISABEL.—Él nos invitó a que le visitáramos.

EDUARDO.—Lo encontramos por casualidad en casa de Mariquita; bueno, en casa de la vizcondesa del Aduar.

ISABEL.—Que es el único sitio adonde va, según parece, porque no se le ve por ninguna parte.

EDUARDO.—Sí, sí, no teníamos ni idea de que hubiese vuelto.

VIPERINO.—(*Joselón se ha ido.*) Pues sí, volvió hace unos veinte días.

ISABEL.—Eso nos dijo en casa de Mariquita. ¡Qué raro que esté tan retraído!...

VIPERINO.—¡Eh!

Gesto vago.

EDUARDO.—Me pareció que tenía el aire un poco melancólico, y como él no se dedica precisamente a investigaciones filosóficas, me extrañó, porque el Hamlet sespiriano está enfermo de mucho pensar; pero es que mezcla sus males morales con las preocupaciones de la filosofía.

VIPERINO.—Pché, no está alegre; él se marchó de España por un tiempo indefinido, y ya ve usted, antes de los ocho meses ha tenido que volver, y por causas bien tristes.

EDUARDO.—Sí, la linajuda marquesa de Vegaflorida murió tan inopinadamente...

Gesto de Viperino.

ISABEL.—Y su mujer también creo que murió en Suiza, ¿verdad?

VIPERINO.—Sí, señorita.

EDUARDO.—Qué hacer; todo lo que nace muere. Morir es una ley; yo creo que es una ley... En fin, yo le doy gracias a Dios de que haya usted venido, nos ha hecho usted la visita. Tres veces va con esta que venimos. Isabelita se empeña en conocer la casa; como Daniel es un hombre tan elegante.

ISABEL.—Nos habían dicho que tenía tantas armas raras; no hemos visto...

VIPERINO.—En ese armario están encerradas y yo no tengo la llave.

EDUARDO.—Comprendo, comprendo...

ISABEL.—¿Pero no está nunca en casa? Porque es raro que no se le vea en ninguna parte ni en su casa tampoco. Es decir, sí se le ve, en casa de la Vizcondesa, en casa de Mariquita.

VIPERINO.—Es la única que frecuenta.

EDUARDO.—Creo que no anda muy bien ese matrimonio.

VIPERINO.—No sé.

ISABELITA.—Ella no tiene cara de ser muy feliz.

VIPERINO.—No sé.

EDUARDO.—Dicen que él está en la ruina, y que hace malos negocios...

VIPERINO.—No sé.

ISABELITA.—Y que él la trata muy mal... que si tiene sus enredos... ¿Es verdad?

VIPERINO.—No sé nada, absolutamente nada.

EDUARDO.—Vaya, vaya.

Pausa.

ISABELITA.—¿Y usted no sabe si volverá pronto Daniel?

VIPERINO.—No sé nada. Yo no he venido con la esperanza de encontrarlo, desde luego; me paso aquí la vida aunque él no esté.

ISABELITA.—¡Ah!...

EDUARDO.—Ya, ya... *(Pausa.)* Pues hemos tenido mucho gusto en verle a usted y mucho disgusto en no encontrar a Daniel...

ISABELITA.—Bueno, papá, vámonos, que son las doce y todavía tenemos que ir a ver a los Hidalgo y a casa del dentista, y luego a misa de dos a la Almudena.

VIPERINO.—¿Pero hay misa de dos?

EDUARDO.—¿Le extraña a usted?

VIPERINO.—Hombre, lo digo por el celebrante, que estará en ayunas hasta esa hora.

ISABELITA.—Pues es la última misa. Yo me he acostumbrado ya a esa hora, para no tener la preocupación de levantarme temprano los domingos, y, además, por el órgano que hay en la Almudena. ¡Ay que instrumento; precioso, precioso; con unas voces que suenan muy lejos y otras voces que suenan muy cerca!

VIPERINO.—Ah, ah...

EDUARDO.—Pues sí, también hemos tenido mucho gusto en visitar esta casa. Yo soy muy aficionado al caprichoso anacronismo de estos "bric a brac". Sí, sí.

Están llenos de una inquietud enciclopédica y cosmopolita; yo también tengo uno en mi casa donde fraternizan los Goyas, los Zurbaranes, los Watteaus... tengo también un Tiépolo, media docena de Tanagras, apócrifas, naturalmente, que danzan alrededor de un busto de Balzac y algunas porcelanas de Saxe y algunos jarros talaveranos y candelabros alemanes del siglo XIII, y algunos muñecos ingleses de los refrescos.

ISABEL.—¡Ay, papá, vamos, vamos!

VIPERINO.—Joselón.

Llamando a la puerta.

EDUARDO.—Pues, mi querido Doctor...

Joselón aparece.

VIPERINO.—Descuide usted, yo le diré a Daniel...

ISABEL.—Adiós, buenos días.

VIPERINO.—Buenos días, señorita, y encomiéndeme usted al órgano.

ISABEL.—¿Al órgano?

VIPERINO.—Veo que es el santo al cual le tiene usted más devoción.

ISABEL.—Muy gracioso, muy gracioso.

VIPERINO.—Buenos días.

EDUARDO.—Querido amigo.

Mutis Isabel y don Eduardo precedidos de Joselón. Foro.

ESCENA III

VIPERINO, que tras de dar un suspiro como una casa, coge de una de las mesas un pitillo y se tumba en el diván. Luego JOSELÓN.

VIPERINO.—¡Ah!

JOSELÓN.—(*Saliendo.*) ¿Ha visto usted que sangrecita?

VIPERINO.—Tremenda; sangre de artríticos.

JOSELÓN.—¿Y ezo que e?

VIPERINO.—Sangre gorda, Joselón.

JOSELÓN.—¡Ah, güeno, güeno, mu gordísima! Le advierto a usté que he sostenío una batalla campal. A toda costa querían verle; y yo, que cómo iban a verle zi no estaba; y ellos que zí, y yo que no, y ze colaron. Na má que ezo.

VIPERINO.—Ya, ya. Y ahora a mí han tratado de sonsacarme. Que a dónde iba Daniel, que qué hacía Daniel... y luego empezaron a murmurar de la Vizcondesa y de Daniel. Vienen a casa ajena a criticar al dueño, y a mí me han puesto por mote Viperino, ¡Hágame usted el favor!

JOSELÓN.—Y no es la primera vez que vienen; er tío viejo eze, trae a la chica a ver zi pescan a mi zeñorito y los dineros de mi zeñorito... pero, nanay.

VIPERINO.—¿Ahora me explicas tu a mí eso, eh?

JOSELÓN.—Pos nanay, que están verdes.

VIPERINO.—¡Ah!...

Pausa.

JOSELÓN.—Que magras der Perú *(Pausa.)*, Que ni a la ventana te azomes.

VIPERINO.—Bueno, hombre, bueno, enterado.

JOSELÓN.—Na má que ezo.

Pausa.

VIPERINO.—¿Quieres darme un "whisky"?

JOSELÓN.—¡Zeñorito!

VIPERINO.—¿Qué, te extraña?

JOSELÓN.—¿Va usté a tomá gusqui d'eze?

VIPERINO.—Sí, hombre.

JOSELÓN.—*(Hace un gesto raro y abre la alacena y sirve "whisky" en una copa. Luego coge una botella de soda water y pregunta.)* ¿Zolo o con el explosivo?

VIPERINO.—Con el explosivo.

Joselón se rasca la cabeza. Destapa la botella con gran estrépito y dice sirviendo y encogiéndose de hombros.

JOSELÓN.—Ca uno es ca uno y ca uno tié su gusto. *(Viperino toma un trago y hace un gesto de repugnancia espantosa.)* ¿No está güeno, verdá?

VIPERINO.—Está malo, Joselón. ¡Mi palabra de honor!

JOSELÓN.—Muy malo.

VIPERINO.—*(Que ha tomado otro trago tapándose las narices.)* Malísimo. Esta es la bebida del demonio. Sírveme más. *(Joselón vacila.)* ¿Qué piensas?

JOSELÓN.—Que ze quiere usté suicidar. Na má que ezo. Pero zi e zu gusto.

VIPERINO.—¡Sirve! ¡Qué le voy hacer!

Joselón lo hace.

ESCENA IV

Dichos y DANIEL por el foro.

VIPERINO.—Hola, perdido.

DANIEL.—¿Pero, qué veo? ¿Tú tomando "whisky"? *(Viperino hace un gesto.)* ¿Tú completamente abstemio, que has dado conferencias contra el alcoholismo?

VIPERINO.—Soy un mártir de la ciencia, un higienista.

Joselón ha cogido el sombrero y el gabán de Daniel y ha hecho mutis por el foro.

DANIEL.—Hombre...

VIPERINO.—Sí, de cuarenta y siete enfermos de gripe que he asistido entre ayer y hoy, ni uno solo era borracho. Debe de ser cierto que esta es una medida preventiva. ¡Me estaba vacunando, hijo!

DANIEL.—¡Qué barbaridad, no pierdes el humor!

VIPERINO.—Pues no te creas, no, hoy estoy triste.

DANIEL.—¿Qué te pasa?

VIPERINO.—La pobre Asunción Romero.

DANIEL.—¿La actriz?

VIPERINO.—Ya no era actriz; fué primero actriz de verso, luego tiple de zarzuela, luego cupletera y ahora señorita de compañía... Bueno, de muchas compa-

ñías. Y en ningúno de estos cuatro oficios, ¡pásmate!, siendo española, ¡asómbrate!, en ninguno de estos cuatro oficios se le ha conocido nunca madre. Era una mujer excepcional. Ya sabes que las españolas de su clase tienen cada una siete madres.

DANIEL.—¡Hombre!

VIPERINO.—Bueno, una madre que come y enreda por siete, ¡y es ridícula por catorce!

DANIEL.—¿Y qué le pasa ahora?

VIPERINO.—Ya no le pasa nada. Se murió esta mañana.

DANIEL.—¡Pobre!

VIPERINO.—La operé yo, en el Hospital, en la Sala de Caridad.

DANIEL.—¡Cómo! ¿Una mujer que había ganado tanto dinero?

VIPERINO.—Pues sin un cuarto, hijo. Española legítima. ¡Más buena y más generosa! No era honrada. Es decir, según eso que la gente llama honrada. Pero persona, ¡el pan tierno! ¡Pobre chica!

DANIEL.—¡Cómo ha de ser!

VIPERINO.—¡Ah! Han estado aquí don Eduardo Montijano y su hija.

DANIEL.—Me alegro no haberles encontrado.

VIPERINO.—Te advierto que tenían la mejor intención de murmurar de tus visitas a Mariquita.

DANIEL.—¡Vaya! ¡Lo que yo pensaba! ¡Me tendré que ir otra vez!

VIPERINO.—¿Por lo que murmuran?

DANIEL.—Por lo que murmuran, por lo que no es... y por lo que pudiera ser.

VIPERINO.—¿Pero no me decías que habías venido resuelto a establecerte en tu tierra, a descansar?

DANIEL.—Sí, eso había resuelto; siempre he querido resolver mi vida moldeándola a mi antojo, y la vida ha hecho de mí lo que ha hecho. Cuando me marché hace ocho meses, creí que no volvería nunca. La muerte de mi pobre mujer, lejos de mí; la muerte de mi madre, sobre todo, me obligaron a volver, y cuando pensaba establecerme aquí, descansar, veo que no puedo, no puedo, es imposible.

VIPERINO.—¿Y eso?

DANIEL.—Estoy loco, loco. No duermo ni un momento, Antonio, no vivo. Creí que mi sentimiento por Maruchita era algo pasajero, o sugestión por lo que me había dicho mi mujer, o una momentánea atracción física de hombre... tú me entiendes.

VIPERINO.—Sí, sí.

DANIEL.—Y volví tranquilo, sabiéndola casada, seguro de ella y seguro de mí mismo. Pues no, no.

VIPERINO.—¿Qué me dices?

DANIEL.—Lo que tu ciencia de médico acaso no pueda explicarme, lo que tu buena amistad ha de compadecer profundamente. Algo extraño y tremendo. Desde que me fuí de aquí no he tenido más que un dolor: mi pobre mujer. La sabía sola, lejos, haciendo una vida ejemplar, y muchas veces sentí impulsos de correr hacia ella; cuando supe su muerte tuve horror de mí mismo. Sí, sí, horror, asco de mi

cobardía, de mi pequeñez de espíritu. Sí, porque ella murió de pena, de arrepentimiento, de dolor; porque yo, por la preocupación del honor, por miedo al qué dirán, por temor a la gente, no tuve la generosidad de perdonar como era mi deseo, no me decidí a ejercer el libre derecho que todo hombre tiene por encima de la sociedad para perdonar cuando le da la gana, cuando en su corazón no hay rencor y ha olvidado la ofensa. ¿Tengo que decirte lo que sentí cuando supe la muerte de mi madre?

VIPERINO.—No, no, Daniel, calla, calla.

DANIEL.—Creí que mi corazón se había dormido para siempre. Volví aquí a cumplir con mis deberes, a hacerle a mi madre el panteón. ¡Quién iba a pensar en Maruchita! Y ahora pienso, pienso y me late en las sienes y me corre en las venas, y me quema las entrañas y el alma.

VIPERINO.—¡Daniel!

DANIEL.—Sí, sí. Estoy enamorado de ella, con el último amor de vida, con una pasión que empieza a ser ya un poco senil.

VIPERINO.—Hombre, no te exaltes. ¿Qué estás diciendo?

DANIEL.—Acaso no sé lo que digo, porque tampoco sé lo que siento. Lo que sé es que recuerdo a mi mujer con amor, sí, y a la vez estoy enamorado de esa chica. ¿Lo comprendes? Y lo que es peor, ella también está enamorada de mí. Ella es desgraciada, su marido es un canalla, yo lo veo, y veo en los ojos de ella su tristeza, el asco que le tiene a él y el amor que

siente por mí... y no ha pasado nada, no debe pasar nada, y yo me voy para que no pase nada. Porque yo soy un caballero, Antonio.

Viperino lo abraza.

VIPERINO.—Calma, calma.

DANIEL.—¿Cómo tenerla? Yo no puedo negarme a ir a su casa. Tú ya sabes qué clase de tipo resultó el Vizconde.

VIPERINO.—Ya te dije que era un fresco.

DANIEL.—Un canalla. No tenía un cuarto; para casarse con ella pidió a los usureros a cuenta de la dote de su mujer; ahora la ha arruinado, la maltrata... ¡y viven de mí!

VIPERINO.—¿De ti?

DANIEL.—De mí, sí. Ella no lo sabe, claro; pero él ve la inclinación de su mujer hacia mí, y me finge amistad y espera como agua de mayo lo que para todo hombre de bien sería una vergüenza, y me pide dinero prestado a mí, que no sé negarle.

VIPERINO.—¡Oh!

Asombrado.

DANIEL.—Aquí, a esta misma casa viene casi todos los días, y pide, pide sin el menor reparo, sin el menor escrúpulo, y yo le doy, para ella, ¡pobrecilla! Ella no sabe nada, ella no dice nada, me mira con la tristeza infinita de sus ojos llenos de pasión, y yo que la sé maltratada, vejada, humillada, siento a veces unas ganas de saltar al cuello de ese hombre frío como un reptil y quitarlo de en medio.

VIPERINO.—¡Daniel!

DANIEL.—Ya no puedo contenerme, ya no puedo. Sí, mis manos se me escapan, las siento que se me escapan al cuello de ese miserable con ganas de apretar, y apretar y apretar... ¡ah!, no, no, no, yo me quiero ir, Antonio, esto es horrible, yo me conozco, yo me quiero ir, yo me debo ir. (*Cae en un diván. Viperino lo mira con profunda tristeza, y con mucha calma coge un vaso limpio de la alacena, echa en él lo que ha quedado de la botella de soda y se lo ofrece sin hablar a Daniel.*) Gracias. (*Después de haber bebido se limpia los labios con el pañuelo, da un pequeño paseo y luego dice a Viperino.*) Bueno, hablemos un poco de tus cosas.

VIPERINO.—Déjalo, esta no es ocasión.

DANIEL.—No, no. Hablemos. Yo pudiera irme de repente...

VIPERINO.—¡Qué te has de ir, hombre, qué te has de ir! No faltaría más que un español tan español y de tan buena clase como tú, estuviese condenado a vivir lejos de España.

DANIEL.—¡Qué le vamos a hacer! Tú necesitarás algo de dinero.

VIPERINO.—Yo no necesito absolutamente nada.

DANIEL.—Pero...

VIPERINO.—Nada, nada. Ahora me has dicho dónde va tu dinero; sé además que en el Casino has perdido anteayer treinta mil pesetas; yo no quiero que despilfarres.

DANIEL.—No despilfarro, no, devuelvo. (*Viperino mira asombrado.*) Sí, no me mires con ese asombro;

yo me enriquecí a toda costa, por mi madre, por mi mujer... y ya no están. Y aunque estuvieran, aunque yo tu- viera hijos, pensar en guardar y en dejar herencias ahora, es una ilusión vana y una injusticia. Hay que repartir, Antonio, hay que dar.

VIPERINO.—Ca, hombre, hasta que eso llegue.

DANIEL.—Llegará; tienen derecho a comer pobres y ricos. ¡No me vas a negar tú que tienen derecho!

VIPERINO.—Claro está que no. Eso no lo niego; se trata de una cuestión de estómago y no de cerebro, y para comerse un pavo trufado, tan buen estómago tiene un golfo como un señorito, y mejor el golfo, que nunca tomó bicarbonatos ni villajuigas y es capaz de digerir un elefante.

DANIEL.—Pues eso es.

VIPERINO.—*(Mirando su reloj.)* Y ya te di la razón, con la razón te dejo, que es muy tarde para mí.

DANIEL.—¿Pero dónde vas?

VIPERINO.—Tengo que ir a ver a mi camarada Garcés y hablar de mi famoso proyecto del Hospital para los niños pobres.

DANIEL.—¿Ya habéis conseguido algo?

VIPERINO.—Ca, es un asunto de mucho dinero y no lo hay.

DANIEL.—¿Pero tú no cejas, eh?

VIPERINO.—Claro está que no. No cejo mientras viva. ¡Los niños! ¡Si son los únicos seres a quienes quiero de veras! Los que curo gratis más a gusto.

DANIEL.—¿Sí, eh?

VIPERINO.—Claro está. No hay enfermo mejor que un niño en mantillas que ni opina, ni discute, ni habla con el médico, ni pretende saber más que él, ni lo atosiga a uno explicándole una serie de síntomas fantásticos. Un gran hospital para los niños pobres, para que no sufran desde que empiezan a vivir, con la dentición y el sarampión y las viruelas y toda la antesala de molestias que les prepara el dolor antes de tiempo. Ya ves, yo no tengo chicos, pero el niño de la visita que venga a mi casa, ya puede hacerme añicos todas las estatuas, aunque sean de Rodin y de sus imitadores, los floreros y los bibelotes y hasta los instrumentos de cirugía.

DANIEL.—Tiene gracia.

VIPERINO.—Yo te juro que ni los riño ni los contengo. ¡Ah! Y lo mismo era mi padre. Yo me acuerdo que un día, porque rompí un muñeco y me riñó mamá, él me llevó al salón, me sentó sobre una mesa llena de porcelanas y me dijo: "Rompe, hijito, destroza, tira", y tenía razón, ¡qué diablo! Como que no hay cacharro que valga el llanto de un niño, con lo que le queda por llorar en la vida. ¡No faltaba más!

DANIEL.—Pues bueno, bueno; yo he pensado en ti y en tu Hospital y en tus niños, y te tenía preparado esto. *(Va al secreter y trae un sobre chiquito.)* Toma.

VIPERINO.—¿Pero qué me das aquí? ¿Dinero?

DANIEL.—Un cheque grande, Antonio.

VIPERINO.—¿Para qué?

DANIEL.—Para tu Hospital, para ti.

VIPERINO.—Pero hombre, ¿cuánto?, yo no puedo...

DANIEL.—Un cheque muy grande, Antonio. Yo no quiero que lo abras aquí, llévatelo.

VIPERINO.—Pero... Daniel, es que... mira...

DANIEL.—No miro nada, guárdatelo y vete, y disponlo todo con el doctor Garcés.

VIPERINO.—Mira, Daniel... yo no soy sentimental... yo no soy melodramático, yo no sé qué decirte... en fin, yo no puedo decirte que eres bueno, bueno es poco; yo no tengo palabras, te doy la mano. *(Le da la mano.)* Aprieta, que me aprietas el corazón y nada más, nada más... ¿No lo ves? Viperino está llorando, el mala lengua está llorando por esos angelitos, por todos los hijitos sin padre... Nada, chico, nada.

Le da otra vez la mano.

ESCENA V

DANIEL, que se sienta ante su escritorio un momento a escribir; luego JOSELÓN solo, e inmediatamente, por el foro también, MARÍA DEL CARMEN con un abrigo largo y sombrero.

JOSELÓN.—Zeñorito.

DANIEL.—¿Qué?

JOSELÓN.—La zeñora Vizcondesa.

DANIEL.—¿Qué pasa con la señora Vizcondesa?

JOSELÓN.—Que está aquí.

DANIEL.—*(Levantándose.)* ¿Aquí ella? ¿Y tú lo has dicho?...

MARÍA.—*(Saliendo.)* Para qué te iba a negar.

DANIEL.—¡María! *(Joselón hace mutis. Daniel cierra la puerta del foro.)* ¿Pero María, qué es esto? ¿Cómo te has atrevido? Tú no comprendes que...

MARÍA.—Yo no comprendo nada, yo no sé nada, sólo sé que no puedo más, no puedo más, que esto no es vivir.

Rompe a llorar de bruces sobre la mesa.

DANIEL.—Vamos, vamos, esto no puede ser, te comprometes.

MARÍA.—Me muero, Daniel, me muero; mi vida ya no es posible, apenas se marchó mi marido me puse un salto de cama y un abrigo... y aquí estoy. Vengo a pedirte protección, amparo, Daniel, defiéndeme, defiéndeme.

DANIEL.—De ti misma es de quien debo defenderte. ¡Qué locura venir aquí, a mi casa!

MARÍA.—Me han enloquecido, Daniel; yo ya no puedo sufrir a ese hombre. Me ha arruinado, me maltrata y ya no tengo a quién volver los ojos. Hace seis meses, seis meses eternos que dura este martirio. Al día siguiente de haberme casado era ya viuda de mi marido.

DANIEL.—Bueno, María.

MARÍA.—No, no, escúchame; al principio soporté, vivía tu madre, en ella podía hallar algún consuelo, ahora, ¿qué hacer? Mi madre sólo sabe llorar conmigo y temblar ante las violencias de ese hombre. Ampá-

rame, Daniel. Yo no tengo padre, yo no tengo hermanos, defiéndeme. Tú comprenderás que si he venido aquí...

DANIEL.—Yo no puedo...

MARÍA.—No ha sido con el impulso pecaminoso de una cualquiera. He sabido callar siempre y ocultar mis sentimientos. Pero ya no puedo más. Ya no soy una chiquilla, ya se me cayó la venda de los ojos.

DANIEL.—¿Y qué quieres que yo haga? ¿Qué puedo hacer yo?

MARÍA.—Yo no necesito decirte que te quiero con toda mi alma.

Rompe a llorar.

DANIEL.—¡Calla, por Dios, Maruchita, calla! ¡Yo te lo ruego!

MARÍA.—¿Para qué he de callar lo que tú sabes? Yo no vengo a pedirte amor, yo no soy una loca que abandona su casa, no, yo soy como un pobre animalito maltratado y herido que huye, que busca amparo.

DANIEL.—Que yo no te puedo dar sin perderte. Compréndelo.

MARÍA.—¿Comprendes tú el martirio de toda mi vida, inconscientemente al principio, con plena conciencia ahora de lo que me espera si no huyo de ese hombre?

DANIEL.—Pero yo...

MARÍA.—Tú no tienes la obligación de quererme, y si me quieres y lo ocultas, yo te lo agradezco; agradezco lo que es en ti consideración y respeto; pero

ampárame si puedes, si no por amor, por piedad, por deber.

DANIEL.—María, esto es espantoso, me pones en un trance horrible.

MARÍA.—Tú tienes el deber de ampararme sea como fuere, porque tú tienes la culpa de todo lo que me ocurre.

DANIEL.—¿Qué yo tengo la culpa?

MARÍA.—Tú, sí, tú.

DANIEL.—¿Pero por qué te casaste, mujer?

MARÍA.—¿Por qué te fuiste tú?

DANIEL.—Porque debía irme. ¿Qué querías que hiciera?

MARÍA.—No, si digo la primera vez, cuando te casaste con mi tía Adriana. Mi padre era tu íntimo amigo, te adoraba y me enseñó a adorarte... si yo no sabía lo que era amor entonces, si yo me sentía atraída hacia ti sin comprenderlo, tú sí podías comprender mi sentimiento, y, sin embargo, me abandonaste.

DANIEL.—María, María.

MARÍA.—Después, cuando te traicionaron, cuando te vendieron, mientras yo lloraba, huiste de mí... yo me quedé sola, creí que no volverías más... yo no sabía de nada, habían dispuesto que me casara y obedecí y me casé. Ahora me maltratan y yo te pido amparo.

DANIEL.—Y yo no puedo dártelo, María, no puedo. También te quiero yo. Te quiero mucho.

MARÍA.—¡Daniel!

Levantándose hacia él.

DANIEL.—Pero no debo quererte, no puedo quererte, te mancharía.

MARÍA.—Defiéndeme, defiéndeme; llévame adonde quieras, mándame adonde quieras, ayúdame a separarme de ese hombre, que yo no vuelva a mi casa, Daniel. No, por Dios, no.

DANIEL.—Esto no puede ser, María, esto no puede ser, esto es una locura; porque fuí amigo de tu padre, porque te quise desde niña, yo debo defender tu honor.

MARÍA.—¿Y no quieres defender mi vida?

DANIEL.—¿Tu vida?

MARÍA.—Mi vida, sí, que ese mal hombre destroza. Viene borracho todas las noches, tiene tres o cuatro queridas, me...

DANIEL.—Es tu cruz, María, es tu cruz; sopórtala.

MARÍA.—¡Oh, no, yo no quiero, yo no puedo; ese hombre es un miserable, un ser abyecto, un canalla; me ha arruinado, se ha arruinado, vive a costa tuya, quiere explotarte.

DANIEL.—No, María, eso no.

MARÍA.—Sí, porque cree que tú me quieres y que yo te quiero y no le importa.

DANIEL.—¡Oh, no!

MARÍA.—Sí, me lo ha dicho anoche con el cinismo más espantoso, riéndose, y porque se lo reproché me maltrató cruelmente.

DANIEL.—¡Oh, no! ¡Eso no puede ser, no puede ser!

MARÍA.—Pues mira, mira y convéncete. *(Va hacia él, a quien le cogerá la situación de frente y en segun-*

do término, y como ella estará de espaldas se abrirá el abrigo enseñándole el pecho a Daniel sin que lo vea el público.) Mira cómo me ha puesto, cómo me ha amoratado, cómo me ha ensangrentado.

DANIEL.—*(Cerrándole el abrigo.)* ¡Oh! Tapa, tapa. ¡Qué horror! *(Corre hacia la mesa de la izquierda y cae en ella mordiéndose las manos.)* ¡Ese hombre es un canalla, un canalla!

MARÍA.—*(Que cae en el diván llorando.)* ¿Y tú consientes esto, Daniel, tú consientes esto? ¿Cómo es posible, Dios mío, cómo es posible?

DANIEL.—*(Se levanta y va hacia ella.)* ¡No, no, basta! No llores más. Yo te juro por lo más sagrado que se ha de ver conmigo. Yo te juro por la memoria de mi madre...

ESCENA VI

Dichos y JOSELÓN que abre la puerta violentamente.

JOSELÓN.—Zeñorito, por Dios, el marido de la zeñora.

Daniel da un grito salvaje y apartando a Joselón de la puerta hace mutis cerrando con llave por fuera.

DANIEL.—¡Ah!

ESCENA VII

MARÍA Y JOSELÓN.

MARÍA.—*(Que se ha puesto de pie con el espanto en los ojos.)* ¡Eh!

JOSELÓN.—Zeñorita.

MARÍA.—*(Casi sin voz.)* Abra usted, por Dios. Llame, que yo no puedo, que me oye. Que va a pasar algo horrible.

JOSELÓN.—*(Golpeando la puerta.)* ¡Zeñorito, zeñorito, abra usted!

MARÍA.—¡Abra usted, por Dios; llame usted, por compasión! ¿Qué va a pasar? ¡Están solos, solos. Mi marido va a entrar, me va a ver aquí. Joselón, llame, llame! *(María se acerca a la puerta y trata también de empujarla.)* ¡Dios mío! ¡Dios mío! No hablan, no dicen nada.

Se oye dentro lejos un ruido así como el caer de un cuerpo a tierra. María y Joselón, horrorizados, se separan algo de la puerta y se miran. Pausa. La puerta se abre y Daniel aparece en ella con el rostro descompuesto y palidísimo.

ESCENA VIII

Dichos y DANIEL.

MARÍA.—¡Daniel! *(Con la voz rota.)* ¡Daniel!

DANIEL.—*(Con la voz sofocada.)* ¡Ya no te pega más!

MARÍA.—¡Muerto!

Gritando.

DANIEL.—*(Le tapa la boca con la mano.)* Sss... ¡Calla! Pronto, Joselón, acompáñala hasta la puerta. *(Joselón va al foro.)* No, por aquí; por la escalera de servicio.

MARÍA.—¡Dios mío, Dios mío!

Mutis llorando muerta de miedo.

DANIEL.—Calla, calla, calma. Vuelve a tu casa pronto, a pie. *(La va llevando hacia la primera izquierda.)* Toma por la calleja, tranquila, sola; tú no has venido aquí. Si te preguntan, niega.

MARÍA.—¡Qué horror!

DANIEL.—Hasta la puerta, Joselón, nada más. Que no te vean con ella y sube.

Han desaparecido por la lateral izquierda Joselón y María. Daniel se arregla la corbata, se sirve un vaso de "whisky" con agua y bebe tranquilamente, cierra la puerta del foro con llave y se la guarda en el bolsillo. Saca su llavero, abre el armario del cual saca un revólver que pone sobre la mesa. Aparece Joselón.

JOSELÓN.—Zeñorito... qué es ezo?

DANIEL.—No, no quería matarme, Joselón. Vendrán por mí... y pensaba defenderme, resistir; pero para qué. ¡Qué voy a defender! La comprometería a ella. Toma.

Le da el revólver. Daniel se dirige al teléfono.

JOSELÓN.—¿Qué va usted a hacer, zeñorito?

DANIEL.—Calla. *(Llama por teléfono.)* Central. Jefatura de Policía.

JOSELÓN.—Zeñorito, ¿qué hace usted, por Dios?

Daniel impone silencio al criado con un gesto.

DANIEL.—Sí, casa del marqués de Vegaflorida. Sí, yo soy. Vengan. Acabo de matar a un hombre. *(Suelta el auricular y va hacia el butacón en el cual cae llorando.)* Perdido, perdido.

JOSELÓN.—*(Tras de una pausa.)* Zeñorito. Zeñorito. *(Daniel levanta la cabeza y se limpia las lágrimas con los dedos. Pausa.)* Yo zoy más viejo, yo no tengo a nadie... lo he matao yo. Na má que ezo.

Daniel da un salto.

DANIEL.—Eso no. ¡Joselón!

JOSELÓN.—Zu criao ziempre, su perro de preza.

DANIEL.—No, no. ¡¡Mi amigo!!

Se abrazan. Telón rápido.

EPÍLOGO

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
María del Carmen, Vizcondesa viuda del Aduar......	Catalina Bárcena.
Una bonaerense.............	Joaquina Almarche.
Una suegra................	Josefina Infiesta.
La Guacloria, la muchacha.	Carmen Carbonell.
Una inglesa...............	Dolores Suárez.
Viajera primera............	N. N.
Idem segunda..............	N. N.
El hombre de las gafas negras	Francisco Hernández.
Rafael....................	Luis Peña.
Gennarino.................	Fernando Aguirre.
Un francés................	Jesús Tordesillas.
Un inglés.................	Andrés Tobías.
Un profesor Stronmuller...	Luis P. de León.
Ostricaro, vendedor de ostras....................	Juan M. Román.
Un camarero...............	Manuel Collado.
Guardia primero...........	N. N.
Idem segundo..............	N. N.

Chiquillos, viajeros, músicos, etc., etc.

La acción en Nápoles. Siete años después.

E P Í L O G O

En Nápoles. Antes de levantarse el telón se oye dentro, cantada dos o tres veces, una canción popular, acompañada por mandolinas y guitarras. En los últimos compases el telón se levanta. La escena representa la terraza de un hotel, en Nápoles. El edificio, una parte de él, a la derecha, Se baja de él a la terraza por una pequeña escalera. A la izquierda, libres todos los términos. En segundo y primer término, a un lado y a otro, veladores y sillas. Al fondo, una balaustrada que da al mar. Todo foro. En la lejanía, el Vesubio con su gran árbol. Luces venecianas. Cae la tarde. Crepúsculo muy luminoso,

ESCENA PRIMERA

En la mesa del primer término, a la derecha, están UN FRANCÉS, LA BONAERENSE y LA SUEGRA, y ante ellos, la comparsa cantando. Son cinco hombres, un par de guitarras y tres mandolinas, y LA GUAGLIONA que canta. UN TURISTA y UNA TURISTA ingleses. La primera mesa de la izquierda vacía. Ante la mesa de la izquierda, segundo término, el VENDEDOR DE OSTRAS va y viene. GENNARINO, con una cesta vende estatuas, peinas y corales. Por el fondo se pasean los guardias. Del hotel salen VIAJERO 1.º y VIAJERO 2.º, que se detienen un momento a oír la canción. Cuando acaba ésta, todos aplauden y dan perras a la chica. Se oyen dentro chasquidos de fustas y sonidos de colleras constantemente.

FRANCÉS.—Tres bien, tres bien... ça c'est merveilleux (1).

BONAERENSE.—Muy lindo, molto belo...

SUEGRA.—¡Presioso, no! ¡Presioso!

Dan limosna.

VENDEDOR.—¡Ostrique, ostrique fresque!... ¡¡Ostricarooo!!

---

(1) La pronunciación está lo más figurada posible, donde ha parecido indispensable figurarla.

GENNARINO.—La bela terracotta, la bela statua greca, la vera tartaruga, il pettine belo... Corali, corali. Corni contro la yetatura.

INGLÉS.—Senti qua, venditore corali...

Gennarino va a la mesa del Inglés a vender. De la puerta del hotel sale el Profesor de levita negra, una media chistera, bastón, gafas y melenas. Un grupo, tres o cuatro, de golfillos napolitanos lo rodea. Han salido un momento antes por detrás del hotel y le hacen burla.

GOLFO.—Aró vay, aró vay... ah, ah...

PROFESOR.—¡Hiej han di falten ej may jauden voef! ¡Soof ten!... ¡Rung, Froilan!

GOLFO.—Aró vay...

SUEGRA.—¿Quién es este melenudo? ¡ché!

BONAERENSE.—Un Profesor alemán o noruego, que se ha dejado el cabello largo para que se lo tomen los pibes.

Le cogen el bastón y le tiran de la levita. Los guardias vienen y se llevan a los chicos de una oreja. Siguen oyéndose las fustas y las colleras.

FRANCÉS.—O lá lá que son drols, ce gamen, ça ce pittoresque ma parole... vremán pittoresque...

BONAERENSE.—A mí no me asombra, ¿no? Para todos los extranjeros, Nápoles es una cosa rara, nunca vista, ¿no? Para nosotros, los bonarenses, ya no es lo mismo.

FRANCÉS.—Mais, pourquoi, voyons?...

BONAERENSE.—Oh, sí; Buenos Aires es igualito que Nápoles en muchos sitios; está llenito de tanos, como le dicen allá a los napolitanos.

SUEGRA.—Les dicen güífanos y gringos también...

FRANCÉS.—¿Vrai? Oh, no...

SUEGRA.—¿Y cómo le va? Buenos Aires es muy cosmopolita, ¿no? ¡Que se había creído!

FRANCÉS.—Mais qu'est ce que c'est ce cosmopolitisme, ¡par bleu! tout le monde est cosmopolite après la guerre, tous le pays sont cosmopolite... La guerre a bouleversé tout, a melangé tous, voyons...

BONAERENSE.—Pero de todos modos esto es muy lindo, ¿no?

VENDEDOR.—Ostrique, ostrique fresque... ¡Ostricarooo!

INGLÉS.—Yo vorrei poquetino tarantela...

VENDEDOR.—¡A tarantela a tarantela! ¡Abálala tú, Gennarino!

FRANCÉS.—Oh, ta geul, bebé.

GENNARINO.—Embé cume vulite...

La comparsa toca. Tarantela bailada por Gennarino y la Guagliona.

ESCENA II

Dichos. Del hotel baja El hombre de las gafas negras, y de la calle vienen la Vizcondesa y Rafael. Se detiene aquél un momento en el centro de la escena, y los observa, mientras ellos se sientan en la primera mesa de la izquierda. Luego, Un camarero del hotel va a los ingleses. Todos aplauden la tarantela.

VENDEDOR.—Ostrica, ostrica fresca...

RAFAEL.—No, grazie...

VENDEDOR.—Ma date due soldine, siñuri, che a siñurina e bela asai...

MARÍA.—¿Qué dice, qué dice?

RAFAEL.—Que eres muy bonita y que le dé diez céntimos.

VENDEDOR.—Si siñore, maacato nu piato e maqueroni... (*Rafael le da una lira.*) ¡Mama mia, na lira!... Grazie, echelenza... Idio vi benedica, e ala siñorina pure, si siñore... (*Besa la moneda.*) ¡Mama mia, na lira!... Estáteve bene, echelenza.

Hace mutis izquierda corriendo. Tras él se va la comparsa tocando la canción "Mayo eres tú", hasta perderse.

BONAERENSE.—Vámonos, que ya se fueron los músicos...

FRANCÉS.—¡Garçon, garçon!...

CAMARERO.—¡Vengo! ¡Vengo súbito!

Está cobrando a los ingleses que ordenan algo. Luego va a la mesa de los bonaerenses.

BONAERENSE.—Y vámonos pronto, ¿no? A mí me encantan estas canciones y estos bailes napolitanos... ¡Son lindos, ché!

SUEGRA.—No digás. Donde va a parar junto a un tango criollo, y a una huella y a un pericón y a una vidalita...

Cantando en voz baja.

Yo tenía una chancha,
¡vidalita ay!,
con cuatro chanchitos
se murió la chancha,
pobres huerfanitos.

BONAERENSE.—¡Ay mamá, por favor, callâte!

FRANCÉS.—¡Oh, la barbe alors!

MARÍA.—(*Siguiendo la conversación que no se ha oído.*) Un poco, sí. ¡Hay tanta alegría, tanto bullicio! ¡Y luego el coche corría de una manera!...

RAFAEL.—Los cocheros napolitanos tienen fama de ser los mejores del mundo... (*El de las gafas negras bate palmas y llama al camarero y le ordena algo.*) Lanzan los caballos al galope, por la vía carácholo, cuando es mayor la aglomeración, y jamás hay un choque...

BONAERENSE.—¡Camariere, camariere!

CAMARERO.—¡Vengo, vengo súbito!

BONAERENSE.—(*Al camarero que viene a cobrar.*) Gracias a Dios...

CAMARERO.—Signora, mi scusi... io vorrei...

FRANCÉS.—¡Niente, rien, rien du tout! ¡O mon

Dieu! Les sandwches, son sales, celte, biere, c'est affreu y faut soignez ça, mon vieux. Tiens, tiens...

Paga.

CAMARERO.—(*Después de haber mordido la moneda.*) ¡Echelenza!

Se inclina.

FRANCÉS. -(*Haciendo mutis por la izquierda, seguido de La bonaerense y La suega.*) Ceux napolitanis, son curieux, voyons, ils ne sont pas bon que de faire de macarronis... Le reste c'est insuportable, tout a fait insuportable... ¡Oh mon Dieu! ¡Oh mon Dieu! ¡Oh mon Paris!...

BONAERENSE.—Calmáte, che, calmáte...

SUEGRA.—Sos demasiado, renegón, che.

Mutis. El Francés paga y el grupo se va por la izquierda. Por la izquierda también sale el Vendedor de ostras sin sus bártulos, pero comiéndose un plato de macarrones con la mano. Del hotel bajan Viajera 1.ª y 2.ª, y el Vendedor de ostras deja el plato en el suelo, las saluda a lo militar y dice picarescamente.

VENDEDOR.—Ce fachimo na paseyata in barca...

Ellas sonríen, él recoge el plato de macarrones y las sigue. Durante el diálogo que viene, el Camarero servirá al de las gafas negras un bock, y se irán los ingleses. El Vendedor sigue a los viajeros.

RAFAEL.—Me aproveché de la feliz casualidad de haber venido a Nápoles con permiso de la Embajada,

y como ya expira el permiso y debo volver a Roma...

MARÍA.—¿Y no te parece que quieres aprovecharte demasiado? Vamos a ver... ¿Cuántos días hace que nos conocemos?

RAFAEL.—No sé. A mí me parece que nos conociéramos de toda la vida... que siempre hubiéramos vivido aquí en Nápoles, bajo este azul profundo, todo sonoro de músicas y de risas, todo aromado de naranjos en flor.

CAMARERO.—(*Que se acerca.*) ¿Y siñori comándano?

RAFAEL.—Si, due vermut...

CAMARERO.—Súbito...

Mutis.

RAFAEL.—Yo no podré marcharme a Roma sin una esperanza, María...

MARÍA.—Pues yo no te puedo dar ninguna...

RAFAEL.—¿Cómo?

MARÍA.—¡Ay!, esta impaciencia, y a la vez esta seguridad tuya, es lo que pone una nube de tristeza en la simpatía de nuestras relaciones... Calla, Calla. Hay en tu actitud, lo hubo siempre, en la desfachatez...

RAFAEL.—¡Oh, María!...

MARÍA.—Bueno, perdona, en la audacia con que me tuteaste a la segunda vez que nos vimos, en la seguridad con que me hablas ahora, algo que me lastima. Son acaso tus prácticas de conquistador, de viajero galán, sí, habituado a las aventuras fáciles, en un vagón de ferrocarril, en la cubierta de un transatlántico... Me viste sola con una dama de compañía; y pensaste en seguida que yo podía ser... una más... sí, sí, dé-

jame revelarte tu propio pensamiento. Supusiste, claro, no podías suponer otra cosa, que yo viajaba por placer en busca de aventuras, que yo era, en fin, una viudita...

RAFAEL.—No, María, no...

MARÍA.—Y no viajo por eso. Hace siete años que recorro Europa, sin volver á mi España... porque no puedo. Pero no soy lo que tú crees, lo que tú has podido pensar de mí; por culpa mía, lo reconozco, porque yo me abandoné un poco a la simpatia que me inspirabas, porque me dejé llevar por una necesidad sentimental.

RAFAEL.—Yo no he pensado eso, María. Yo no he pensado nada, yo no me he detenido a pensar, he sentido tan sólo y te quiero, te quiero, eso es lo único que sé. Te quiero y te ofrezco mi amor en la forma que sea, en la que tú ordenes. ¡Para toda la vida!

MARÍA.—¡Toda la vida! Pero toda la vida no empieza ahora; yo viví antes... ¿Sabe tú algo de mi vida?

RAFAEL.—Pero...

MARÍA.—Si yo te quisiera, si te quisiera ¿eh? no te digo que te quiero, tendría una tristeza mayor que todas mis tristezas. Porque no podría ser tu mujer sin decirte mi pasado.

Se levanta.

RAFAEL.—Pero si a mí no me importa tu pasado...

MARÍA.—¿Pero lo conoces?

RAFAEL.—Sé tu nombre, sé quién eres. Algo lei en periódicos españoles.

MARÍA.—¿Y no te importa? ¿Sabes que mi marido

murió de una manera violenta? ¿Qué lo mataron por mí? ¿Qué yo me senté en el banquillo de los acusados? ¿Qué hubo un proceso?

RAFAEL.—Del cual te absolvieron los jueces, como te absolvería yo. Serías para mí una nueva Friné, una Friné sin más desnudez que la de tu mirada clara y limpia como tu conciencia...

MARÍA.—Pero ¿tú sabes lo que dices?

RAFAEL.—Siento, María, siento y no quiero saber... Cuando supiera tu pasado con todos sus detalles; cuando tú hubieras resucitado lo que está muerto para levantarlo entre los dos, como un obstáculo, ¿iba a cambiar por lo que tú dijeras el color de tus ojos? ¿No sería siempre el mismo el ritmo cadencioso de tu andar, no sería la misma la pincelada roja y sinuosa de tus labios, no habría el mismo encanto de música para mí jamás oída antes, que hay en el cristal de tu voz encantadora? ¿Dejarías de ser tú? ¿Dejarías de cantarme en el alma como una canción? El pasado no existe, María. Tú no eres tu pasado, eres tú misma, la de ahora, y no la misma que fuiste hace siete años. Porque la vida es una continua transformación, porque la vida sigue, María, la vida sigue... Y se muere uno un poquito en todos los crepúsculos y se nace de nuevo todas las mañanas, con el sol. Yo he nacido de nuevo el día en que por primera vez te vieron mis ojos; tú naciste de nuevo cuando oíste tu nombre en mis labios, que antes no te habían llamado nunca, María, mi María. Entonces naciste tú para mí y para el amor. ¡Tú no habías amado!

MARÍA.—Sí, yo no sé mentir. ¡Sí había amado! He empezado a querer desde los nueve años. Quise como una niña, un poco inconscientemente, a un íntimo amigo de mi padre, y nada hubo entre los dos. Me casé luego, sin saber lo que hacía, porque sí, como se casan tantas señoritas, y fuí desgraciada seis meses; y ahora, salí de España, y viajo por Europa, y sigo queriendo, sin saber a quién, y mis labios no se dieron nunca en un beso de amor...

RAFAEL.—Y no sabes lo que es amor, porque un amor sin besos es como un día sin sol, como una primavera sin flores, como un árbol sin pájaros, como una noche sin luna, como unas palabras sin sentido.

ESCENA III

MARÍA, RAFAEL, EL HOMBRE DE LAS GAFAS NEGRAS, GENNARINO. Luego UN CAMARERO por el hotel.

GENNARINO.—(*Yendo a la mesa.*) La bela terracota, la bela statua greca, il pettine belo di vera tartaruga... Corali, corali, contro la yetatura... ¡Vulite siñori!...

RAFAEL.—No, lacha...

GENNARINO.—Comperate...

MARÍA.—¿Qué vende ese hombre?...

RAFAEL.—Estatuitas, peinas... fetiches contra el mal de ojo, qué sé yo...

GENNARINO.—Corale, cuernosito de corale, pe la yetatura, pe lu male de oco, la mala pata, que hace la bruca o lu diávolo, comprame, siñorita...

MARÍA.—Ah, pero si habla español...

GENNARINO.– E cume no, ¡ya lo creo!

RAFAEL.–¿Has estado en España?

GENNARINO.—Ma si siñore caye estado...

MARÍA.—¿En Madrid?

GENNARINO.—E no... a Buonos Aire, señoritta.

RAFAEL.—Hombre, eso no es España...

GENNARINO.—E lu mimo, ¿non hablano lo spañualo? Antunce. Mi papasito maye llevado a Buonos Aire cuando fu l'emicrante... ¿cume no? E yo era chique. tito y yo dimpués m'haye venudo otra vece a Nápoli, que está la mia terra... Comprame, cabayero.... comprame pe la señurita, la peineta de lu verdadero caray. Pa ponerla nela cabecita e lu collare nel cuello, quédase preziosa... come na madona...

MARÍA.—No, no. ¿A ver las estatuas?

GENNARINO.—E comprame la statuitta antunce...

RAFAEL.—¿Las haces tú mismo?...

GENNARINO.—¡E naturale!... ¿Quién la haye hecho antunce? ¿La haye hecho tú? ¡No! ¿Su guardia de la esquina?... ¡Ne tampoco! La haye hecho yo con lo barro de la calle... E tamien con lu yeso... ¿Stano bunitto, no? Stano barato...

RAFAEL.—¿Cuánto está?

Cogiendo una estatua.

GENNARINO.—Questa, questa... Asperate nu momendo... Buono. Dame veinticinque lire...

MARÍA.—¡Veinticinco pesetas! ¡Qué barbaridad!

GENNARINO.—¿Barbaritá? Esta no es na porquería qualunque de la tienda, está l'ópera darte, me parece,

lu trabaco fino, me parece... ¡Qué te haye creído!

MARÍA.—¿Quieres cinco liras?

GENNARINO.—Non me estoy muriendo d'hambre, non me estoy... (*Medio mutis.*) ¡Oh!

MARÍA.—Pero si ya es mucho...

GENNARINO.—Mucho, mucho. Yo soy m'artista ¡oh! Quiere dame cuíndiche lire... Pe lo menos.

MARÍA.—¿Cuánto?

GENNARINO.—Cuíndiche... no duye... tres veces la mano...

MARÍA.—¿Quince?

GENNARINO.—Ecco, cuíndiche, cuíndiche, si siñora... Ultimo prezzo.

MARÍA.—Seis liras y yo escojo...

GENNARINO.—¡Madona mía, sei lire!

RAFAEL.—Ni una más, si quieres...

GENNARINO.—Eh buono, que diávolo, llevátela, yastá, lleváte lu Dante; mira que está le poeta del amore... Cuando estávano nello infierno Paolo e Francesca, ese pusierone a leere lu librito, "Galeoto fu el libro e chi lo scrisse„ que quiere decire que lu libro fué le tercero, que lu unió nel amore; e leyendo leyendo leyendo, Paolo e Francesca se dieron nu besito, e cuntarone boca con boca, e se pusierono a temblare e ya está...

MARÍA.—Ja, ja...

RAFAEL.—Bueno, toma.

Le da el dinero.

MARÍA.—Dale las diez pesetas, pobre...

RAFAEL.—Sí, toma, toma, para ti...

GENNARINO.—Tutto, per me tutto, le diehci lire... ¡U sangue de la madona, u San Genaro benedetto! ¡Oh echelenza! Mucha gracia, echelenza, mucha gracia. Ahora ya no vendo má, ya haye ganado para descansare tre día... E io le dico que van a ser lu dos muy felices... E décame que te bese la mano.

RAFAEL.—Anda, Anda...

GENNARINO.—Buona tarde, cabayero, buona tarde señuritta.

Mutis Gennarino.

MARÍA.—¡Qué gracioso!

RAFAEL.—Cuando se acercó a hablar, le hubiera dado un tiro. (*El hombre de las gafas negras llama al Camarero.*) Al final, le hubiera dado cuanto llevo en la cartera...

MARÍA.—¿Por qué?

RAFAEL.—Antes, porque vino a interrumpirnos; ahora, por la predicción que nos ha hecho...

MARÍA.—Rafael...

RAFAEL.—Sí, María, este viejo napolitano ha sido el portador de un buen augorio para mí... (*El Camarero habla con El hombre de las gafas negras.*) ¿Me contestas?

MARÍA.—¿Insistes todavía?

RAFAEL.—Anda, dí, díme que sí...

MARÍA.—No sé, no puedo...

RAFAEL.—¿Tienes otro amor en el alma?

MARÍA.—¡No!

RAFAEL.—¡Ah! ¿No ves cómo el pasado no existe?

MARÍA.—Rafael...

RAFAEL.—No quiero insistir, pero...

El Camarero trae los dos vermouths.

MARÍA.—¡Jesús, quién se acordaba! Lo mismo que en España... Hace ya una hora que se pidieron...

CAMARERO.—¿Dicheva la señora?

RAFAEL.—Niente, niente...

Paga y hace el gesto de darle la vuelta para él.

CAMARERO.—Grazie, echelenza!

MARÍA.—¿Te vas?

RAFAEL.—Y vuelvo, María... Diez minutos tan sólo, en uno de estos coches que vuelan, a poner un telegrama urgente a la Embajada; quiero tener la seguridad de que llegue... ¿Puedo volver?

MARÍA.—Sí, soy siempre tu amiga...

RAFAEL.—¿La dolce amica, como dicen los italianos?

MARÍA.—Rafael...

RAFAEL.—Mira la noche napolitana, como tiende su manto de misterio azul y plata sobre nuestro mar latino... El aire huele a azahares, María. Déjame volver... No me contestes... Déjame volver. Pídele al mar y al cielo un buen consejo de amor, y déjame volver.

Le besa la mano y hace mutis.

ESCENA IV

MARÍA que se queda pensativa un instante. VIAJERO 1.º y 2.º que entran en el hotel. Luego LA INGLESA y EL INGLÉS. A poco del diálogo salen unos mozos con dos o tres maletas. María va a subir al hotel. EL HOMBRE DE LAS GAFAS NEGRAS se interpone.

DANIEL.—María...

MARÍA.—¿Eh?

DANIEL.—Mi voz y mi aspecto han cambiado... (*Quitándose las gafas.*) ¿Mis ojos también?

MARÍA.—¡Daniel! ¡Daniel!... ¡Tú!... ¡tú!... ¿Es posible, Dios mío?

DANIEL.—Yo, Maruchita...

MARÍA.—¡Tú!... ¡Daniel!... ¿No te habían condenado?...

DANIEL.—¡Me evadí! Yo no podía ser un número. No tiembles; me he descubierto ante ti, sólo por darte la alegría de que supieras que estoy en libertad. No puedo volver a mi España, me encarcelarían; pero vivo en América y vengo a Europa cada dos o tres años...

MARÍA.—Daniel...

DANIEL.—No tiembles, nena. Soy la sombra del pasado, la sombra nada más, el pasado ha muerto y la vida sigue, como ha dicho tu nuevo enamorado... Sí, os he oído; hablabais libremente en nuestro sonoro castellano, seguros de no ser oídos, y yo os he oído... ¡y soy feliz!

MARÍA.—¿Feliz, Daniel?

DANIEL.—Feliz, porque ya sólo puedo quererte pa-

ternalmente, a ti, que ya no me quieres... ¿No ves cómo calla tu sinceridad?

MARÍA.—No, Daniel...

DANIEL.—Calla, calla, haces bien. Tú no estabas enamorada de mí; eras una enamoradita del amor, que en mí no encontraste, porque era viejo para ti, ni en tu marido, porque era malo. Ahora soy más viejo; mi juventud era el pasado, que murió con ella. Ahora acaba de llamar a tu puerta el amor... Yo conozco a ese joven, sé quien es, sé algo de su corazón y de su inteligencia... su nombre es ilustre en nuestra España... Quiérele... Él es tu porvenir... Es tu mañana, y sólo el mañana es verdad; porque el ayer ha muerto, porque el presente es el instante que huye, y que va agonizando poco a poco. La vida sigue, María. Pasó sobre el mundo un viento de tragedia, y sigue el mundo viviendo; pasó sobre nuestras almas un torbellino de dolor, y siguen nuestras almas...

MARÍA.—¿Y hemos de separarnos ahora?

DANIEL.—Nos separa el tiempo, que no es ayer, que no es hoy, y que quiere ser mañana. Nos separa todo nuestro dolor, nos separan nuestros muertos, que son nuestro pasado. Lo que no vuelve. Porque los muertos siguen, se transforman, vuelan al más allá; pero no vuelven más que en nuestro pensamiento, y no debemos dejarlos volver. Yo soy feliz, casi feliz. He ido a refugiarme en un país de América donde se habla nuestro idioma, para que no lo olviden mis hijos probables; he ido a sembrar, a arrojar con mi mano una semilla en el surco, escribiré mis memorias... Mis ma-

nos sólo supieron destruir, se mancharon con sangre... Ahora quiero crear, quiero que la vida, que mi vida, siga después de mí...

El Camarero llega con una maleta.

CAMARERO.—Signore, la carroza.

Salen del hotel dos viajeros y tres hombres y hacen mutis.

DANIEL.—Vengo súbito... (*Mutis Camarero.*) Adiós...

MARÍA.—¡Daniel!...

DANIEL.—No, así, las manos... sin un dolor, sin una lágrima. Hemos sido como dos remos en la misma barca; remamos rumbo al amor sin juntarnos jamás. Cuando los remos se juntan, la barca se detiene... Sigamos remando, tú a un lado, yo a otro, sin encontrarnos jamás. Y bendigamos al despedirnos, a la casualidad que me permite darte este consejo.

MARÍA.—Daniel, yo destruí tu vida... ¿no me guardas rencor?

DANIEL.—Ninguno, y quiero que me olvides: el olvido es la suprema ciencia de vivir. Olvidar, cambiar, seguir... Yo te repito las palabras del amado, del que va a volver dentro de un instante. Mira, la noche tiende su manto de misterio sobre nuestro mar latino. Ya hasta la decoración de tu vida ha cambiado. No es tu tierra castellana, parda y triste, no son coplas dolientes bajo la furia del sol... Es la luna embrujada de los románticos y los poetas; el aroma nupcial de los azahares... y suenan como un epitalamio las canciones de amor... junto al Vesubio ardiente... Adiós, Ma-

ruchita. (*Ella le tiende la mano sin hablar ya pronto a hacer mutis.*) Adiós, ama y olvida, y vuelve a amar. La vida sigue, Marichita, adiós...

ESCENA ÚLTIMA

MARÍA que se queda en escena suspensa un instante... luego va al barandal del fondo... Se oye una bocina de automóvil que se aleja. Aparece RAFAEL que cruza sin verla. Ella se vuelve y lo ve...

MARÍA.—Rafael...

RAFAEL.—María, ¿me esperabas?

MARÍA.—Sí... tenías razón, tienes razón. ¡Te quiero!

RAFAEL.—¡Ah, el Dante hizo el milagro!...

MARÍA.—No; el pasado ha venido, lo he visto, me ha dicho adiós, me ha dicho que ha muerto, me ha dicho que te quiera... ¡y que la vida sigue!

RAFAEL.—¡Vida mía!...

Se cogen de las manos: Música dentro: "¡Mayo eres tú!"...

TELÓN



PRECIO: 4 PESETAS

